



2

JO'AQUIN

SÉRIE ROMÁNTICA DE CIENCIA FICCIÓN HEXONIANA

CHARMAINE ROSS

Jo-Aquin

**Serie Romántica de Ciencia Ficción
Hexoniana**

Charmaine Ross

Copyright © 2025 por Charmaine Ross

Todos los derechos reservados. Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido ni utilizado de ninguna manera sin el permiso expreso y por escrito de la autora, salvo el uso de breves citas en una reseña. La reproducción, distribución o transmisión no autorizada de esta publicación, ya sea total o parcial, está estrictamente prohibida y constituye una violación de las leyes aplicables. Esta obra está protegida por derechos de autor y no puede ser copiada, compartida ni distribuida de ninguna forma sin el consentimiento explícito y por escrito de la autora.

Contents

- [1. Capítulo Uno](#)
- [2. Capítulo Dos](#)
- [3. Capítulo Tres](#)
- [4. Capítulo Cuatro](#)
- [5. Capítulo Cinco](#)
- [6. Capítulo Seis](#)
- [7. Capítulo Siete](#)
- [8. Capítulo Ocho](#)
- [9. Capítulo Nueve](#)
- [10. Capítulo Diez](#)
- [11. Capítulo Once](#)
- [12. Capítulo Doce](#)
- [13. Capítulo Trece](#)
- [14. Capítulo Catorce](#)
- [15. Capítulo Quince](#)
- [16. Capítulo Dieciséis](#)

- [17. Capítulo Diecisiete](#)
- [18. Capítulo Dieciocho](#)
- [19. Capítulo Diecinueve](#)
- [20. Capítulo Veinte](#)
- [21. Capítulo Veintiuno](#)
- [22. Capítulo Veintidós](#)
- [23. Capítulo Veintitrés](#)
- [24. Capítulo Veinticuatro](#)
- [25. Capítulo Veinticinco](#)
- [26. Capítulo Veintiséis](#)
- [27. Capítulo Veintisiete](#)
- [28. Capítulo Veintiocho](#)
- [29. Capítulo Veintinueve](#)



Capítulo Uno

Lauren nunca había entendido realmente lo que significaba la expresión "negro como la boca del lobo", pero allí de pie al borde de la carretera, junto a su montón de chatarra averiado que siseaba silenciosamente, lo supo.

Era el vacío.

Absoluto.

Había tanto silencio que podía oír su propia respiración, y sospechaba que si prestaba suficiente atención, escucharía los latidos de su corazón intentando abrirse paso a golpes fuera de su pecho.

La voz de su amiga Casey resonó en su mente: —Hace cinco años, Lauren. Tómate un tiempo alejada de todo. Podría ayudarte. Aunque solo sean unas semanas.

Desde luego ahora había encontrado tiempo para alejarse de "todo". De hecho, estaba tan lejos de "todo" que lo único que quería era conducir de vuelta a casa y meterse en la seguridad de su propia cama. Incluso vacía y fría, era preferible a estar aquí fuera.

Ni siquiera sabía dónde era "aquí". Averiada en medio de la nada. Sin un alma en kilómetros a la redonda. Si esto era alejarse de "todo", la depresión debilitante con la que había vivido desde la

muerte de Mike no era nada comparada con el terror que crecía en su interior.

La desesperación era un gran motivador. Su psicólogo le había dicho que solo era cuestión de tiempo antes de que se sintiera mejor en las semanas posteriores a la muerte de él, pero su pecho seguía sintiendo un gran agujero donde antes había estado su corazón. Había estado esperando sentirse completa, esperando sentir *algo*, pero no había sucedido. Parte de la razón por la que había estado de acuerdo con Casey era que pensaba que un cambio de escenario podría ser lo que necesitaba.

Un viento cortante y rígido arrojó granos de arena sobre la carretera que tintinearón contra el lateral del coche. La llanura de Nullarbor —tan calurosa, húmeda e implacable durante el día— era gélida, vacía y aún más implacable por la noche. Se estremeció y se abrazó la chaqueta con firmeza alrededor de los hombros.

Pensamientos salvajes circulaban como buitres, arrancando bocados de calma como la carne de un hueso. Aquella película donde los mochileros quedaban a merced de un psicópata que los eliminaba uno por uno en medio de la nada pasó por su mente. *Gracias, cerebro, eso no ha ayudado nada.*

Podría pasar un camionero, pero ¿quién podía asegurar que no se aprovecharía de ella como lo había hecho el psicópata asesino de la película? Aquí no había ley. Cualquier cosa podría ocurrirle.

Lauren se mordió la uña del pulgar con tanta fuerza que dio un respingo por el dolor. No había nada aquí excepto una enorme losa de desierto arenoso con algún que otro arbusto raquítico salpicando el paisaje. Por mucho que lo intentase, el acogedor área de servicio que imaginaba en su mente no apareció mágicamente frente a ella, por más que se esforzara. A los treinta y ocho años, nunca se había sentido tan indefensa ni tan sola.

Tan sola.

El cielo sobre ella la empequeñecía. Aquí, sin la luz de la ciudad para amortiguar el brillo absoluto de la noche, las estrellas eran tan brillantes. Tan vivas. Se preguntó si habría otras almas en alguna de ellas y cómo serían. Si otras especies experimentarían el dolor como lo hacían los humanos. Como lo hacía ella.

Un brillante rayo de luz atravesó la oscuridad. ¿Era una estrella fugaz? Estaba a punto de pedir un deseo cuando la luz cambió bruscamente de dirección. ¿Un avión quizás? La dirección no parecía natural. Tal vez un helicóptero, pero era extremadamente rápido. Vagamente recordó que los militares utilizaban la lejanía de la llanura de Nullarbor para realizar operaciones militares de alto secreto.

La luz zigzagueó hacia abajo. Se cernió en la distancia por un momento antes de precipitarse silenciosamente hacia ella. Lauren jadeó. Se apartó bruscamente de su posición recostada contra el coche, con la tensión irradiando por todo su cuerpo.

Esto no era un avión. Ni un helicóptero. Y Lauren dudaba que fuera el objetivo de alguna operación militar secreta. La luz se hacía cada vez más grande por segundos y pronto estaría encima de ella.

Tropezó alrededor del coche y se tambaleó hacia la oscuridad. Perdió una de sus estúpidas bailarinas. Apenas registró las piedras afiladas que le arañaban y se le clavaban en los pies a través de la adrenalina inducida por el miedo que pulsaba por su cuerpo. Miró por encima del hombro. La luz no se veía por ninguna parte. ¿Dónde demonios se había metido? Casi tropezó con un pequeño arbusto y trastabilló.

Cuando recuperó el equilibrio, la luz estaba directamente frente a ella. Solo que no era una luz. Era un disco plateado y elegante que flotaba a un par de palmos del suelo y emitía un resplandor fantasmal. Giró en dirección contraria, tropezó con unas piernas que apenas sentía y chocó contra algo duro.

Sus brazos quedaron atrapados en un agarre de acero, inmovilizados. Un cuerpo se alzaba sobre ella. Miró hacia arriba. Le llevó un momento darse cuenta de que estaba mirando una cara. Unos ojos negros, impasibles y calculadores como los de una serpiente la miraban fijamente. Un largo hocico mostraba filas de afilados dientes, como un cocodrilo o una iguana gigante. Más bestia que lagarto. Un monstruo.

Lauren se sacudió, sus dedos arañaron el pecho de la criatura. Una piel helada tocó sus palmas. Escamas cubrían un cuerpo que era más hormigón que músculo. Sus piernas cedieron, y si no fuera

por el agarre de la criatura en sus brazos, habría caído al suelo. Apenas comprendía lo que tenía justo delante. Su mente aterrorizada le ordenaba luchar, pero descubrió que no podía mover ni un músculo.

Le giró la palma hacia arriba y pasó una afilada garra sobre su piel. La sangre brotó y goteó por el costado de su mano. Una larga lengua salió de su boca, lamiendo la sangre que brotaba. Pegajosa de saliva, raspó sobre la herida como papel de lija, dejando un rastro doloroso y ardiente en su piel. Una gota brillante de rojo se deslizó por las finas escamas en la comisura de su boca mientras la lengua desaparecía.

Ladeó la cabeza mientras saboreaba su sangre, y un brillo calculador centelleó en las profundidades de sus ojos. Emitió una serie de chasquidos y sonidos reptantes ininteligibles.

Alguna parte instintiva de ella sabía que si no escapaba ahora, nunca lo haría. Empujó contra su pecho, sus pies resbalando en la grava, lanzándose, gritando, chillando. La criatura la miró parpadeando lentamente, depredador a presa, y ella cayó en esa mirada oscura e insondable que era tan espesa e impenetrable como la noche negra que los rodeaba. No podía moverse. No podía hablar.

Nada.



Capítulo Dos

La Tierra era un hermoso planeta. Era una joya entre los mundos apagados y sin vida que la rodeaban en su propio sistema solar, pero al comandante Jo'Aquin Centauri apenas le resultaba soportable contemplarla. El resplandor azulado de la atmósfera terrestre le recordaba a su hermana pequeña, Emile, y sus ojos aterrorizados la noche en que fue esclavizada por los Reptiles, tal como había ocurrido con la mitad de Hexion antes de que quienes pudieran escapar lo hicieran. Ahora, vivían desplazados mientras los Reptiles ocupaban su planeta.

Aquel día en particular estaba grabado a fuego en su mente.

Dio la espalda al planeta para observar la actividad en el puente. —Capitán —saludó Striker, su segundo al mando, mientras se acercaba al puesto de mando. Jo'Aquin asintió al único hombre al que consideraba amigo en la nave. No se distanciaba de Striker como hacía con el resto de la tripulación. Un comandante no podía entablar amistad con su tripulación, pero compartían demasiada historia como para no haber forjado un vínculo. Habían luchado juntos con frecuencia y duramente contra la amenaza reptiliana a través de la galaxia. La última batalla sangrienta fue en Rhemus, donde Jo'Aquin había salvado la vida de Striker. Acontecimientos

como ese forjaban amistades sólidas, y aunque Jo'Aquin había sido ascendido a comandante después de aquella batalla, nunca había impuesto su rango sobre el hombre que consideraba su camarada más cercano. Sin embargo, cuando Jo'Aquin estaba al mando, Striker mantenía la conversación en un tono profesional.

—Es un planeta hermoso, como siempre —comentó Striker, mirando por encima de su hombro.

Un día, Striker tendría su propio mando. Jo'Aquin veía ese potencial en su amigo, pero por ahora, aún le faltaban algunos años de edad y experiencia por cubrir.

—En efecto —contestó Jo'Aquin, sin querer ofrecer más explicaciones. Nada se le escapaba a Striker. Esta vez no fue diferente, pues su amigo entornó la mirada y lo estudió detenidamente.

El puente estaba mayormente en silencio. Cada puesto estaba ocupado, y su personal se concentraba diligentemente en sus tareas. Eso significaba que su conversación se escucharía.

—La lanzadera está siendo preparada para partir hacia la Tierra y estará lista en treinta minutos. —Jo'Aquin captó cómo una de las técnicas de localización miraba a Striker. El aspecto de chico dorado y la alegre disposición de su amigo a menudo le granjeaban ese tipo de miradas. Y mucho más. Su amigo era conocido por disfrutar de la compañía femenina.

—¿Estás incluido en este viaje a la superficie? —preguntó Jo'Aquin.

—En efecto —repitió Striker las palabras de Jo'Aquin, y su mirada se desvió hacia la belleza de cabello oscuro en el panel de la consola. Los labios de Jo'Aquin se torcieron ligeramente. Striker hacía buen uso de su atractivo otorgado por los dioses, acelerando más de un corazón femenino.

A Jo'Aquin también le gustaban las mujeres, por supuesto, pero ser el comandante de una nave estelar complicaba las relaciones. Su larga carrera en el Consejo Interespecies tampoco ayudaba. Durante su vida, había estado inmerso en intensas batallas, atrapado en planetas inhóspitos en rincones alejados del universo, y había pasado la mayor parte de su tiempo a años luz de casa, incluido este puesto de cuatro años. Si se tenía en cuenta su pasado, podía

esperar muchos más años en soledad. Definitivamente, una mujer no entraba en sus planes.

Hacía tiempo que había dejado de desear encontrar una compañera, y mucho menos una compañera amorosa. Los días de su juventud habían quedado atrás. Ya no era joven, y los años pasaban más rápido de lo que nunca le había parecido. Con fría contemplación, podía considerar su carrera como su relación a largo plazo. Hacía tiempo que se había reconciliado con su destino.

Al Consejo Interespecies le gustaba que sus comandantes fueran solteros. De esa manera, era fácil enviarlos a misiones largas. Nadie los echaría de menos. No tenían esposas ni hijos esperando su regreso a casa.

Además, había renunciado a sus derechos de amar hacía mucho tiempo. Solo un hombre digno debería tener la suerte de encontrar una mujer para apreciar y amar. Ese hombre definitivamente no era él.

Jo'Aquin arqueó una ceja hacia su segundo al mando. —Asegúrate de mantener un perfil bajo mientras estés allí. —La reputación de Striker con las mujeres de la Tierra también era legendaria. A simple vista, los hexonianos eran muy similares a los humanos, pero algunas diferencias los distinguirían en un instante y causarían todo tipo de problemas si se notaran. En ese momento, los hexonianos deseaban mantener una operación encubierta en la órbita de la Tierra. Era la única manera de neutralizar la amenaza reptil en el planeta. Quizás esta vez podrían detener una invasión si la Tierra fuera el objetivo. Quizás podría impedir que la gente local fuera capturada y utilizada como esclavos mentales, como habían hecho los reptilianos en demasiados otros planetas.

—Tan bajo como pueda —respondió Striker, luego bajó la voz manteniéndose solo al alcance del oído de Jo'Aquin—. ¿Qué hay de ti, Capitán? ¿Te gustaría que te enseñara el planeta? Retrasaré mis compromisos previos y te llevaré yo mismo.

La perspectiva era tentadora. Las mujeres de la Tierra eran extremadamente deseables. Pero él era el comandante. Los comandantes vivían su título, y no era libre de permitirse las mismas actividades que su tripulación.

—Muchas gracias, amigo mío, pero ve y disfruta tú.

Striker lo miró y una expresión preocupada cruzó su rostro. — Hablo como amigo, Jo'Aquin. Si no te tomas un descanso, serás tú quien se rompa. Sigue tu propio consejo. Tómate un tiempo libre. Debes tener al menos cinco años de permiso acumulados.

Los hombros de Jo'Aquin se tensaron. Se puso recto e inclinó el mentón hacia arriba. —Disfruta de tus vacaciones, Segundo. Te esperaré de vuelta en una semana con la mente fresca y dedicación a tu puesto. —Mentalmente se estremeció ante sus duras palabras, pero salieron de su boca con facilidad practicada.

Striker le dirigió una larga mirada a Jo'Aquin antes de inclinar la cabeza. —Como deseas... Comandante.

Striker estaba a punto de alejarse del área de control cuando una cápsula incandescente de color blanco ascendió velozmente desde la superficie del planeta.

—Hostil, señor. Detecto formas de vida en su interior. —Reed, el experto navegante de Jo'Aquin, seguía la trayectoria de la nave que rápidamente abandonaba la galaxia—. Llevan un humano a bordo, señor.

Las operaciones de los Reptiles siempre se realizaban fuera de la red, en la oscuridad y el sigilo, lo que los hacía tan difíciles de atrapar en el pasado. Nunca arriesgaban una exposición como esta. Nunca. Definitivamente algo estaba ocurriendo si arriesgaban este tipo de exposición.

—Fija su posición, Reed.

Jo'Aquin se inclinó hacia delante sobre la barandilla, sus manos apretando el pasamanos, con las cejas fruncidas. La nave de los Reptiles desaparecía rápidamente en la oscuridad del vasto espacio. Necesitaban capturar esa nave. ¡Ahora!

—La tengo, señor. Coordenadas seis, cinco, dos, hiperespacio ocho. Parece que se están preparando para un salto cuántico.

Los puños de Jo'Aquin se apretaron. —¿Estás seguro, Teniente?

Un salto cuántico tan cerca de la Tierra seguramente alertaría incluso a los primitivos sistemas de rastreo terrestres. Los Reptiles estaban asumiendo demasiados riesgos. No solo estaban abandonando el planeta, estaban escapando de la galaxia. Y con

prisa. Sabían que el planeta estaba bajo la protección del Consejo Interespecies, entonces ¿por qué arriesgarse a una exposición tan flagrante?

—Los escáneres detectan expansión iónica, señor.

Tenían algo, o a alguien, a bordo que no querían que fuera aprehendido. La sangre de Jo'Aquin se heló. Solo podía significar una cosa. Habían encontrado un sujeto de prueba con el ADN que necesitaban para iniciar la esclavitud de la raza humana. La Tierra había sido señalada como objetivo. Si Jo'Aquin y su tripulación no conseguían a este humano, sería el principio del fin para ellos.

Hasta ahora, ningún brazo del Consejo Interespecies había podido detener los métodos subrepticios de los Reptiles. De alguna manera, los reptilianos siempre se escabullían a través de sus mejores esfuerzos. Demasiados secuestros después y el Consejo Interespecies aún tenía poca idea de cómo los reptilianos eran capaces de esclavizar mentalmente a un planeta entero. Necesitaba llegar a la lanzadera reptiliana. Esta podría ser la oportunidad que el Consejo Interespecies necesitaba.

Así había comenzado con muchos otros planetas. Con Emile. La hermosa Emile. Esclavizada mentalmente. El dolor lo atravesó con suficiente fuerza como para ponerlo de rodillas. ¡No! La obligó a salir de sus pensamientos. Ya habría tiempo suficiente para la angustia personal más tarde.

La ira, rápida como un latigazo, golpeó el sistema de Jo'Aquin. Necesitaba detener esto antes de que fuera demasiado tarde. No podía ordenar a la nave estelar que persiguiera, ya que eso dejaría al planeta de abajo desprotegido. La única esperanza era perseguir a los Reptiles en una de las lanzaderas que usaban para ir a la superficie. Siempre se aseguraba de que estuvieran completamente cargadas, abastecidas y listas para partir en cualquier momento.

Jo'Aquin conectó el intercomunicador de la nave. —Reed. Nomad. Thorne. Formen equipos. Estaciones de acoplamiento uno, dos, tres, y aborden la nave reptiliana.

—¡Sí, señor!

Diez segundos después, Jo'Aquin observó desde el puente cómo sus hombres corrían hacia las estaciones de acoplamiento con

armadura de batalla completa y subían a sus respectivas lanzaderas. Abandonaron sus estaciones de acoplamiento en orden de vuelo y se dirigieron hacia la nave reptiliana sin demora.

Un rápido impulso de orgullo inundó a Jo'Aquin. Eran buenos hombres, todos ellos. Siempre valientes y listos para proteger la Tierra de la amenaza de los apestosos Reptiles. Sabía que todos ellos habían visto los efectos de los Reptiles de primera mano y habían sido testigos de la destrucción que dejaban tras de sí.

—Disparad alrededor de la lanzadera reptiliana. Sin daños. Necesitamos a quien esté a bordo —ordenó Jo'Aquin.

Observó en la pantalla cómo las naves perseguían la nave reptiliana. Rayos rojo-amarillos pasaron junto a la nave. Se tambaleó precariamente pero no se detuvo.

—Expansión iónica al cincuenta por ciento, Comandante —informó Thorne a Jo'Aquin a través del enlace de comunicación.

Jo'Aquin maldijo. Si los Reptiles abrían el agujero de gusano, perderían la oportunidad de recuperar al humano. —Disparad de nuevo, Reed. Apuntad a inhabilitar.

Un rayo amarillo más débil golpeó la nave reptiliana. Un destello estalló, y los escombros salieron disparados del costado, pero la estructura arremolinada del agujero de gusano iónico continuó creciendo en tamaño y brillo. Los Reptiles no se detenían. Sus opciones eran limitadas. Y peligrosas.

Jo'Aquin habló a su teniente: —Fija el transporte a su nave. Voy a abordar.

—Comandante, no querrá decir...

—Eso no fue una pregunta, Teniente.

—Sí señor, la transferencia estará lista a su llegada al Punto de Transferencia Uno. —Era la plataforma de transporte más cercana al puente.

Jo'Aquin se alejó de la estación de mando, con Striker siguiéndole. —Capitán, voy contigo.

Jo'Aquin asintió. —Gracias. —Si alguien iba a acompañarle, quería a Striker cubriéndole las espaldas.

La puerta se abrió un segundo después, y ambos hombres corrieron hacia la plataforma de transporte. Striker llevaba la misma

expresión seria que Jo'Aquin estaba seguro de reflejar en su propio rostro. Entraron juntos en el tubo de transporte, y el Comandante le dio un rápido asentimiento al técnico detrás de la pared de cristal mientras subía a la plataforma. —Cuando gustes.

—Transfiriendo ahora.

Jo'Aquin observó cómo el cuerpo de Striker brillaba con la energía luminosa azul que desmaterializaría las partículas corporales y las rematerializaría en el lugar objetivo. Un hormigueo cálido le pinchó la piel, y Jo'Aquin quedó envuelto en una bruma eléctrica azul. Nunca le había gustado el proceso de transferencia, y no había cambiado desde la última vez que lo había utilizado. No era doloroso, pero tampoco era agradable. Desenfundó su bláster y se colocó en posición de alerta.

Los pinchazos se clavaron más profundamente en su piel, músculos, cerebro y hasta sus huesos hasta que nada existió mientras la energía estructural lo atravesaba.



Capítulo Tres

U segundo después el mundo se materializó, y él se encontró en un pasillo desconocido. Striker se materializó a su lado en un halo de luz azul. Jo'Aquin avanzó rápida pero cuidadosamente por el corredor desconocido. El aire dentro de la lanzadera Reptiliana era húmedo, sofocante y escaso. El sudor goteaba de su frente y corría incómodamente entre sus omóplatos.

Al oír fuertes pisadas delante, se escondió detrás de una viga de soporte. Aunque los Reptilianos tenían largas y gruesas colas que arrastraban detrás de ellos, vestían ropas más adecuadas para humanoides. Sus gruesas garras en forma de maza estaban metidas en botas pesadas que resonaban en el suelo metálico. Sus duros petos siempre estaban reforzados con placas de armadura de titanio, lo que los convertía en unos cabrones difíciles de matar. Striker se escondió detrás de una viga frente a Jo'Aquin, y juntos esperaron a que se acercaran los Reptiles. Su extraño lenguaje chasqueante era tan ruidoso como sus pasos y estaba muy cerca. Se pegó contra la cálida pared metálica. Cuando un Reptil alto pasó, Jo'Aquin golpeó con la culata de su arma en la parte más blanda de su cráneo, justo entre los ojos. Striker golpeó al Reptiliano más cercano a él, y juntos

los Reptiles se desplomaron en el suelo formando un montón inconsciente.

Normalmente, Jo'Aquin habría ocultado los cuerpos, pero esta misión era rápida, entrar y salir. Tenía que encontrar al humano y sacarlo. No quería permanecer dentro de los confines de la nave Reptiliana más tiempo del necesario.

—Agujero de gusano iónico al noventa por ciento, Capitán —la voz de Reed sonó en el oído de Jo'Aquin a través del Commlink. Jo'Aquin tocó dos veces su auricular para hacerle saber a Reed que había recibido el mensaje. Solo tenían un par de minutos, como mucho. Tan pronto como la ruptura fuera estable, los Reptiles desaparecerían a través del agujero de gusano.

Le indicó el tiempo a Striker. Solo podía esperar que encontraran al humano pronto. Ser secuestrado por los Reptilianos era un destino peor que la muerte. Nunca había visto otra especie con tan poca compasión.

Jo'Aquin se acercó a una puerta abierta alrededor de una esquina, donde el ruido del lenguaje de los Reptiles era claro. Con la espalda contra la pared, Jo'Aquin echó un vistazo rápido dentro de la habitación. Dos Reptilianos se cernían sobre una figura inmóvil en una dura camilla metálica. Alcanzó a ver unas largas piernas bronceadas y una exuberante cabellera castaña rojiza. Habían capturado a una humana. Jo'Aquin apretó los dientes contra el destello de ira que lo inundó. Los humanos no poseían sistemas de defensa corporal y eran una especie completamente indefensa. No eran rival para los Reptiles, especialmente una hembra.

Se pegó contra la pared del corredor y le indicó a Striker el número de Reptiles. El rostro de Striker se tornó sombrío cuando le indicó que su víctima era una hembra. Su amigo sentía lo mismo sobre la violencia contra una especie más débil. Si no podía hacer otra cosa, haría todo lo posible por rescatar también a la hembra de este destino.

Tendrían que atacarlos cuerpo a cuerpo. No podía arriesgarse a que un disparo del Blaster rebotara y lesionara a la hembra. Aun así, dos contra dos Reptiles. Buenas probabilidades.

Jo'Aquin hizo la cuenta atrás y juntos entraron en la habitación. Jo'Aquin golpeó con la culata de su blaster en el punto blando entre los ojos de una de las criaturas. El Reptil se tambaleó hacia atrás, pero usó su cola para mantenerse en pie. Giró sobre su cola y se abalanzó sobre él con una patada lateral. Jo'Aquin saltó hacia atrás, con cuidado de evitar las púas de su cola, que estaban impregnadas de veneno. Atrapó su pierna, pivotó sobre la planta de su pie y estampó la suela de su otro pie en el punto débil de la armadura en la sección media del Reptil.

Solo gruñó. Este Reptil era más duro que la mayoría. En lugar de un médico inexperto como Jo'Aquin podría haber pensado, este era un soldado. Este secuestro era importante.

Maldijo cuando más Reptiles entraron corriendo en la habitación. Jo'Aquin lanzó una patada hacia atrás, enviando a una criatura contra la pared. Golpeó a otra en el estómago con el codo. Striker tenía las manos ocupadas mientras los Reptiles se agolpaban a su alrededor. Dos de las criaturas se acercaron a la hembra y comenzaron a hacerle algo. Jo'Aquin se lanzó hacia la forma inmóvil.

Un Reptil giró, lanzando como un látigo la púa envenenada de su cola hacia Jo-Aquin. Retrocedió. Demasiado lento. Un dolor ardiente subió por su brazo, encendiendo un destello de ira por su propia estupidez. Jo'Aquin contraatacó con una serie de golpes y puñetazos luchando contra el entumecimiento que subía por su brazo. El Reptil cayó de rodillas. Una patada circular le rompió el cuello. El cuerpo se desplomó en el suelo.

Se volvió hacia los otros dos Reptiles, pero para su sorpresa, estos salieron disparados por la puerta. La puerta se cerró, encerrándolos. Respirando pesadamente, Jo'Aquin giró hacia la hembra, pero no estaba allí.

—Se la llevaron con ellos —dijo Striker.

—¡Frek! —Jo'Aquin cruzó la habitación de un salto y golpeó el panel con el puño. Hizo lo que esperaba y permaneció cerrado—. Voy a usar el blaster.

Apuntó y disparó un rayo de corto alcance al panel. El panel se deritió, burbujeando y siseando. Jo'Aquin metió los dedos entre los paneles de la puerta y usó pura fuerza para abrirla manualmente.

Striker ayudó, y juntos lograron empujar el panel lo suficiente como para pasar. Jo'Aquin asomó la cabeza. Vacío.

Se deslizó por el hueco de la puerta, con Striker cerca detrás. — ¿Por dónde?

Una cola desapareció por una esquina. Jo'Aquin soltó un disparo, chamuscando la pared.

—Treinta segundos antes de que se abra el agujero de gusano, Comandante —sonó Reed en su oído.

No tenían mucho tiempo. Jo'Aquin corrió tras la cola del Reptil justo cuando otra puerta se cerraba. Apuntó con el blaster, sin importarle las repercusiones. Se les acababa el tiempo. La puerta explotó hacia dentro.

Fuertes pisadas se oyeron acercándose. Striker miró a Jo'Aquin. — Adelántate. Yo me ocuparé de estos.

A Jo'Aquin no le gustaba dejar a su amigo en tal peligro, pero no había tiempo para discutir. Striker era un soldado experimentado. Sabía lo que hacía. —Diez segundos y te teletransportas de vuelta al *Starlight*.

—Sí, Comandante —Jo'Aquin atravesó corriendo la puerta ahora abierta, dejando a su competente Segundo al mando para luchar contra los Reptiles.

Dos Reptiles empujaban a la hembra dentro de una cápsula de escape. Su cabeza se balanceaba, y emitió un suave gemido, incluso inconsciente, con su trato brusco.

—¡Alto! —gritó.

La nave se sacudió, el suelo inclinándose en un ángulo alarmante, con el control de gravedad desestabilizado. Jo'Aquin tropezó contra una pared, pero los Reptiles se sujetaban a las asas y chasqueaban entre ellos. Uno introdujo datos en el panel de control de la cápsula. La realización llegó a Jo'Aquin. Aunque su nave estaba inhabilitada, todavía planeaban enviar a la humana al agujero de gusano.

Había una gran posibilidad de que no llegara al otro lado. La presión sobre un armazón metálico tan pequeño seguramente lo aplastaría. La estaban enviando a su muerte.

Un gruñido surgió desde el centro de su pecho. Se apartó de la pared, tambaleándose contra la pendiente desgarrada hacia los

Reptiles. Agarró un brazo del Reptil más cercano y tiró hacia atrás con toda su fuerza. El Reptil perdió el agarre y rodó hasta el otro extremo de la habitación.

El otro atacó con su cola. La púa se clavó en la espalda de Jo'Aquin. Gritó cuando la agonía lo atravesó. Jo'Aquin estampó un puño en el blando vientre del Reptil y golpeó hacia arriba con la palma. La cabeza del Reptil se echó hacia atrás, y se tambaleó como borracho. Un sonido chasqueante le hizo girarse hacia el Reptil restante. Pulsó un botón y la puerta de la cápsula comenzó a cerrarse.

Jo'Aquin se arrastró hacia el Reptil. Este volvió sus ojos vidriosos hacia Jo'Aquin, haciendo una mueca para revelar dientes afilados. Algo duro golpeó la parte posterior de su cabeza y lo propulsó contra la forma inerte de la hembra. El aire silbó mientras la puerta de la cápsula se cerraba. Una ráfaga de presión de aire alterada sopló sobre él. Una sacudida violenta y dieron volteretas suavemente, de un extremo a otro, dejándolo apoyando sus brazos contra los lados. Luchó contra la vertiginosa oscuridad, —Reed. Transferencia. Ahora!

Su voz era tan débil, sus palabras tan arrastradas que solo podía esperar que Reed lo hubiera escuchado antes de que la oscuridad se apoderara de él.



Capítulo Cuatro

Lauren despertó, sacudida tan violentamente que sintió como si su cerebro fuera a derramarse por sus oídos. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Seguía dentro de su cuerpo? La increíble presión a su alrededor indicaba que sí, pero una parte de su mente estaba desconectada.

Se esforzó por levantar sus pesados párpados solo para descubrir que había tanta oscuridad con los ojos abiertos como cuando estaban cerrados. Intentó mover el brazo, pero su extremidad pesaba demasiado para levantarla. Entonces descubrió que había una correa alrededor de su muñeca. Mejor dicho, muñecas, tobillos, caderas y hombros, y una fuerte presión mantenía todo su cuerpo inmóvil. Apenas podía respirar.

También hacía un calor asfixiante. Una película de sudor grasiento cubría su piel. El aire era viciado, tan cargado de dióxido de carbono que le costaba mantener la consciencia. Se tensó, soportando una ola de feroces temblores. Se golpeó hacia atrás. Luego de lado, su cuello sacudiéndose. Se oyó un gemido bajo. Una respiración. No era presión lo que la mantenía inmovilizada. Era un cuerpo. Completamente aplastado contra ella.

Un silbido creció rápidamente hasta convertirse en un rugido tan fuerte que podría haber pensado que estaba dentro de un motor a reacción. El calor en el interior se volvió intenso, cocinándola. La claustrofobia la atenazó. Lauren aspiró aire enrarecido por las fosas nasales. Su corazón palpitaba, trabajando duramente para martillar una vía de escape fuera de su pecho. El cuerpo tendido sobre ella aplastaba su torso; sus costillas estaban al borde de romperse con cada sacudida violenta de lo que fuera en lo que estaba metida.

Un estallido masivo detonó, las ondas sonoras atravesaron su cuerpo como cohetes. Fue lanzada una y otra vez, su cuerpo golpeándose contra el metal, girando, dando vueltas interminables hasta que, finalmente, se detuvo. Nada. Ningún sonido. Ningún movimiento. Sus oídos zumbaban en el silencio, sus pensamientos confusos, el dolor palpitando por todo su cuerpo.

Un siseo. Un rayo de luz y bendito, bendito aire fresco y frío inundó su rostro. La frescura secó el sudor de su cara. Lauren cerró los ojos, arrastrando respiraciones profundas y entrecortadas.

Lauren giró la cabeza y un dolor punzante atravesó el centro de su cráneo. Las náuseas amenazaron con hacerle expulsar lo que había luchado por mantener dentro momentos antes. Finalmente, las náuseas disminuyeron y logró abrir los ojos de nuevo. ¿Dónde diablos estaba?

Su visión se aclaró lo suficiente para ver unos ojos azul neón que parpadeaban lentamente sobre los suyos. Su visión se agudizó. Sus miradas se entrelazaron. Si era posible, aquella mirada ya intensa, semiconsciente, se transformó en aguda atención.

Reconocimiento. Y algo más. Algo que no podía identificar exactamente.

Su mirada viajó desde los ojos hasta el resto del rostro. Con muda fascinación, se dio cuenta de que estaba mirando la cara más atractiva, más perfectamente masculina que jamás había visto. Estaba segura de que podría ser una estrella de cine, o un deportista, o un modelo, con su nariz recta y fuerte, su boca sensual y sus cejas oscuras y oblicuas sobre aquellos ojos impactantes, pero la mirada cansada que había en sus ojos le decía que era mucho más que eso.

Un millón de preguntas acudieron a sus labios, pero estaba atrapada en aquella mirada que la dejaba sin palabras. El suave roce de sus dedos en su mejilla, apartando mechones de cabello de su frente, hizo que contuviera la respiración. Había algo casi íntimo, casi posesivo en aquel suave contacto. Se estremeció cuando un hechizante temblor recorrió su cuerpo.

Nunca, *nunca* había reaccionado con tanta intensidad ante un simple contacto.

—¿Estás herida? —Una bocanada de aliento cálido acarició su mejilla. Hablaba con un acento que no podía definir exactamente, pero el sonido de su voz era suave y profundo, recordándole a miel caliente deslizándose sobre grava.

¿Por qué había conjurado su mente a un hombre tan apuesto? Tal vez todavía estaba inconsciente y solo había soñado que estaba atrapada en una lata. No un sueño. Una pesadilla. Así funcionaban. Aterradoras sin razón.

Sus cejas se juntaron y la preocupación tocó sus ojos. Eso también era agradable. Nadie se preocupaba por ella. —¿Qué te hicieron?

—¿Quiénes? —Su cerebro estaba nublado por la confusión. No podía recordar nada más que haberse averiado en medio de la nada y despertar en esta cosa de hojalata. Tampoco quería hacerlo. No con este hombre mirándola como si fuera un postre. Deseaba poder mover los brazos para rodear su cuello. ¿Por qué no podía mover los brazos, de todos modos?

—Los Reptiles... ¿Cuál es lo último que recuerdas?

—¿Reptiles? No lo creo. Estaba esperando que Superman viniera a rescatarme. —Este hombre de ensueño podría ser un doble de Henry Cavill. Una chica podría encontrar algo peor. Mucho peor. Su imaginación estaba realmente desbordada.

Sus cejas se juntaron tanto que crearon una arruga. —¿El personaje de ficción terrestre, Superman?

—El único... Eso es lo que esperaba en ese momento. Creo. —¿Qué importaba lo que dijera? Solo quería que la besara. En los sueños, se podía hacer eso. Besar sin consecuencias.

Sus cejas se relajaron y se elevaron un poco. Sus ojos recorrieron su rostro, y una media sonrisa curvó su boca generosa. Una media

sonrisa bastante agradable. Este sueño estaba mejorando cada vez más. Se lamió los labios, esperando impacientemente. Este era su sueño, y lo iba a aprovechar al máximo, maldita sea. —Bésame.

Sus cejas se arquearon. El calor iluminó sus ojos, y su rostro se transformó cuando un hambre cruda afiló sus facciones. Oh, sí. Lauren se retorció en sus ataduras. Esto iba a ser bueno. Unos dedos se hundieron en su pelo. Se mordió el labio inferior, levantando la cabeza. Cerca. Estaba tan cerca. Quería esos labios sobre los suyos, y los quería ahora.

Sus dedos exploraron la parte posterior de su cabeza y un dolor agudo explotó en su cráneo. ¡Los sueños no debían doler! Esto no estaba bien. —¡Ay!

Él retiró bruscamente los dedos. Había sangre en las puntas donde había tocado su cabeza. De hecho, ahora que lo pensaba mejor, su cabeza palpitaba fuertemente. Al igual que el resto de su cuerpo. Los pensamientos confusos se aclararon con instantánea claridad. Esto no era un sueño. Ni siquiera una pesadilla. Estaba encerrada en una pequeña cosa metálica parecida a un ataúd, y un hombre estaba tendido sobre ella, aplastándola hasta la muerte con su cuerpo masivo. Emitió un sonido estrangulado.

El pánico se enroscó como puños calientes en su estómago, y luchó, con sus extremidades golpeando contra las apretadas ataduras, los músculos tensándose. No podía evitarlo. La reacción automática desencadenó una serie de preguntas. Su mente pasó de la confusión al pánico. —¿Quién eres? ¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¿Qué es esta cosa y por qué no puedo moverme? —Sacudió las caderas todo lo que pudo, tratando de quitarse de encima su pesado cuerpo—. ¡Quí-ta-te de en-ci-ma!

El rayo de luz se ensanchó, y se dio cuenta de que había levantado una especie de tapa. Trepó por el borde de lo que fuera en lo que estaba metida. Apenas registró sus movimientos desgarrados mientras llenaba sus pulmones hasta el borde. Si tan solo pudiera levantarse. Luchó contra las ataduras que la mantenían inmóvil, combatiendo el pánico de estar atada.

El hombre se acercó a ella. Se puso rígida. —¡No me toques!

—Si te quedas quieta, te desataré y podrás salir de la cápsula.

La razón tardó un par de segundos en vencer su pánico. No había forma de salir de esta... cosa a menos que él la liberase. Se lamió los labios, su voz temblorosa: —Hazlo. Rápido.

Afortunadamente, lo hizo. Ella se esforzó por sentarse, sus brazos moviéndose torpemente contra músculos que no parecían querer cooperar. Unos dedos largos se envolvieron alrededor de su brazo superior, ayudándola a sentarse. Ella agarró el costado, arrancando su brazo de sus manos.

Él se retiró, descansando sobre sus talones y dándole espacio. Mantuvo una mirada cautelosa sobre ella, como si fuera un caballo a punto de salir disparado. Todavía le recordaba a Henry Cavill, solo que más grande. Más ancho. De hecho, sus hombros eran los más anchos que había visto jamás. Un cuello grueso conducía a un rostro que tenía rasgos más afilados de lo que había pensado originalmente. De hecho, había algo un poco... extraño... en él. Pero se mantenía alejado de ella, y eso era bueno.

Demasiado confundida para preguntarse por qué, miró a su alrededor. Su respiración se atascó en su garganta mientras su pecho se contraía lo suficiente para asfixiarla. La luz del sol moteada se filtraba a través de hojas de color magenta y naranja brillante, que crecían tan densamente en las ramas que casi oscurecían un cielo de un intenso color aguamarina. Era un bosque de cuento de hadas, uno que solo había experimentado en su imaginación. Eso no estaba bien. Nada lo estaba.

Cerró los ojos con fuerza y los abrió de nuevo. Efectivamente, el color la rodeaba. A pesar de los colores equivocados, todo parecía demasiado real para no ser natural.

Presionó la palma contra la tierra roja y la frotó entre sus dedos. Fresca y húmeda. Y real.

Demasiado real.

Y no era la Tierra.

A pesar de que sentía un calor punzante, un escalofrío recorrió su cuerpo. —Dónde... —Se lamió los labios secos—. ¿Dónde estamos? —Su voz no era más que un susurro tembloroso. Volvió a mirar al hombre—. ¿Quién... quién eres tú?

Respiraba tan rápido que se estaba mareando. Si tuviera una bolsa de papel, estaría respirando en ella. Es decir, si tuvieran una bolsa de papel aquí... dondequiera que fuera aquí. Reprimió una risa histérica.

El no-hombre posó sus serios ojos en ella. —Para responder primero a tu última pregunta, mi nombre es Comandante Jo'Aquin Centauri, un Comandante del Consejo Interespecies, Comandante de la Nave Estelar *Starlight*.

Intentó levantarse, con movimientos un poco desiguales. Emitió un gruñido de dolor, y un brillo de sudor apareció en su rostro no del todo correcto. Ahora que podía verlo mejor a la luz del día, su piel tenía un tono ceniciento enfermizo. Había visto suficiente enfermedad como para reconocer cuando alguien estaba realmente mal. Miró alrededor, cauteloso. —Y para responder a tu primera pregunta, eso es lo que a mí también me gustaría saber.

Su mirada se cruzó con la de él. —¿Jo'Aquin? ¿Comandante? ¿Consejo Interespecies? —Sonaba como si estuviera atrapada en una mala película de ciencia ficción. Sacudió la cabeza, tratando de aliviar el dolor pulsante y el pánico frenético que amenazaba con consumirla en cualquier momento—. ¿No sabes dónde estamos? —Por supuesto. ¿Cómo podría saber dónde estaban? ¡Estaban en un lugar con hojas rosadas y naranjas, por el amor de Dios! Un lugar tan vastamente diferente a la Llanura de Nullarbor que no tenía gracia.

Tembló. Tuvo que apretar los dientes para evitar que castañetearan. El terror dejó su mente al descubierto. El impulso de correr. De encontrar seguridad.

—Yo... yo estaba en la Llanura de Nullarbor. Sola. Y entonces... y entonces. —Entonces todo volvió en una horrible ola de recuerdos. Jadeó—. Esa... cosa de lagarto. Me agarró. Y yo... no sé. Ahora... estoy aquí. ¿Dónde... dónde demonios estamos? —Su respiración se volvió débil, errática, su corazón latía como una criatura salvaje.

—Está bien. Te protegeré.

Oyó sus palabras, pero no tenían ningún sentido en su mente presa del pánico. Solo era consciente de su creciente terror y de su incapacidad para hacer algo al respecto. Luchó por mover sus

pesados miembros. No se movían como ella quería. Trató de arrastrar su cuerpo, demasiado pesado, por encima del borde del contenedor, pero resbaló y aterrizó de nuevo sobre su trasero. Una nueva oleada de pánico tomó el control de su cuerpo. Se agitó inútilmente, mente y cuerpo luchando. Demasiado débil. Demasiado torpe.

Se desplomó por el costado del ataúd de hojalata o lo que fuera en lo que estaba, cayendo sobre su estómago con un jadeo sin aliento. Apenas registró una maldición antes de que unos fuertes brazos la rodearan, atrayéndola hacia un suave abrazo. Luchó contra él, esforzándose por liberarse, pero él se mantuvo firme, ofreciendo sonidos tranquilizadores. Una mano acarició su espalda con largos y reconfortantes movimientos que rompieron la espiral de pánico en su mente.

Se volvió consciente de los fuertes brazos y del olor a masculinidad almizclada y especiada que hizo que su estómago diera vueltas, y algo comenzó a desplegarse en su interior, algo que había estado latente durante demasiado tiempo.

Algo que nunca antes había hecho.

—¡Aléjate de mí! —La soltó y ella se alejó a gatas. Él se quedó sobre sus talones, observándola. Su corazón se detuvo y se agitó. No estaba tratando de forzarla. No estaba tratando de hacerle daño como habían hecho esas cosas parecidas a lagartos. En cambio, todavía la miraba con un deje de cautela. Supuso que ella se miraría a sí misma de la misma manera.

Contrólate, Lauren. Eres demasiado mayor para actuar así de loca. —Lo siento. No quiero ser tan... tan... —Realmente no sabía por qué se estaba disculpando, ni lo que realmente sentía, excepto una total confusión. Asustada como el demonio. Aterrada. Bordeando el terror.

Parecía que él estaba tratando de ayudarla y, en este momento, necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir.

Sus labios se aplanaron en una tensa línea. —Después de lo que has pasado, tu reacción es de esperar.

—Su... supongo que sí. —Realmente no lo creía. Era lo suficientemente mayor como para no entrar en pánico por cualquier cosa, pequeña o grande. Lo que la había mantenido en pie durante

los traumáticos acontecimientos de los últimos años era su capacidad para pensar con claridad y mantener las emociones a raya. Trabajó furiosamente para controlar su terror y se concentró en el hombre que tenía delante.

Su ropa estaba rasgada en el hombro. Sangre profunda, casi negra, rezumaba bajo la tela. Movi6 el brazo e hizo una mueca de dolor. No podía creer que apenas lo hubiera notado.

—¡Estás herido! —Alargó la mano hacia él, pero se detuvo en el último momento, retrocediendo, sin saber muy bien qué hacer.

—Sí. Desafortunadamente, fui alcanzado por la púa del Reptil.

—Reptil... —Seguía diciendo eso. Pensó furiosamente por un momento, preguntándose a qué se refería—. ¿Esas cosas malvadas parecidas a lagartos? —Una oscuridad viscosa se estremeció a través de su cuerpo al pronunciar la palabra. Fuera lo que fuesen, había probado lo que eran, y eso era suficiente. Si nunca volvía a ver otro, sería demasiado pronto.

Él emitió una risa sin entusiasmo. —Entiendo tu razonamiento. Puedo ver por qué dirías que son lagartos.

Su expresión se volvió sombría mientras miraba sus alrededores. Pero su mirada permaneció en él. Su cabello era más azul que negro. Estaba justo en el límite de ser demasiado largo. Más desaliñado que otra cosa. Como si necesitara un corte, pero no hubiera tenido tiempo para hacérselo. Le quedaba bien con la oscura barba incipiente que decoraba su mandíbula, dándole un aire tosco.

Vetas grises bordeaban sus sienes, haciendo juego con las líneas alrededor de sus ojos. No parecía viejo; más bien distinguido. A su juicio, pensó que podría estar a finales de los cuarenta, tal vez cincuenta.

También había un aire de seriedad en él. Una intensidad en la forma en que se mantenía, la posición de sus hombros, la inclinación de su cabeza. Cada movimiento era considerado y medido.

Un hombre de experiencia. Porte. Mando. Un militar. Tenía ese tipo de presencia. Un cuerpo delgado pero fuerte que denotaba condición física, evidente bajo esa túnica de aspecto oficial que llevaba. Pecho ancho. Torso plano. Nada blando en él.

Él —Jo'Aquin— se tocó la oreja. —Reed. ¿Me recibes?

Se detuvo antes de preguntar de nuevo. Su boca se tensó en una línea aún más severa, si es que eso era posible. Su mirada encontró la suya. —No puedo contactar con mi teniente. Debe haber alguna interferencia con el *Starlight*.

Casi podía ver los engranajes funcionando en su mente. No solo estaba pensando. Estaba... elaborando estrategias. Se puso de rodillas, acunando su brazo. —Creo que sería una buena idea que nos alejáramos de este sitio. Me temo que podríamos habernos hecho bastante visibles para los nativos, de los que quizás sería mejor mantenernos alejados.

Un rastro de miedo subió por su columna vertebral, y su boca se secó instantáneamente. Él la ayudó a ponerse de pie, aunque era obvio que él mismo estaba herido. Se preguntó quién debería sostener a quién. Esa cosa de la que habían salido parecía un ataúd en forma de bala y rápidamente apartó la mirada. Nada bueno podría venir de estar metida en algo de ese tamaño.

Por lo que se veía, nada bueno *había* ocurrido.

Se desplomó contra Jo'Aquin. Un poderoso brazo rodeó sus hombros para estabilizarla, pero no eran sus piernas las que ahora estaban inestables. Miró hacia arriba. Era enorme. Ella apenas le llegaba a la parte superior de los hombros, que eran tan gruesos y sólidos como los de un jugador de rugby.

Tan cerca, podía ver que su piel no era bronceada, ni aceitunada, ni siquiera un tono claro de cualquier matiz más oscuro que pudiera ser natural. Era... *dorada*. Pequeñas motas en su piel brillaban a la luz del sol. Y sus ojos. Eran azules, pero iridiscentes, como si estuvieran iluminados por detrás con la luz de la luna. Motas plateadas se extendían desde la pupila azul oscuro.

La sostuvo con un agarre en la parte superior de sus brazos, y ella quedó suspendida en su abrazo mientras lo miraba fijamente. Confiaba en ese agarre mientras trataba de encontrar una razón para lo que veía, su mente repasando posibilidades hasta que llegó a la única conclusión lógica que tenía algún sentido.

Había algo extraño en él.

Porque no era humano.

No estaba en algún extraño set de filmación de Star Trek. Y él no era solo un hombre de aspecto extraño. La razón se impuso de esa manera extraña que hacía de la realidad un lugar muy aterrador, pero era totalmente irrefutable. No había otra razón para que ella viera, sintiera, recordara lo que hacía.

Esto no era la Llanura de Nullarbor. Ni Australia. Ni siquiera la Tierra. Era un mundo completamente diferente. Se lamió los labios secos, tratando desesperadamente de humedecer su boca. Su voz salió en un susurro tenso. —¿Qué... qué demonios eres tú?



Capítulo Cinco

Una fina capa de sudor empañaba su piel. Su cabeza se inclinaba. Se tambaleó, y sus rodillas casi se doblaron bajo su peso antes de que lograra sostenerse. Ella le agarró los antebrazos para estabilizarlo. No sabía por qué había reaccionado así. Todo aquello tenía una cualidad tan irreal que no podía estar segura de si estaba bordeando la locura. No podía afirmar con certeza que no fuera así.

—No estás bien.

—Maldito veneno. Está avanzando por mi sistema.

Ella observó el material rasgado y la sangre oscura que empapaba su uniforme.

—¿Esto es lo que te hicieron esas... personas lagarto? ¿Esos Reptiles?

El había mencionado algo sobre púas. No pudo reprimir un escalofrío al pensar en esas garras viscosas sobre su cuerpo, y menos aún ser despedazada por una de ellas. Quienquiera que fuese él, era una gran mejora comparado con esas criaturas.

Al menos no estaba probando su sangre ni la estaba metiendo en un pequeño contenedor metálico para lanzarla a través del espacio hacia un mundo alienígena desconocido. Cerró la boca cuando una risa histérica amenazó con escapar.

Él tenía que ser la mejor opción. Esos Reptiles no tenían buenas intenciones hacia ella. Aunque no sabía realmente quién era este hombre —este alienígena—, sus escasas posibilidades de supervivencia eran mucho mejores con él.

—Vamos. Lléveme a un lugar seguro. —*Dondequiera que eso sea.*

Le agarró los antebrazos e intentó moverlo. Cómo iba a ayudar a alguien de su tamaño en la Tierra, o dondequiera que estuviesen, no tenía ni idea. Pero si esos Reptiles volvían a buscarla, prefería estar escondida que de pie junto al ataúd mortal donde la habían metido.

Su boca abandonó momentáneamente su gesto severo y se curvó en las comisuras, mientras una línea muy humana se dibujaba entre sus cejas. Colocó un nudillo bajo su barbilla, levantándole la cabeza. Su mirada penetró algo dentro de ella, agitando un lugar desconocido y olvidado hace mucho tiempo, oculto en lo más profundo.

—Tanta amabilidad... —su voz se quebró.

—No hay amabilidad en la autopreservación —susurró ella, con el corazón latiendo ante la emoción evidente en su voz.

Sonaba tan... sorprendido. Por qué eso debería afectarla tanto aquí y ahora, no lo sabía. Realmente no estaba en su sano juicio, eso debía ser.

Estaba en los brazos de un alienígena. Un alienígena muy guapo, pero un alienígena al fin y al cabo, y no sabía dónde en la Tierra —corrección— dónde en el *Universo* se encontraba. Le palpitaba la cabeza. Le dolía todo el cuerpo. Estaba en estado de shock. Era normal estar emocionalmente afectada. Mejor controlarse y concentrarse en sobrevivir. Se le daba bien eso. Lo había demostrado una y otra vez. Era hora de ponerse las bragas de chica grande, de las cuales tenía numerosos pares bien gastados, y ocuparse de la tarea en cuestión.

Una rama crujió. Unas manos enormes la agarraron por los brazos. Sus pies dejaron el suelo, y se encontró lanzada como una muñeca y colocada tras su espalda. Todavía era fuerte como un buey, a pesar de estar herido.

Sin embargo, ahora que estaba detrás de él, vio que el uniforme de su espalda estaba destrozado hasta la cintura, el material empapado de sangre. Su piel estaba abierta de lado a lado. La sangre brotaba entre la piel rasgada e irregular. Jadeó, su mano flotando sobre su herida, sin saber qué hacer. Era un milagro que estuviera de pie. No solo estaba herido. Estaba mortalmente herido.

Numerosas pisadas sobre hojas secas la hicieron asomarse por encima de su hombro. Estaban rodeados por veinte seres. Más cuerpos surgieron del espeso follaje, formando un círculo a su alrededor. Un minuto no estaban ahí, al siguiente eran completamente visibles.

Vestían con los tonos rosados y anaranjados del follaje. Incluso sus cabezas estaban cubiertas con hojas ondulantes, que dejaban ver solo sus ojos. Si no se hubieran movido, dudaba que pudiera verlos, incluso si estuvieran a dos palmos de distancia.

Lo siguiente que notó fueron unas flechas de aspecto amenazador apuntándoles directamente desde unos arcos enormes, el doble de altos que los nativos. Chilló y se pegó al cuerpo de Jo'Aquin, aunque evitando cuidadosamente sus heridas. Él extendió las palmas en señal intergaláctica de paz.

—No queremos haceros daño.

Uno de los hombres dio un paso adelante y señaló el ataúd.

—Venís en una nave Reptiliana.

—Soy el Comandante Jo'Aquin Centauri de la nave estelar *Starlight* del Consejo Interespecies. Nos perdimos y nos estrellamos en vuestro planeta tras una situación de emergencia. No pretendemos haceros daño.

La punta de la flecha señaló a Lauren.

—¿Y ella?

Jo'Aquin hizo una pausa antes de decir:

—Es humana.

Hubo un jadeo colectivo de los hombres, algunos se giraron hacia otros. Esa declaración había causado revuelo. Algunos se inclinaron para mirar alrededor de Jo'Aquin y verla. Lauren se tensó, agarrando el uniforme de Jo'Aquin con los puños.

Había pensado que iba a perder la cabeza con los Reptiles. Sólo Dios sabía cómo sería su estabilidad mental al conocer a más alienígenas. Iba a sufrir una sobrecarga, de eso estaba segura.

—¿Una humana? —dijo el líder. Lauren notó que su forma de hablar tenía un acento muy marcado, casi musical. No era un acento que hubiera escuchado antes. Había una nota en su voz que no la hizo sentir precisamente cómoda. Más bien como una atracción de feria barata.

—No estamos seguros de dónde estamos exactamente —dijo Jo'Aquin.

Hubo una breve pausa, y la punta de la flecha vaciló.

—Quienes vienen aquí saben qué planeta es este.

—Los Reptiles habían capturado a esta humana. Yo estaba en una misión para rescatarla —dijo Jo'Aquin.

Lauren jadeó, mirando a Jo'Aquin. ¿La había rescatado? ¿De los Reptiles? ¿Era por eso que estaba en ese ataúd con ella? A juzgar por las heridas abiertas en su espalda, había luchado duro. No sabía cómo procesar el torbellino de emociones que burbujeaba dentro de ella al saber que podría haber muerto. No tenía sentido. No la conocía. No le debía nada. ¿Por qué ponerse en tal peligro? Tenía la sensación de que se estaba perdiendo algo *importante*.

—Eso no explica nada. No sabemos quiénes sois ni de dónde venís. La evidencia es que llegasteis aquí en una nave Reptiliana —dijo el líder—. Seréis interrogados para determinar vuestra honestidad.

La sangre goteaba de la espalda de Jo'Aquin al suelo. Se tambaleó inestablemente. Si alguien no atendía sus heridas, iba a estar en un mal estado. En un estado muy malo.

Motivada por una oleada de ira, Lauren se adelantó a Jo'Aquin.

—Escuchad, vosotros... gente hoja. Este hombre necesita atención médica urgente. No tenemos todo el día para escucharos intentar decidir si somos dignos de confianza o no. Jo'Aquin necesita atención médica. Ha sido atacado por los Reptiles con sus cosas venenosas de cola con púas. Ahora, ¿podéis indicarme dónde hay un... médico?

Se detuvo un momento. Quizás no tenían médico. Parecían bastante primitivos con su ropa, arcos y flechas. Definitivamente sin tecnología.

—¿O un hospital? ¿Una aldea, quizás? —Lauren cruzó los dedos. Por favor, que no digan chamán, por favor, por favor, por favor—. O, al menos, ¿proporcionarnos algo de ayuda mientras discutimos esto?

Jo'Aquin la empujó tras el muro protector de su cuerpo, pero ella se apartó de su alcance, puso las manos en sus caderas y dio un paso hacia el hombre que les hablaba.

—¡Ya basta! ¿No veis que este hombre está herido?

El líder la observó durante varios largos momentos.

—No había visto un humano vivo en carne y hueso antes. Me pregunto...

Se movió hacia ella. Lauren soltó un chillido y volvió a refugiarse tras la espalda de Jo'Aquin. Por qué pensaba que era un lugar inexplicablemente seguro con toda la amenaza que había, no lo sabía. Otro de los nativos fue a agarrarla. Jo'Aquin colocó su gran cuerpo entre ella y el hombre.

—No la toques. Está asustada.

Los hombres se tensaron ante un gesto del líder y comenzaron a estrechar el círculo a su alrededor, atrapándolos dentro de una barrera de gente hoja.

—Como Comandante del Consejo Interespecies, os insto a retroceder —dijo Jo'Aquin.

—Aquí no rigen las reglas del Consejo Interespecies, Comandante —dijo el líder.

Uno de los hombres se abalanzó hacia Lauren. Antes de que pudiera moverse, el puño de Jo'Aquin golpeó la mandíbula del hombre con un enfermizo sonido de crujido. La cabeza del hombre se echó hacia atrás, y cayó al suelo, donde quedó inmóvil. Lauren se tensó, sus manos temblorosas subiendo a su boca.

Varios hombres saltaron sobre Jo'Aquin, inmovilizando sus brazos entre cinco o seis personas. Jo'Aquin luchaba, gruñendo por el esfuerzo, pero estaba herido y obviamente debilitado.

—¡Quitadle las manos de encima! ¡Le estáis haciendo daño! —gritó Lauren.

Unos brazos la rodearon por el pecho. Dio una patada hacia atrás y escuchó un crujido satisfactorio cuando el talón de su pie se estrelló contra una espinilla. El agarre sobre ella no aflojó. Un pie barrió bajo sus tobillos. Cayó al suelo. Su mente se llenó de terror. Los Reptiles sujetándola. Dolor cuando algo se clavó en el lado de su cabeza. Un dolor cegador estallando dentro de su cráneo. Gritó, luchando, jadeando. El pecho se le contraía. Puntos negros bailaban en su visión mientras Jo'Aquin rugía.

Él dio media vuelta, liberándose. Más hombres se abalanzaron sobre él. Sus piernas se doblaron bajo el peso. Se necesitó a la mayoría de los hombres que los rodeaban para derribarlo y mantenerlo en el suelo.

Lauren gritó más, más allá de la razón.

—¡No le hagáis daño! —No podía soportarlo. Era demasiado. Estaba perdiéndolo todo, y había poco que pudiera hacer excepto dejar que una ola roja se estrellara sobre su cabeza. Se sacudió como un gato salvaje, pero el pesado cuerpo que la sujetaba la aplastó contra el suelo.

Solo pudo observar cómo los hombres hoja inmovilizaban los brazos de Jo'Aquin a su espalda y envolvían lianas anaranjadas alrededor de sus muñecas. El Comandante se esforzaba contra el peso de los hombres sobre su espalda, pero no había forma de que pudiera quitárselos de encima. No estando herido, envenenado y debilitado como estaba.

El peso se levantó de su cuerpo, pero fue solo momentáneo, ya que muchas manos la mantuvieron inmóvil. Una rodilla se clavó dolorosamente en la parte baja de su espalda. Gritó de angustia cuando empujaron sus muñecas tras su espalda y las ataron juntas con lianas, igual que habían hecho con Jo'Aquin.

Su mirada de neón encontró la suya.

—Haz lo que te digan, Lauren. Te mantendré a salvo.

Pero ¿cómo podía un hombre herido esperar salvarse ante estas circunstancias, y mucho menos a alguien más, con veneno fluyendo por sus venas?



Capítulo Seis

Marchaban a través de la extraña y sobrenatural selva tropical. Hacía calor. Humedad. Un hilo de sudor corría por su espalda hasta fundirse con la cinturilla empapada de sus vaqueros. Las zonas húmedas bajo sus brazos se fusionaban con los parches de tejido humedecido por el sudor que se pegaban a su piel.

La pinchaban de vez en cuando con la amenazante punta de una lanza cuando tropezaba o se ralentizaba demasiado. Había dejado de fulminar con la mirada al guardia que tenía detrás, no solo porque no funcionaba, sino porque estaba demasiado agotada para molestarse en mirar por encima de su hombro. Le dolía la garganta, reseca y áspera. Sentía como si la cabeza le fuera a estallar. La palpitación en su cabeza era un dolor agudo que le hacía encogerse. Incluso la luz del sol le quemaba tras los párpados. Se sentía cada vez peor.

Tropezó de nuevo. Le costaba levantar la pierna. El grueso tejido vaquero era como una capa de melaza sobre sus extremidades. Vislumbró a Jo'Aquin más adelante. Él avanzaba con movimientos descoordinados y tambaleantes, como si estuviera borracho. Lauren podía oír su respiración fatigosa aunque no estaban cerca. Jo'Aquin se volvió hacia ella, y Lauren soltó un jadeo. Tenía los labios

agrietados, la piel degradada a un dorado oscuro y apagado. Sus ojos estaban hundidos, con profundas marcas marrones debajo. Riachuelos de sudor corrían por su rostro y apenas parecía capaz de respirar. Estaba más que enfermo.

Se estaba muriendo.

No podía perderlo. No podía quedarse aquí sola. No lo conocía, por supuesto, pero él había intentado rescatarla. Eso significaba que era la única persona en quien podía confiar.

Además, era su único vínculo con la Tierra. Su única forma de volver a casa. Si él moría... podría quedarse atrapada aquí por el resto de su vida. Era egoísta por su parte, pero lo necesitaba como nunca antes había necesitado a nadie.

Se acercó tambaleante al líder. Una mano en su hombro detuvo su avance. Ni siquiera se molestó en forcejear, simplemente esperó, tratando de ignorar el martilleo en su cabeza. Lauren se humedeció los labios reseca, intentando generar algo de saliva en su boca mientras entrecerraba los ojos para mirarlo.

—Por favor, ayude a Jo'Aquin. Solo mírale. Dele algo de agua. O... algo.

El líder hizo un gesto a algunos de sus hombres.

—Ya estamos en la aldea. Llévalo a Madre.

Confundida, miró alrededor, pero no vio ninguna aldea, solo espesas hojas multicolores nada naturales. Sacudió la cabeza como para aclarar sus pensamientos, pero fue un error, pues el mareo la consumi. Su estómago se revolvió violentamente, pero no había nada que expulsar. Se le contrajo dolorosamente, y cayó de rodillas.

Él forcejeó mientras se lo llevaban, mirando hacia ella.

—Lauren.

No sonaba mejor de lo que ella se sentía.

—Quiero ir con él.

Había algo parecido a la resignación en el rostro del líder cuando se volvió hacia ella. No esperaba ver eso, pero estaba demasiado agotada para preguntarse realmente.

—Lo están llevando a una curandera.

—¿Vais a ayudarlo? —Todo era tan confuso, y su cerebro dolía tanto.

—Por supuesto. Igual que te ayudaré a ti, si es posible —dijo el líder.

Su mente era como la melaza, los pensamientos avanzaban a través de una espesa resistencia.

—Pero, ¿por qué nos habéis tratado así? ¿Atarnos las manos?

El líder suspiró.

—Fue por la seguridad tanto vuestra como de mis hombres.

—¿Seguridad? ¿Qué seguridad? —Jo'Aquin estaba tan herido que apenas podía mantenerse en pie. No entendía nada de esto. Estaba tan cansada. Tan débil. Lo único que quería era tumbarse y dormir durante una semana y olvidarse de todo y rezar para que esto fuera una pesadilla muy mala.

El líder se acercó a ella. Tan cerca que no pudo hacer nada más que parpadear mirando su rostro. La estudió durante unos largos momentos.

—Uno de mis hombres ha contactado con Madre. Ella hará lo que pueda para contrarrestar lo que los Reptiles te han hecho.

—¿Qué? ¿Hacerme? Lo único que hicieron fue meterme en una especie de ataúd y enviarme a este lugar. Ni siquiera sé por qué lo hicieron.

Unos ojos serios que reflejaban compasión y determinación la miraron fijamente.

—Créeme. Te habrán hecho algo. La idea es averiguar exactamente qué te hicieron y por qué te enviaron aquí.

Lauren sollozó en voz alta, sin intentar contener nada ya. Requería demasiado esfuerzo, y no le quedaba nada. Se estremeció cuando un dolor particularmente agudo se deslizó detrás de su ojo derecho.

—No sé por qué estoy aquí. Ni siquiera sé dónde es aquí. Debería estar en medio de un desierto, maldiciendo a mi amigo y esperando a un mecánico. Bueno, por malo que fuera en casa, quiero volver allí. ¡Solo quiero irme a casa! —No pudo detener el flujo de lágrimas que corrían por sus mejillas.

Una serie de emociones centellearon en sus ojos. Comprensión, tristeza, luego resignación.

—Al menos conservarás tus recuerdos —miró más allá de ella—. Sheldod, llévala a Madre ahora. Veamos qué puede hacer por ayudar

a la humana.

Una mano se posó en su brazo, y un hombre más joven apareció detrás de ella.

—¡Espera! ¿Adónde me lleváis? Quiero ver a Jo'Aquin.

El hombre que conocía como el líder pasó su dedo por su mejilla.

—Lo verás otra vez. Si sobrevive.

—¿Qué? ¿Si sobrevive? ¿Qué estás diciendo? —balbuceó.

—El veneno de los Reptiles es el más fuerte del universo. Llévala ahora, Sheldod. Está a punto de desplomarse.

El líder se alejó y desapareció entre las grandes hojas del bosque.

—¡Espera! ¿Qué quieres decir? —Parecía que preguntaba eso muy a menudo, pero no recibía suficientes respuestas.

El martilleo en su cabeza se intensificó hasta un nivel nauseabundo y sus movimientos no eran más que protestas. Sus extremidades no querían moverse como ella deseaba.

Sheldod la condujo hasta la base de un árbol imposiblemente grande. El tronco parecía lo suficientemente ancho como para caber treinta coches uno al lado del otro con espacio de sobra. Estaba cubierto con una corteza púrpura-marrón y lisa. Inclino la cabeza hacia atrás y miró hacia arriba. Su visión se nubló, y tuvo que parpadear para poder enfocar. Las hojas obstaculizaban su vista, y se quedó preguntándose cuán alto podría ser un árbol tan masivo.

—¿Y ahora qué? —gimió. Estaba tan cansada que no creía tener fuerzas para caminar más.

—Trepamos —miró a la cara de Sheldod. Aunque su piel estaba oculta por rayas de pintura de camuflaje naranja y púrpura, seguía siendo bastante atractivo. Lo más sorprendente que notó fueron sus ojos. Eran de un púrpura intenso, y la pupila era una hendidura vertical, como los ojos de un gato.

Apartó la mirada, sin querer ver nada más que confirmara que no se estaba volviendo loca. Que estaba en otro planeta y que había sido secuestrada por alienígenas. Por segunda vez.

Apoyó la cabeza contra la corteza lisa y fresca.

—Si se supone que tengo que trepar, ¿cómo voy a hacerlo con las manos atadas?

Aunque no hubiera estado atada como un pavo de Navidad, ni siquiera podría intentar trepar a semejante árbol. No había escalones, ni escaleras, ni muescas. Nada a lo que agarrarse.

La pregunta pronto obtuvo respuesta cuando Sheldod la colgó sobre su hombro como si fuera un saco de patatas. El aire salió expulsado de sus pulmones cuando él empezó a trepar, usando nada más que las yemas de sus dedos y los dedos de los pies. Extendió la mano sobre el tronco. Sus dedos se aplanaron convirtiéndose en ventosas tan firmes como el pegamento más potente.

Su visión se nubló y la náusea la invadió cada vez que su hombro presionaba su diafragma. Cerró los ojos ante el mundo de mareantes tonalidades de colores arremolinados, encontrando poco consuelo en la oscuridad tras sus párpados cerrados. Continuaron trepando durante lo que pareció una eternidad. Su cabeza era un gran peso palpitante, y lo único que quería hacer era acurrucarse y llorar hasta quedarse dormida.

Finalmente, el hombre dejó de trepar, y ella fue manejada con brusquedad fuera de su hombro. Sus piernas se desplomaron bajo ella y cayó al suelo, que era blando y elástico. Entreabrió los ojos para descubrir que era una rama. Una rama muy ancha y lisa que era más bien como un camino. Lleno de gente. Mucha gente.

Hombres, mujeres y niños vestidos con hojas rosas, naranjas y púrpuras, mimetizados con los árboles. Charlaban en tonos apagados y la señalaban. La multitud se separó, y una anciana nudosa se acercó cojeando hacia ella.

Su pelo era fibroso y de un horrible tono naranja pálido. La mujer podría tener entre ochenta y quinientos años. Su rostro estaba tan arrugado como un trozo de papel de seda que hubiera sido estrujado y luego cuidadosamente desplegado. Su piel le recordaba a Lauren al cuero más suave, pero sus ojos eran del color de las hojas nuevas de primavera y contenían volúmenes de sabiduría.

Se inclinó sobre Lauren. Anchas manos de piel seca acunaron el rostro de Lauren e inclinaron su cabeza, mirándola como si buscara algo.

—Esta chica ha sido manipulada. Está por verse si vivirá —la voz de la mujer crepitó, limpia y seca, pero fueron las palabras mismas

las que helaron la sangre de Lauren.

¿Morir? ¿Iba a morir? Esta pesadilla se inclinaba hacia el terreno del absurdo. Se preguntó si Mike habría sentido el mismo terror, sabiendo que la sentencia de muerte del cáncer pendía sobre su cabeza durante años.

—Déjame ver tus palmas.

—No puedo. Están atadas —dijo ella.

La mujer emitió un sonido de enfado, y Sheldod rápidamente cortó las lianas que sujetaban sus muñecas. Sus brazos cayeron inútilmente a sus costados, ardiendo con hormigueo. Tan rápido como cualquier cosa, la anciana agarró su muñeca y observó su palma.

—¿Quién te hizo esto?

Lauren entrecerró los ojos mirando su palma. Una herida roja y furiosa la atravesaba.

—Una lagartija... Iguana. Cosa reptil.

La mujer gruñó, y un brillo calculador entró en sus ojos.

—Haré lo que pueda. Si no vive, su cuerpo aún podría ser la ayuda que hemos esperado.

Fue lanzada sobre el ancho hombro de Sheldod, y el mundo se volvió borroso de nuevo. Pasó mucho tiempo antes de que la dejaran y se derrumbara sobre un jergón. Hojas multicolores daban vueltas a su alrededor. Estaba en una especie de iglú de hojas en forma de cúpula.

Sheldod hizo una reverencia a la anciana y desapareció a través de una gran hoja que servía como puerta, no muy diferente a la apertura de una tienda. Lauren intentó moverse, quería moverse, pero su cuerpo no solo no obedecía, sino que se resistía. Su cabeza martilleaba con la furia de varios martillos neumáticos. Fue todo lo que pudo hacer para mirar a la mujer.

—Jo'Aquin. Joe. ¿Dónde está? ¿Qué habéis hecho con él? —Sus palabras eran arrastradas, su voz ronca.

La mujer se movía por el iglú y murmuraba para sí misma mientras tomaba recipientes al azar y comenzaba a mezclar un brebaje en un cuenco de madera. Comenzó a canturrear, su voz fuerte, pero baja. Palabras incomprensibles que Lauren no podía descifrar.

Un sonido de arañazos llenó la habitación y la cabeza de Lauren. La habitación se inclinó en una mareante espiral mientras horribles criaturas estallaban a través de la gigantesca pared de hojas. Lagartos, serpientes, criaturas con escamas verde oscuro la arañaban. Le abrían la cabeza y le revolvían el cerebro.

Largas lenguas bifurcadas se deslizaban por su piel a través de profundos riachuelos de sangre y dolorosos cortes. Ojos rojos la miraban fijamente. Huecos. Muertos.

Cuando gritó, no salió nada. Un brebaje de sabor nauseabundo fue vertido por su garganta. Lauren se atragantó, intentando escupirlo, pero su boca estaba firmemente cerrada. Los cánticos estaban por todas partes, mil voces, resonando dentro y alrededor de ella. Su piel se irritaba y ardía, interminable dolor punzando en todas partes.

Gritó llamando a Mike. Sabía que sería inútil. Estaba muerto. Muerto. Muerto. Gritó por Jo'Aquin. Desesperada.

Luego gritó a Dios que salvara su alma.



Capítulo Siete

Voces susurraban a su alrededor, pero las palabras eran resbaladizas. Se mezclaban en sonidos sin sentido. Se aferró al tono más profundo. La nota más reconfortante. Lo siguió, mano sobre mano, como si estuviera escalando una cuerda desde el fondo de un pozo profundo y oscuro.

Las palabras dejaron de ser solo sonidos. Una voz pronunció su nombre. Había luz. Luchó por subir. Arriba. Arriba. Hacia la luz. Siluetas borrosas se enfocaron hasta convertirse en rostros que la miraban desde arriba. Se concentró en el que tenía los ojos de un azul neón y que parecía tan preocupado. ¿Por qué estarían tan preocupados? Nadie se preocupaba nunca por ella.

Se preocupaban por Mike. El pobre y enfermo Mike. Mike estaba enfermo. Muy enfermo. Pero a veces... a veces sería agradable que alguien le preguntara cómo lo estaba sobrellevando porque estaba tan cansada de la enfermedad, de los cuerpos marchitos, de los ojos hundidos, de la esperanza perdida... de la muerte inminente de la que nadie quería hablar... Su mirada permaneció fija en su rostro, la confusión dando paso a la familiaridad. A medida que su mente comenzaba a funcionar, los recuerdos la inundaron. El hombre —

alienígena— con el rostro no del todo humano y los hermosos ojos. Él se había preocupado por ella.

—¿Joe? —Contuvo la respiración rápidamente e intentó incorporarse, solo para descubrir que estaba tan débil que apenas logró levantar la cabeza. Presionó la palma de su mano contra su frente, deseando que el mareo pasara, y notó otros dos rostros junto a él. El líder y la anciana. El líder la miraba con una expresión que la hacía sentir como una propiedad inmobiliaria codiciada, mientras que la mirada calculadora de la anciana mostraba curiosidad.

—Estoy aquí —su voz tranquilizadora la calmó un poco.

Estaba acostada en un jergón dentro del colorido iglú de hojas, pero esta vez la luz del sol moteada iluminaba las brillantes hojas creando un suave resplandor en el interior. Pero estar en el iglú de hojas también significaba que las pesadillas eran reales, y ella deseaba desesperadamente que no lo fueran. Sentía como si la hubieran pasado por una picadora de carne. Le dolía el cuerpo, y su mente no estaba mucho mejor.

Su respiración se entrecortó. Estaba en un mundo alienígena, y estas personas que la miraban fijamente eran alienígenas. Aunque, pensándolo bien, ella estaba en su planeta, así que eso debía convertirla a ella en la alienígena. Un sudor frío le brotó en la piel. Intentó controlar su respiración, pero jadeaba como si acabara de correr una milla. No podía parar.

—Todavía no está bien —Joe sonaba nervioso. No. Sonaba enfadado. ¿Con ella?

Una mano grande le limpió suavemente la frente. Se aferró a ese contacto y agarró la mano de Joe como si fuera un salvavidas. Quizás lo era. Estaba demasiado asustada para razonar demasiado sobre su acción.

—Aquí. Bebe esto —dijo la anciana.

Lauren giró la cabeza apartándose de una taza que le colocaron en la boca, pero una mano detrás de su cabeza la hizo volver. Un líquido fresco se derramó en su garganta. No se había dado cuenta de lo irritada y seca que tenía la garganta hasta que sintió el líquido. Sin poder evitarlo, bebió el resto de un trago.

La frescura se extendió por su pecho y le despejó la cabeza. El pánico retrocedió y pudo pensar. Respiró hondo, clarificándose, para encontrar a Joe inclinado sobre ella, sosteniéndole la cabeza. Agarró la taza y bebió el resto del líquido.

—Ahora estoy bien.

—No creo que lo estés.

La línea entre las cejas de Joe se convirtió más en un valle sobre su mirada medida. Era evidente que no la creía. Las arenas mentales se desplazaban bajo sus pies. Necesitaba saber dónde diablos estaba y qué demonios querían de ella estas extrañas personas. Que la ataran y la colgaran de un árbol y luego la curaran no tenía mucho sentido. Pero claro, no estaba tratando con humanos. ¿Quién sabía cuáles eran sus razones?

Rodó hacia un lado, usando la escasa fuerza que tenía para sentarse. Por experiencia, si no te levantas, te quedas abajo. A pesar de las protestas de su cuerpo, Lauren obligó a sus extremidades a moverse.

—Lauren, para —dijo Joe.

—Puedes ayudarme o no, pero voy a sentarme de todas formas —resolló. En silencio, esperaba que la ayudara. Moverse era difícil en ese momento.

Hubo una maldición silenciosa en un idioma que no entendía, y luego sus manos grandes y fuertes, gentiles y firmes, la ayudaron a incorporarse, su contacto reconfortante más allá de lo razonable. Al menos no le había dicho que se quedara tumbada. Pronto, estaba apoyada contra la suave pared de hojas del iglú. Se recostó con un suspiro, jadeando. Le había costado, pero al menos se sentía mejor viendo a todos al nivel de los ojos. Ignoró a la anciana y al líder, mirando fijamente a Joe.

—¿Te... hicieron algo? —Su piel estaba cubierta con un tono dorado que parecía saludable, sus mejillas hundidas ahora eran depresiones y sombras masculinas, y sus ojos eran de ese azul intenso y extraordinario.

Su uniforme había sido reemplazado por la ropa de hojas que había visto usar a la gente, pero a él le quedaba mucho mejor que a ese hombre líder que no le había quitado los ojos de encima desde

que se había despertado. Era delgado y fibroso en comparación con la complexión musculosa de Joe.

—No tienes de qué preocuparte. Me curaron.

Había estado a punto de colapsar antes de que se lo llevaran y a ella la cargaran sobre un hombro. —¿Estás seguro?

—Los hexonianos somos notoriamente difíciles de matar. Madre me dio un antídoto y aplicó un ungüento a las heridas para que pudieran sanar —dijo Jo'Aquin, señalando a la anciana que se reía en voz baja. A Lauren le parecía un poco desequilibrada, y volvió a centrarse en Joe. Así que la anciana se llamaba Madre. Nombre extraño.

—Muéstrame —una cosa que había aprendido era a no fiarse nunca de la opinión de una sola persona. Además, a juzgar por este iglú de hojas y la forma en que se vestían, este mundo era bastante básico. Primitivo incluso. La medicina podría ser algo que ni siquiera conocieran.

El suspiro que salió de su boca cuando ella lo miró fijamente era casi humano. Levantó los brazos por encima de la cabeza y se giró hacia un lado y luego hacia el otro. —¿Ves? Sin dolor.

Miró al hombre que solo conocía como el líder. —¿Qué demonios queréis de nosotros?

Una sonrisa sombría escapó del hombre delgado. —Quizás deberías comer. Luego te lo explicaremos. Necesitarás tus fuerzas.

Madre le puso un cuenco en las manos. Un delicioso aroma a carne estofada y salsa le hizo salivar, y su estómago rugió, protestando por la falta de comidas recientes.

Necesitaba comida. Imágenes de Mike, demasiado débil incluso para levantarse e ir al baño, aparecieron en su mente. Le había ayudado, por supuesto, pero el amargo recuerdo de un hombre que debería estar en la flor de la vida y que le había sido arrebatada antes de que realmente la tuviera, era bastante deprimente. Apartó brutalmente los recuerdos. No era momento de recordar. Los tiempos dolorosos la habían llevado a estar en medio del desierto de Nullarbor en primer lugar.

—Tú también necesitas comer —Madre le entregó un cuenco a Jo'Aquin y se quedó de pie sobre él hasta que lo aceptó—. Ha estado

revoloteando sobre ti. Sin preocuparse lo más mínimo por sus propias heridas y amenazando con deshacer todo el buen trabajo que hice con él. Ahora comed. Está despierta tal como os dije que estaría —señaló con un dedo a Lauren—. Cómetelo todo. No trabajé tan duro con ambos para que muráis de hambre.

¿Había estado a su lado? ¿Esperando a que despertara? ¿De verdad? Normalmente, ella era la persona que esperaba a que Mike se despertara y se recuperara de otro procedimiento más. Estar en el otro lado era nuevo. Una mezcla de emociones surgió en ella, siendo la confusión la principal, con una buena dosis de preguntas, pero el aroma del estofado fue suficiente para dispersar sus pensamientos.

Se llevó una cucharada a la boca y lo probó con cuidado. El sabor explotó. Era lo más delicioso que había comido jamás. No pasó mucho tiempo antes de que raspara el fondo del cuenco. Apoyó la cabeza contra una cómoda hoja con un suspiro. Al menos su estómago ya no dolía ahora que estaba lleno.

—Esto está delicioso, Madre. Gracias —el líder apenas iba por la mitad de su cuenco y comía a un ritmo mucho más lento.

Lauren estudió a la anciana. Madre. Era difícil determinar cuán vieja era. Su cabello naranja claro era alambrado y descuidado, su piel curtida, las articulaciones de sus dedos abultadas, pero había una energía en sus movimientos, casi como si su cuerpo envejecido no sintiera sus años.

Madre inclinó la cabeza y se sentó con huesos crujientes en un pequeño taburete, sirviéndose un cuenco. —De nada, MalCom.

El líder, MalCom, inclinó la cabeza y continuó comiendo. Ahora tenía un nombre para ambas personas, ejem, alienígenas. Era gracioso lo rápido que uno se adaptaba a lo increíble cuando había pocas opciones. La habían empujado tan lejos que casi ni pestañearía si la tierra comenzara a desmoronarse a su alrededor.

Jo'Aquin habló: —Lamento que hayas sufrido tanto. Tienes que saber, Lauren, que si hubiera habido alguna manera, te habría salvado de los Reptiles —parecía genuinamente disgustado por no haber podido ayudar. Lo que parecía extraño. Él no era responsable de nada de esto. Seguramente no podía pensar que lo era.

—Háblame de los Reptiles —no había habido un momento real desde que se estrellaron y fueron encontrados por estas personas dudosas y extrañas —más bien, muy extrañas—. Todavía no se había formado una opinión sobre ellos.

Tomó una respiración profunda y le dirigió una mirada sombría. — Hay criaturas en este universo que no son más que pura maldad. Se aprovechan de especies más débiles, aquellas que son más primitivas o no tan avanzadas tecnológicamente como ellos, con la única intención de esclavizarlas.

—Suenas como algo sacado de una novela de ciencia ficción —se habría burlado, excepto que la situación era demasiado real y demasiado cruda para ese tipo de sarcasmo.

—La Tierra solo se ha salvado hasta ahora gracias a la protección extendida del Consejo Interespecies —dijo Jo'Aquin.

—Ya no tanto ahora que la han encontrado —interrumpió MalCom.

Un músculo se tensó en la sien de Jo'Aquin, pero su atención permaneció en Lauren. —Si hubiera estado haciendo mi trabajo correctamente, nunca habrías sido capturada por ellos.

¿Haciendo su trabajo correctamente? Por lo que había presenciado, él había estado dispuesto a arriesgar su vida para salvarla. Sin embargo, siendo el Comandante de esta Nave Espacial, sea lo que fuera, tal vez tenía un sentido del deber exagerado. Tenía que ser eso.

—Pero... ¿por qué llevarme a mí? No soy... nadie —Lauren se encogió de hombros. Lo único que era, era lo bastante estúpida como para escuchar a su amigo y conducir un cacharro oxidado a través del desierto de Nullarbor en medio de la noche. Estúpida con mayúsculas. Él debería estar enfadado con ella por haber tenido que pasar por la molestia de salvarla, haberse herido, perder su nave y ser capturado por Robin Hood y su banda de hombres algo alegres.

Su mente luchaba con las posibilidades. —¿No puedes simplemente llamar por teléfono o contactar de alguna manera con tu nave? Si habéis dominado los viajes intergalácticos, seguramente tenéis un sistema de comunicaciones. ¿No podéis hacer que alguien pase y nos recoja?

—Ojalá fuera tan fácil —dijo MalCom—. Este mundo pertenece a los Reptiles. La única forma de entrar o salir de este planeta, o de comunicarse con cualquier cosa a más de cincuenta partones del suelo, es a través del centro de control de los Reptiles.

—¿Significando? —Intentó ignorar la mala sensación en la boca del estómago. No sirvió de nada.

—No puedo contactar con mi tripulación, y no podemos abandonar este planeta a menos que podamos usar el centro de control de los Reptiles para llamarlos —dijo Jo'Aquin.

Su mirada pasó de Jo'Aquin a MalCom, a Madre, y de nuevo a Jo'Aquin. Debía estar pasando algo por alto, pero no lo veía como un gran problema. —Entonces iremos allí. Haremos una llamada. Vendrán. Fácil —tres pares de ojos la estudiaron.

—Lauren, este planeta está ocupado por los Reptiles. Es un planeta de esclavos mentales. Las personas aquí están controladas por los Reptiles para hacer su voluntad. Mutilarán. Matarán. Violarán. Pueden hacer que una madre mate a su hijo, y ella no puede detenerse. Los esclavos mentales son un ejército controlado por los Reptiles. Son usados como ganado. Nada más que prescindibles. Las personas que ves aquí, viviendo en los árboles, han logrado escapar, pero a un gran costo personal. Vivimos al límite. Día a día. El planeta, Florn, está repleto de Reptiles. Es su cuartel general —dijo MalCom.

Lauren lo miró fijamente, los momentos se alargaban mientras su mente daba vueltas. Un escalofrío oscuro le congeló la columna vertebral al darse cuenta. Tomó una respiración. Otra. —¿Quieres decir que... nunca vamos a abandonar este planeta? ¿Estamos... atrapados aquí?

No solo atrapados.

Varados.

En un planeta de malvados hombres lagarto que podían esclavizar las mentes de razas enteras y obligarlas a hacer cosas terribles, terribles.



Capítulo Ocho

A pesar de la irrealidad de su terrible situación, Lauren durmió. El agotamiento mental y físico solía tener ese efecto en una persona. Habían hablado más, pero todo se había convertido en un revoltijo en el fondo de su mente después de un tiempo. Le habían contado horror tras horror sobre lo que los Reptiles habían hecho a otros planetas y lo que le habían hecho a la gente de Florn. Solo quedaban pequeños grupos de personas en este planeta que habían logrado escapar.

Para empeorar las cosas, al ser un planeta ocupado, los Reptiles podían descubrirlos en cualquier momento y convertirla en una esclava mental. No tendría control sobre su mente ni su cuerpo. Según Madre, a ella casi le había pasado. Era la razón por la que los habían atado a ambos. No podían arriesgarse con extraños y potenciales espías esclavizados mentalmente que pudieran infiltrarse entre los supervivientes.

Estaban solos aquí. Todos sus amigos y familiares habían desaparecido. No eran más que recipientes utilizados por una raza malvada de criaturas. Se estremeció al pensar cómo sería la Tierra si algo así le ocurriera a todo el mundo. Pero... los reptiles habían hecho su aparición. ¿No es cierto? La habían secuestrado. ¿Y si... y

si estaban planeando apoderarse de la Tierra igual que este planeta? Era una posibilidad clara, y una que solo ahora se le había ocurrido. Tenía que hablar con Joe. Con MalCom. Madre.

Olvidate de volver a la Tierra. ¡Podría no haber ninguna Tierra a la que regresar! ¡Tenía que advertir en casa sobre un ataque de estos Reptiles!

El pequeño iglú de hojas estaba vacío. Se quitó la manta hecha de hojas cosidas y se levantó. Su cuerpo estaba entumecido pero libre de dolores, sin ni siquiera un dolor de cabeza, lo que era tanto una sorpresa como un alivio.

Apartó las grandes hojas colgantes que servían de puerta y salió a una rama enorme, fácilmente del ancho de tres coches. La corteza estaba desgastada y suave bajo sus pies. El exuberante follaje la rodeaba. Hojas gigantescas brotaban de las ramas por todas partes y flotaban sobre los colosales árboles. Las flores asomaban entre las hojas en intensos destellos de magentas, naranjas y amarillos. Alrededor, la flora era exuberante y brillante, similar a una selva tropical en la Tierra, aunque más colorida.

La temperatura también era similar. El aire era cálido y húmedo. Vestida incómodamente como estaba, todavía con sus gruesos vaqueros de mezclilla y jersey. Se quitó el jersey quedándose con una camiseta raída y lo arrojó de vuelta al iglú. No lo necesitaría por un buen tiempo. Lo que no daría por algo de ropa de hojas. Si no elegante, al menos parecía fresca.

Un grupo de iglús similares bordeaba la longitud de la rama, como chozas a lo largo de un camino, solo que al estilo de casa en el árbol. Los iglús estaban hechos de ramas ingeniosamente formadas y entrelazadas, hábilmente integradas en el sistema de ramas del árbol y eran perfectamente esféricos. Hojas vivas estaban tejidas entre las ramas y se camuflaban maravillosamente en el dosel del árbol.

No estaba sola. De hecho, la "calle" estaba bastante concurrida.

Los niños jugaban a lo largo de la rama con delgados brotes y hojas gigantes. Grupos de personas charlaban. Algunos llevaban cestas y desaparecían en sus iglús, unas cuantas personas trepaban por las ramas, aferrándose a la corteza con dedos de manos y pies.

Cada persona vestía ropa similar, hecha de hojas. Pequeños Robin Hood coloridos y bandas de alegres hombres —y niños— y mujeres.

Todos se volvieron hacia ella cuando emergió. Los vaqueros azules y una camiseta raída no se mezclaban precisamente bien. Se quedó allí un momento, preguntándose qué demonios debería hacer.

—Ah, estás despierta. Justo a tiempo para que te enseñe los alrededores —MalCom surgió de entre las hojas. Se camuflaba tan bien. Ella se preguntó si era algo natural para él.

—Sí. Gracias. Me siento mucho mejor ahora. ¿Dónde está Joe?

Estaba fuera de su elemento, y la confianza no era algo que fuera a entregar fácilmente. Aunque MalCom y madre la habían salvado, no eran Joe. Con él se sentía segura. Cualquiera que hubiera luchado contra lagartos de dos metros de altura y se hubiera lastimado para salvarla se había ganado su confianza.

Un estremecimiento como de emoción recorrió su interior, dejando una estela de calor a su paso. Era muy impropio de ella tener este tipo de sentimientos por un hombre. Esas cosas solo sucedían en la adolescencia, provocadas por dosis masivas de hormonas. Ya no se consideraba una mujer joven. Tenía edad suficiente para haber experimentado lo mejor y lo peor de lo que el amor tenía que ofrecer. Ahora, estando en la parte negativa de lo peor, no iba a precipitarse de nuevo en ello.

Aun así, había algún tipo de atracción, una urgencia, una necesidad, que revoloteaba en su interior y la hacía querer buscarlo. Probablemente porque era lo único seguro en este planeta. Tal vez.

Contrólate, Lauren. Eres una mujer adulta. ¿Qué te hace pensar que algún hombre sentiría lo mismo por alguien como tú? Quizás estaba experimentando algún síndrome donde las víctimas se enamoran de su rescatador. Un hipo emocional. Dejó a un lado esos sentimientos molestos y se concentró en MalCom.

—Está a salvo.

Su sonrisa fue tensa. No le gustaban sus respuestas sin realmente proporcionar una respuesta. —¿Puedes llevarme con él, por favor?

La boca de MalCom se crispó. —Por supuesto. Primero, pensé que quizás te gustaría refrescarte.

Ahora que lo mencionaba, su vejiga estaba llena. El iglú no contenía comodidades. Aliviarse y un chapuzón de agua fría sonaban como el cielo en este clima húmedo. Tal vez había sido demasiado rápida en juzgar a MalCom, aunque todavía no le había pedido disculpas por atarla y marchar con ellos a través de la selva.

—Bueno, sí, eso sería bienvenido.

MalCom asintió, las hojas en su cabeza crujiendo. Señaló a lo largo de la calle. —No está lejos. Solo escondido.

—Parece que todo el pueblo está escondido —comentó Lauren mientras caminaban. La gente la estudiaba al pasar. Se colocó un mechón de pelo lacio detrás de la oreja, haciendo una mueca al sentir la suciedad y mugre. Tal vez podría encontrar una manera de lavarse el pelo también.

—El árbol nos proporciona todo. Comida. Refugio. Ropa. Protección —dijo MalCom.

—Veo a todos vestidos con las hojas —dijo Lauren.

—Sí. Te proporcionaré algo de ropa. Tu vestimenta no es adecuada para este entorno —dijo MalCom.

Eso también sonaba glorioso. Quizás debería intentar averiguar un poco más sobre él, en lugar de simplemente juzgar. —¿Así que os escondéis de los Reptiles aquí arriba? —Una sensación incómoda se instaló en su estómago cuando incluso pensaba en esos lagartos.

MalCom movió los dedos, extendiendo las ventosas en las puntas. —Ellos no pueden trepar como nosotros. Tienen la tecnología para volar, por supuesto, pero no pueden atravesar las hojas. No son muy buenos trepadores.

Lauren podía creerlo perfectamente. Miró por encima de la rama y todo lo que podía ver era un mar de hojas densamente entretejidas. Al menos le daba una sensación de seguridad.

—¿Pero por qué vivir aquí en absoluto? Seguramente vivir en el suelo es mucho más fácil, ¿no?

—Nacemos y vivimos en los árboles. Cuando escapamos de los Reptiles, era natural para nosotros vivir en nuestro hábitat normal. También ayuda que estemos relativamente a salvo de la amenaza Reptil aquí arriba. Somos solo unos pocos. No representamos tanta preocupación para ellos. No cuando tienen a miles a su disposición.

—¿Miles? —exclamó Lauren.

MalCom asintió. Su rostro se volvió sombrío, sus ojos tristes. Ella reconoció esa mirada. Lauren entendía lo doloroso que era perder a personas que amabas íntimamente. —Es cierto.

—¿Cómo fue invadido vuestro planeta... Florn?

—Sucedió muy rápido, como normalmente ocurre. No tuvimos tiempo de presentar batalla —dijo MalCom, como si eso explicara algo en absoluto.

—Pero... solo porque invadieran no significa que puedan esclavizar a todos en un planeta tan rápido. ¿O sí? —dijo Lauren.

MalCom dejó de caminar. —Tienes que entender. Los Reptiles tienen miles de millones de almas bajo su control. Vienen de repente. Vienen con millones. Tienen la esclavitud reducida a un arte fino. Solo tomó un día, y cada alma en nuestro planeta fue capturada y esclavizada. Los recién esclavizados ayudan a los Reptiles a esclavizar a más de su propia gente. No pueden hacer otra cosa más que obedecer.

—Pero, ¿cómo lo hacen? —preguntó Lauren. No podía procesar cómo un planeta entero podría ser sometido al control de otro.

—Colocan una cápsula en el cerebro de su víctima. Es realmente un proceso simple, pero uno que los Reptiles han perfeccionado. Toman víctimas del planeta que pretenden invadir y experimentan con ellas para perfeccionar el proceso y adaptarlo al ADN del ser.

Lauren miró a MalCom con creciente horror. —¡Eso es lo que... me hicieron a mí!

La boca de MalCom se tensó en una línea sombría. —Madre logró quitarte la cápsula del cerebro. Eso fue lo que te enfermó tanto. Habrías muerto si hubiera permanecido en tu cráneo.

El fuerte dolor de cabeza no había sido su imaginación ni provocado por el pánico y el estrés. Realmente había tenido una... cosa... en su cerebro. Pasó los dedos por su cuero cabelludo hasta que encontró una herida en la línea del cabello en la parte posterior del cuello. Pasó la yema del dedo a lo largo de la herida, luchando contra la bilis que borboteaba en su estómago. —¿Qué hubiera pasado si ella no me la hubiera quitado?

Una sombra pasó bajo sus ojos. —Habrías muerto. Aún no han perfeccionado el proceso para los humanos.

—¿Cómo... cómo puedes saberlo?

—Porque tu raza no está esclavizada. Una vez que descubren cómo esclavizar a una raza, es solo cuestión de tiempo.

Lauren lo miró fijamente, mientras un pavor se abría camino en su mente, espeso, negro y viscoso. —Entonces yo... nosotros... tenemos que hacer... algo. —El miedo se acumuló en la boca de su estómago. Tenía razón. La Tierra estaba al borde de ser invadida.

Los labios de MalCom se crisparon de una manera no del todo agradable. La forma en que la miraba la hacía sentir como si la estuvieran preparando para algo grande. Algo que no necesariamente iba a gustarle oír. Algo así como ser invitada a cenar porque ella era el plato principal.

Debería haberle preguntado si su pueblo era vegetariano cuando le dijo que el árbol proporcionaba todo. Porque ella estaba en el árbol, y podría proporcionarles una buena comida si la cocinaran con algunas patatas y verduras. —Ahora que estás aquí, finalmente podemos hacer... algo... para ayudar. Si hemos de creer a Madre, tú eres la respuesta a nuestros problemas.

Lauren agarró su muñeca. —¿Qué quieres decir? ¿Ahora que estoy aquí? ¿Soy la respuesta a vuestros problemas? No entiendo lo que estás diciendo.

—Todo se aclarará. Simplemente quise decir que podrías proporcionarnos un medio para contraatacar.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Madre te explicará todo. Ahora, Shanaea está aquí para ayudarte con tu baño. Te dejaré en paz y llamaré a tu Comandante.

Lauren frunció el ceño a MalCom mientras una bella joven emergía de entre las hojas gigantes. Un largo cabello naranja fluía sobre sus delgados hombros y bajaba por su espalda. Shanaea le sonrió a Lauren, tomó su mano y la alejó de MalCom.

—Pero. Todavía quiero hablar con él. No ha respondido a todas mis preguntas. —Lauren miró a MalCom por encima del hombro, pero ya había desaparecido entre el follaje—. Definitivamente voy a aprender a hacer eso.

—¿Hacer qué? —preguntó Shanaea, con curiosidad en su tímido rostro.

Lauren suspiró y negó con la cabeza. —No importa. —No tenía ánimos en ese momento para hacer otra cosa que dejarse llevar por la joven hasta, esperaba, un baño.

Más abajo en la rama gigante, Shanaea apartó una hoja gigante para revelar agua que caía en cascada por el lado del tronco. Lauren jadeó, encantada. No era un baño, era: —¡Una ducha! —Puso la palma en el agua—. Y está tibia. —Templada, lo cual, con esta humedad, era más que suficiente. No podía esperar para quitarse la ropa de invierno, sumergirse bajo el agua y lavarse el sudor y el olor del miedo.

Shanaea sonrió y su rostro se iluminó. Era hermosa, aunque sus rasgos no eran exactamente lo que Lauren conocía como normales. Pero, ¿qué era normal? Su vida no resultó ser normal, al menos no como pensaba que sería.

Con Mike, creyó haber encontrado a alguien que la amaría, pero entonces una enfermedad terminal le robó las posibilidades y se convirtió más en enfermera y cuidadora que en esposa y pareja. Lo amaba, por supuesto, pero nunca había experimentado ese sentimiento profundamente sexual de estar enamorada de un hombre, donde se sentía femenina y apreciada. Deseada. Ese diagnóstico les había robado eso a ambos.

Lauren alejó los pensamientos morbosos. —Gracias, Shanaea. Esto es maravilloso.

—Puedes usar el jabón que hay aquí —la joven indicó una muesca en una rama llena de líquido semitransparente—. MalCom me ha pedido que te consiga ropa adecuada para nuestro entorno.

Lauren hizo una mueca y tiró de su camiseta. —El rojo no es un color que se mezcle por aquí, ¿verdad?

La chica rió. —Me han dicho que me deshaga de tu ropa de modo que no quede nada.

—Supongo que es la única manera de mantener a todos a salvo y ocultos. —Si deambulara con estos colores, sería más un objetivo de lo que había sido en medio del Plano de Nullarbor.

—Tendré que encontrar algo para cubrir tu pelo. Nunca he visto un color así. ¿Todos los humanos tienen el mismo color que tú? —preguntó Shanaea.

Lauren se pasó los dedos por el pelo sucio, cohibida. —No a menos que se lo tiñan así. La mayoría de la gente tiene el pelo claro, o negro. Mi pelo es lo que llamamos castaño rojizo, pero ahora supongo que tiene más canas.

Los ojos de la chica se agrandaron. —¿Quieres decir que tu pelo cambia de color? ¿Tú haces que cambie?

Lauren rió. —Sí cambiamos nuestro color, pero con la ayuda de peluqueros muy hábiles que lo hacen parecer natural.

—Me gustaría ir a estos peluqueros hábiles y cambiar este color. —La chica tiró de sus largas y brillantes mechas naranjas—. Desearía tener el pelo de tu color.

—Creo que más de unas cuantas personas en mi planeta adorarían tu color de pelo. Algunos incluso lo tienen. Supongo que todos queremos algo que no tenemos naturalmente —dijo Lauren. Tal vez ese era un deseo común en todo el universo.

—Es un color hermoso, aunque necesitarás cubrirlo. Encontraré algo. Puedes usar esto para aliviar tus necesidades, si lo deseas. —La chica señaló un agujero en una protuberancia horizontal del tronco.

—¿En serio? ¿Tengo que... ir... en ese agujero? ¿Qué pasa con... todo eso? —preguntó Lauren.

—El árbol lo quema y utiliza todo para su crecimiento —dijo Shanaea.

—Así que estoy... alimentando al árbol con mis... desechos —dijo Lauren. Era un pensamiento un poco aborrecible, pero de nuevo, las plantas de tratamiento de la Tierra enviaban los desechos de todos al mar y a menudo en detrimento del medio ambiente.

—Es muy bueno para el árbol. Es uno de los más altos del bosque —dijo la chica.

—Bueno, te creo —dijo Lauren.

—Te dejaré para que tomes tu ducha y volveré con tu ropa —dijo la chica y se deslizó a través de las hojas, que actuaban como una cortina de ducha natural.

Lauren no perdió tiempo. Se quitó los vaqueros calientes, seguidos de cerca por todo lo demás y se sumergió bajo el agua después de usar rápidamente el agujero para sus "necesidades".

El agua era el cielo absoluto. Hundió los dedos en la sustancia que la chica le había dicho que era jabón y olió el grumo en su mano. Era una fragancia natural, ligeramente floral, muy agradable. Hizo espuma en su pelo, lavándolo maravillosamente y Lauren lo frotó ansiosamente por su piel, deleitándose en sentirse limpia por primera vez en días. Después de haber frotado cada centímetro de su cuerpo, permaneció bajo la caída, apoyó la cabeza en el tronco y simplemente se quedó bajo la corriente.

Entonces todo se hundió en ella.

La presa que había mantenido tan bien durante tanto tiempo finalmente se agrietó y se rompió, y fue incapaz de controlar los sollozos que sacudieron su cuerpo. No sabía cuánto tiempo permaneció bajo el agua. El tiempo se volvió irrelevante. Las hojas crujieron detrás de ella, y se volvió, limpiándose la cara, esperando a Shanaea con algo de ropa.

Pero no era Shanaea.

Era Jo'Aquin, y estaba mirándola con ojos ardientes y un horror creciente invadiendo sus facciones.



Capítulo Nueve

Una oleada de intenso calor inflamó su cuerpo al ver inesperadamente el glorioso cuerpo desnudo de Lauren. Había estado abriéndose paso entre aquellas enormes hojas, siguiendo un sendero que MalCom le había indicado cuando le dijo a Jo'Aquin que Lauren quería verle.

Jamás se le pasó por la cabeza que la encontraría bañándose y desnuda.

Deliciosamente desnuda.

El agua se deslizaba por su cuerpo, acariciando cada curva tal como sus dedos habían deseado hacer mientras la cuidaba durante su recuperación. Había memorizado cada centímetro de su cuerpo, cada dulce curva, sabiendo que era una mujer completamente inalcanzable para él. Era una víctima de los Reptiles, igual que Emile. Su única hermana, ahora un títere sin mente de los Reptiles.

Solo los dioses sabían lo que había sufrido. Lo que la habían obligado a hacer... Una amargura familiar oscureció un poco más su alma. No haberla rescatado era su deshonra. Aún escuchaba sus gritos, sus súplicas de ayuda. No fue lo suficientemente rápido. La habían atrapado. La habían capturado delante de sus propios ojos.

Soñaba con ella cada noche. La forma en que esos Reptiles se habían colado en su casa, sacándola de su cama. Se había despertado, había corrido a su habitación cuando ella gritó, le golpearon tan fuerte que casi perdió el conocimiento, pero seguía lo suficientemente consciente para saber lo que estaba ocurriendo. Antes de que pudiera ponerse de pie, ella ya había desaparecido.

Solo tenía diez ciclos. Su hermana pequeña. Esclavizada. Solo gracias a las acciones de sus padres él se había salvado antes de que los Reptiles invadieran Hexion.

A lo largo de su carrera, había fallado a cientos de indefensas hembras, capturadas sin piedad por los Reptiles donde deberían haber estado más seguras. No había sido lo suficientemente rápido para su hermana, ni para incontables otras, y tampoco había sido lo suficientemente rápido para Lauren.

Su último fracaso.

Lauren jadeó, un sonido pequeño y entrecortado, devolviéndolo al momento y llamando la atención sobre el anhelo de deseo que pulsaba por todo su cuerpo. Su mirada recorrió sus largas y esbeltas piernas. La curva redondeada de sus nalgas lo llamaba, y sus dedos se crisparon con el impulso de acariciar aquellos suaves globos. La suave pendiente de su cintura resaltaba el delicado balanceo de su espalda, conduciendo hasta unos ojos que estaban... rojos.

Estaba... llorando.

Con una maldición gruñida, recorrió la pequeña distancia entre ellos y la recogió en sus brazos. Debería haber estado a su lado cuando despertara para que no se angustiara. Era culpa suya que estuviera asustada y llorando.

Recogió su cuerpo húmedo y cálido entre sus brazos, entrelazando sus dedos en su pelo empapado que le recordaba a las llamas danzantes de la tarde en el cielo de Hexion, y apretó su suave cuerpo contra el suyo. Ella se tensó en sus brazos, pero él reforzó su abrazo, necesitando consolarla. Tocarla. Acariciarla.

—¿Qué está causando tu angustia? —preguntó.

—Me estás aplastando —chilló ella, con la voz amortiguada contra su camisa.

Bajó la mirada para ver su cara apretada contra su ropa. Aflojó su agarre, y ella retrocedió lo suficiente para que él pudiera vislumbrar unos pezones rosados que se habían endurecido en pequeños capullos. Deliciosos. Dioses, era preciosa.

Ella volvió a chillar, se cubrió el pecho y se apretó contra él como para ocultarse de su mirada. Su cuerpo mojado se adaptaba al suyo, dos partes perfectas de un rompecabezas. El calor húmedo se hundió en su piel, una fragancia que estaba bajo el aroma natural del jabón floral lo envolvió. Sus dedos se deslizaron por su piel resbaladiza. Tan suave. Frágil. Exquisita.

Su otra mano rozó a lo largo de su espalda. Su piel se erizó donde él trazó la línea de su columna, cobrando vida bajo su tacto. Su mano se deslizó más abajo, con los dedos extendidos sobre su cadera, hundiéndose en su suavidad como si fuera una nube. Una nube deliciosa, sexy, caliente, húmeda y dulce que podría provocar, saborear y devorar durante horas. Ella se estremeció y lo miró, sus ojos verde musgo grandes y luminosos. También estaban enrojecidos.

—Jo'Aquin. ¿Qué haces aquí?

Su voz ronca le golpeó como un puño. Dioses, ¡estaba actuando como un bárbaro obsesionado con el sexo! Por supuesto que se apretaba contra él. Estaba desnuda y trataba de recuperar su sentido del decoro. Ocultándose porque no quería que él la viera desnuda. Había estado bañándose inocentemente, y él había destrozado su intimidad.

Se apartó. Ella chilló, moviendo los brazos para cubrirse los pechos y el sexo. Vislumbró la perfección. Sus pechos eran demasiado grandes para esconderlos, la suave piel se desbordaba. Justo lo suficiente para acurrucarse y lamer.

Dioses. Un caballero ofrecería ayuda, no pensaría en cómo iba a devorarla. Sus manos se movieron bruscamente hacia el cierre de su camisa y desabrochó el primero. Los lados se abrieron, revelando la parte superior de su pecho. Sus ojos se agrandaron. El pánico se asentó en sus hermosas facciones. Frek. Ahora probablemente pensaría que iba a aprovecharse de ella. Su comportamiento ciertamente no había sido tranquilizador.

Luchó contra un claro impulso de aprovecharse de ella, y tuvo que controlar unos instintos que hacía tiempo creía haber dejado atrás en su juventud. Volvió a gruñir. Los miembros de ella temblaban, y sus labios carnosos se entreabrieron. Se dio la vuelta, casi arrancándose la camisa del cuerpo y sosteniéndola tras él. —Toma. Ponte esto.

Unos dedos cálidos y húmedos rozaron los suyos mientras ella aceptaba la camisa. Hubo un crujido detrás de él mientras ella se vestía. Se pasó los dedos por el pelo. ¿Cómo iba a hablar con ella sabiendo que estaba desnuda bajo su camisa? Eso era casi tan malo como verla completamente desnuda. Bueno, casi. Definitivamente le gustaba más verla desnuda.

Contuvo la respiración y contó hasta diez antes de darse la vuelta. Ella sujetaba la colorida camisa en su cuello con una mano, mientras que la otra mantenía cerrada metros de tela entre sus caderas. La camisa era tan grande que la engullía, con el dobladillo llegándole a medio muslo, revelando sus piernas desnudas y húmedas. Se retorció, su mirada saltando de un lado a otro como un Insecto Dalula polinizando de flor en flor.

—Mis disculpas. No tenía idea de que estabas... bañándote —dijo, aunque lo que realmente quería era unirse a ella.

Sus mejillas se volvieron deliciosamente rojas mientras se agitaba con su camisa. —Está bien. Es bastante difícil ver lo que te vas a encontrar con todas esas hojas bloqueando los caminos.

—Me dijeron que querías verme.

—Yo... ah... sí... solo quería ver cómo estabas. Me desperté y... me preguntaba dónde estabas. Cómo te sentías —dijo.

Dioses, estaba actuando como un bárbaro, y todo lo que ella quería era preguntar por su bienestar. No se lo esperaba. Había pasado mucho tiempo desde que alguien se había preocupado por algo así. Los comandantes eran esos seres que la gente suponía que podían cuidarse solos. Ciertamente no merecían consideración. Fue inesperado. Le sorprendió, y no se sorprendía a menudo.

—Estoy bien. ¿Y tú? ¿Estás bien? —Debería haber estado allí cuando se despertó. Haber estado allí para asegurarse de que se había recuperado completamente. Ella estaba bajo su

responsabilidad. Era su deber. Jo'Aquin frunció un poco el ceño. Era más que deber, sin embargo. Había querido estar allí. Así como había querido estar allí para asegurarse de que estaba bien cuando la trajeron por primera vez y estaba devastada por el veneno de los Reptiles.

Si aquella anciana, Madre, no lo hubiera retenido tanto tiempo, él hubiera sido lo primero que ella habría visto al despertar. Entonces no se habría topado con ella completamente desnuda y luchando contra el deseo que le había atormentado desde que la vio por primera vez.

Ella frunció el ceño. Su mano se deslizó hacia la parte posterior de su cuello. Los extremos de la camisa se separaron, revelando su sexo cuando no pudo mantenerlos cerrados. Dioses. Todo su cuerpo se tensó. La alcanzó, poniendo sus manos en sus hombros y girándola para que no viera la tensión en su rostro o en cualquier otra parte de su cuerpo que ahora era bastante evidente. Se suponía que debía mantenerla a salvo, maldita sea, no ser la causa para asustarla más de lo que ya debía estar.

—¿Qué estás haciendo? —sonaba alarmada y él inmediatamente aflojó su agarre.

—Solo estoy mirando donde Madre te quitó el implante. Comprobando que no esté infectado —dijo con voz ronca.

—Oh, bueno. De acuerdo —dijo.

Sus hombros se relajaron, y ella inclinó la cabeza hacia adelante. Su cuello se arqueó graciosamente mientras le permitía apartar su pelo mojado a un lado. Su piel era tan suave. Tan delicada. Ella lo miró por encima del hombro, —¿Qué ves?

Veía a la hembra que deseaba.

¡Control! Apretó los dientes y obligó a su mente a alejarse de su entrepierna. No iba a suceder. Ella estaba bajo su cuidado, y él estaba allí para protegerla. Nada más. Tendría que ignorar cualquier tipo de atracción que lo impulsara. No era el momento. El lugar. El planeta.

Trazó la pequeña herida levantada justo debajo de su línea del cabello. Siempre llevaría esta cicatriz. Era culpa suya que la tuviera allí en primer lugar. Si hubiera estado haciendo su trabajo

correctamente, los habitantes de la Tierra no habrían sido el objetivo de los Reptiles.

Ella se estremeció. Esos pequeños bultos aparecían y desaparecían a través de su hombro. Soltó sus hombros, el calor de su cuerpo ardía en sus palmas, —Te quedará una cicatriz.

Ella se dio la vuelta después de ajustarse su camisa y levantó una elegante ceja castaño rojiza. —Mejor con cicatrices que esclavizada. Jo'Aquin... yo...

Él frunció el ceño, observando una miríada de emociones cruzar su rostro, —¿Sí?

Este era el momento, aquí es donde ella le diría cómo había fallado en protegerla. Que si hubiera sido más rápido, ella seguiría en la Tierra, con su propia especie. Y con toda razón. No merecía menos. —Gracias.

Le tomó un momento que sus simples palabras disiparan su confusión. —No tienes nada que agradecerme.

Ella fue a poner su palma en su pecho, pero su mano se detuvo a una fracción de realmente tocarlo, y la dejó caer para sujetar la camisa de nuevo. Él había deseado tanto que lo tocara que podía sentir su piel hormiguear. —Tengo todo que agradecerte. ¡Me salvaste la vida!

Su risa no fue agradable ni amable, solo áspera y autodespreciativa. —No habría tenido que salvarte la vida si hubiera sido lo suficientemente rápido para salvarte de los Reptiles en primer lugar.

Apareció una línea entre sus cejas. —¿Y cómo habrías sabido que iba a ser secuestrada por esos... lagartos? ¿Puedes ver todos los rincones de la Tierra? ¿Seguir individualmente el rastro de siete mil quinientos millones de personas? No lo creo. Estaba en medio de la nada. Sin alma a miles de kilómetros. Nadie que pudiera oírme pedir ayuda o gritar. Estaba en el lugar perfecto para un secuestro.

—Nadie está en el lugar perfecto para ser secuestrado —dijo. Su hermana había sido una de las primeras en ser esclavizada mentalmente antes de que sus padres lograran escapar con él. La culpa estaba en su fallida protección. Si solo Lauren lo supiera.

Ella hizo una pausa, estudiándolo. Pasaron momentos. Sus ojos verdes recorrieron su rostro. —Esas cosas que me secuestraron son los malos. Son ellos los que planearon llevarme. Ellos me llevaron. Y peor. No tú. Yo los culpo a ellos, Joe. No a ti. Tienes que entenderlo. —Esta vez, cuando su mano se alzó, la presionó contra su pecho. El calor se extendió a través de él mientras su corazón daba un vuelco. Podía debilitar a un hombre con un toque tan suave.

Ya lo había debilitado.

Quería decirle que él tenía la culpa. Que ella debería estar segura dondequiera que estuviera en su planeta, o en el universo, pero todo en lo que podía pensar era en besarla. Su mano presionó contra la parte posterior de la suya, aplanando su palma sobre su pecho. Ese simple toque fue suficiente para hacerle perder el hilo de cualquier pensamiento que no fuera probar sus carnosos labios.

Capturó su nuca, instándola a acercarse. Ella se resistió por un momento, pero luego, lentamente, oh tan lentamente, se movió hacia él. Su mirada fija en él, su rostro inclinándose hacia arriba. La punta de su lengua salió para recorrer su labio inferior. El deseo lo atravesó, más rápido que el pensamiento.

—Te he traído algo de ropa... Oh. Espero no estar interrumpiendo.

El hechizo se rompió. Dioses. ¡Frek! Estaba a punto de besarla. ¿Qué pasó con el autocontrol? ¿Con dominar los impulsos? Se había desvanecido en el éter con un vistazo a su cuerpo sexy y la tormenta de emociones en sus ojos.

Si la chica no hubiera aparecido, habría besado a Lauren. Control. Abrió las palmas y se alejó de ella. Un paso atrás brusco y rígido, pero suficiente para poner distancia y claridad entre ellos. —Vístete. Te veré cuando estés decente.

Se deslizó entre las hojas sin otra palabra, sin mirar para ver la incriminación que sabía estaría escrita en su rostro. Tenía que mantener el control. Tenía que mantenerla a salvo.

Incluso si era de sí mismo.



Capítulo Diez

Lauren se quedó mirando muda hacia donde Jo'Aquin había desaparecido entre las hojas. Un calor inquieto se agitaba en su cuerpo. No es que le culpara en absoluto.

Ya había dejado atrás la flor de su juventud. Tenía dos décadas extras de desgaste que no podía ocultar. Dolor. Ira. Trauma. El tiempo y la experiencia no habían sido amables con ella.

Los ojos de él habían brillado cuando la vio, eso lo había notado, pero habría sido por el horror de haberla encontrado desnuda. No podía recordar la última vez que alguien la había deseado. En los últimos años, había dejado de buscar esas miradas, demasiado absorta en el horror de su vida y el deterioro de la salud de Mike como para que le importara.

Había una parte de ella, una parte que había mantenido firmemente encerrada, que pensó que él realmente podría querer besarla. Cuando la atrapó en sus brazos, esos brazos largos y fuertes que la sostuvieron como si fuera lo más precioso del universo, su cuerpo había... *despertado*.

Era la única manera en que podía describir la intensidad que la atravesó. Se había vuelto agudamente consciente de su piel, su calor corporal, su aroma masculino y especiado. Había sido envuelta por

él. Y que Dios la ayudara, no lo habría rechazado si la hubiera besado.

No se había sentido atraída por nadie desde Mike. Ni cuando él enfermó. Ni cuando murió. Esa parte de sí misma se había apagado con la muerte de Mike y nunca volvió a encenderse. Nunca había sido el momento adecuado. El lugar adecuado. O la persona adecuada. Ahora mismo, ninguna de las tres cosas era correcta. Definitivamente no era el momento para actuar, sin importar cuánto hubiera decidido despertar su cuerpo.

—He encontrado esta ropa. Espero que te sirva —dijo Shanaea.

Lauren la cogió. —Seguro que me irá bien. Gracias por traérmela.

—El Comandante. Es un hombre muy apuesto. —Un rubor coloreó las mejillas tersas de Shanaea.

Para sorpresa de Lauren, una punzada de celos la atravesó. ¿Estaba... celosa por la atracción de Shanaea? Tonterías. Jo'Aquin era un hombre atractivo. Cualquiera lo vería. Shanaea simplemente había comentado un hecho.

Si alguien era más adecuada para el hombre, era Shanaea. Joven y hermosa, floreciendo con una inocente frescura. Cosas que Lauren simplemente... no era.

Ella tenía equipaje. No solo equipaje, estaba emocionalmente marcada. Demasiado pesada. Demasiado amargada. Demasiado complicada. ¿Quién en su sano juicio querría cargar con todo eso? Había cuestiones más importantes que debía preocuparle. Como volver a la Tierra y detener una invasión alienígena.

—Sí. Lo es —respondió Lauren—. Dime, ¿puedo hablar con MalCom, por favor?

—Sí. Te está esperando con Madre. Te ha preparado una comida. Debes tener hambre —dijo Shanaea.

—Estoy famélica —dijo Lauren. Sin embargo, su comida de elección estaba prohibida.

Siguió a Shanaea por sinuosos ramajes. Las ramas que servían como senderos estaban desgastadas y lisas, su grosor hacía bastante fácil caminar sobre ellas. Ayudaba el hecho de que no podía ver mucho más allá del borde de la rama, ni el suelo debajo. Las hojas lo ocultaban todo tanto que era difícil ver algo en absoluto.

Se alegró de ello, estaba segura de que se habría quedado paralizada si hubiera visto lo alto que realmente estaba.

Shanaea la llevó a un iglú de hojas. Tan pronto como apartó la hoja, la mirada de Jo'Aquin la recorrió, haciéndola sentir tan desnuda como cuando la había apretado contra su cuerpo sólido. Vaciló mientras el calor correspondiente inflamaba su cuerpo, dejando su piel tensa y ardiente.

Mentalmente sacudió la cabeza. Era demasiado mayor y demasiado cínica para dejarse llevar por el primer destello de atracción. Además, lo que fuera que hubiera entre ellos no tenía futuro. Estaba en un planeta extraño. Había sido secuestrada por alienígenas y la Tierra estaba a punto de ser esclavizada. Si eso no apagaba las hormonas que creía ya no tener, tendría que ejercer algo de autocontrol.

Era una mujer de treinta y ocho años, por el amor de Dios. Tenía autocontrol. Probablemente estaba dando demasiada importancia a su vergüenza. Después de todo, él no había podido esperar para alejarse de ella cuando Shanaea les había sorprendido, y ella había estado a punto de besarlo. La chica quizás la había salvado de una situación realmente embarazosa si hubiera cedido al impulso. Los hombres como Jo'Aquin nunca se fijaban en mujeres como ella. Simplemente no ocurría. Obviamente, ser secuestrada le había afectado el cerebro.

Un destello de calor abrasador y una ráfaga rojo-anaranjada partió una rama cercana. Explotó en una bola de fuego con un chasquido ensordecedor. La rama carbonizada se inclinó y cayó, separada del árbol.

Detrás de ella, otra explosión rasgó el aire. Se giró para ver hojas en llamas. Shanaea gritó, su estómago hecho un desastre carbonizado. Una expresión de sorpresa cruzó su rostro. Se tambaleó. Lauren extendió la mano hacia ella, pero demasiado tarde. Shanaea se deslizó por el borde de la rama.

Fue entonces cuando Lauren gritó. Sus gritos se unieron a otros mientras el fuego llovía a su alrededor. Bolas de fuego eléctrico caían del cielo. El árbol estalló cuando las explosiones seccionaron ramas por todas partes. Fuertes estruendos retumbaban como si hubieran

lanzado masas de granadas. Ella se dejó caer donde estaba, con la mano extendida sobre la gruesa rama mientras los temblores sacudían el árbol.

Hubo un rugido masculino y un brazo fuerte la rodeó por la cintura. La levantaron de rodillas y la aplastaron contra un músculo sólido. Joe. Una parte de su mente en pánico sabía que la había levantado como si no pesara más que un niño, la otra parte luchaba por entender lo que estaba sucediendo.

—¡Nos han encontrado! —dijo MalCom.

Ella parpadeó sin entender al líder. ¿Quién los había encontrado? ¿Cómo?

—Tenemos que irnos —dijo Jo'Aquin.

—Abajo. Necesitamos cubrirnos en el suelo —dijo MalCom—. ¡Todos al suelo! ¡Que corra la voz! ¡Estamos bajo ataque!

Las voces resonaban por todas partes. Las hojas crujían mientras la gente corría y bajaba. Hombres ayudando a mujeres. Brazos sujetando a niños que lloraban de miedo, rostros contraídos por la angustia mientras desaparecían en el dosel.

La mente asustada de Lauren luchaba con pensamientos demasiado débiles para aferrarse. ¿El suelo? Estaba muy, muy abajo. Eso lo sabía. No podía bajar. Tenía miedo a las alturas. Esto no debería estar sucediendo. Acababa de asimilar el hecho de que estaba en un planeta alienígena. Que realmente había alienígenas en el universo además de bacterias...

Una voz en su oído: —Agárrate a mí, Lauren. Te bajaré. —La giró, apretándola contra su cuerpo. Las manos de ella se agitaron, revoloteando sobre sus hombros—. Pon tus brazos alrededor de mi cuello.

Ella miró su rostro serio. A su alrededor, bolas de fuego encendían el árbol, bañando su piel dorada de rojo. Muros de llamas estallaban a su alrededor, crepitando, encendiéndose, destruyendo. Su corazón se aceleró, latiendo, latiendo, latiendo.

Los dedos de él se apretaron en su cintura, sacudiéndola un poco. Sus ojos volvieron a su rostro. No se había dado cuenta de que había bajado la mirada. —Lauren. Estamos bajo ataque.

Necesitamos buscar refugio. Pon tus manos alrededor de mi cuello, y te llevaré a un lugar seguro.

—Seguro... —susurró. Otra bola de fuego atravesó una rama cercana. Ella se estremeció y los brazos de Joe la aseguraron.

—Te mantendré a salvo, Lauren. Siempre.

—A salvo...

Otra bola de fuego atravesó una rama. Jo'Aquin tomó sus manos y las colocó detrás de su cuello cuando parecía incapaz de hacerlo por sí misma, aseguró un brazo alrededor de su espalda y alcanzó el tronco. Era alto y fuerte, pero incluso él tendría problemas para bajar por un árbol tan alto con ella auestas. Sería como descender por los lados rectos y resbaladizos de un rascacielos con ella a su espalda. No podía dejar que hiciera eso. No iba a permitir que lo hiciera.

Su mente se calmó con ese estado frío que utilizó cuando Mike murió. Donde no había emoción. Solo acción. Actuar era algo que podía hacer. Actuar significaba que no tenía que pensar. Ni sentir.

—¡Espera! ¡Detente, Joe! —Había sobrevivido a la muerte de Mike. Había llegado a un planeta desconocido. No dejaría que Jo'Aquin muriera potencialmente porque ella estaba entrando en pánico como una niña. No era una niña. Era una mujer adulta, y necesitaba empezar a actuar como tal.

Se apartó de él. —Bajaré yo misma.

Su boca se tensó. —No estás en condiciones.

—No te pongas como un cavernícola conmigo. Soy más fuerte de lo que crees. Solo muéstrame el camino. Te seguiré.

Ignoró su mirada de no-estoy-de-acuerdo-contigo. Era más fuerte de lo que él pensaba. Era más fuerte de lo que *ella* había pensado. —He sobrevivido, y seguiré sobreviviendo. Baja. Te seguiré. No tenemos ventosas en las puntas de los dedos, y no puedes escalar con mi peso a tu espalda. Ahora ve. —El miedo amenazaba con llevarla a un territorio al que no podía permitirse ir. Lo reprimió. Siempre había tiempo para tener miedo, pero este no era uno de esos momentos.

—Lauren...

—Escucha, si tú mueres, yo no puedo volver a casa. ¿Verdad? — Era cruel, lo sabía, pero también sabía que Joe era honorable. Preferiría resultar herido antes que arriesgarla a ella, y ahora no era el momento de discutir. Se disculparía después. Eso si tenían un después.

Registró el dolor en su rostro, apartó la emoción correspondiente que la invadió con la misma rapidez. No le había gustado herirlo. Algo en su interior se rompió, pero mantuvo su posición mientras el fuego y el caos continuaban estallando a su alrededor. —Date prisa, Joe. Nos van a alcanzar si seguimos aquí parados.

Él asintió con brusquedad, controlándose. —Si titubeas, te atraparé.

Ella asintió, agradecida, aunque no podía determinar si estaba agradecida porque la escuchaba o porque la atraparía si caía. Extrañamente, ese pensamiento era... reconfortante. Ella era la persona que normalmente atrapaba a todos los demás.

—Bien, entonces. Vámonos antes de que nos asen vivos —dijo.

Jo'Aquin colocó su pierna en una rama debajo del camino principal y se dejó caer. Ella tomó un respiro profundo y tembloroso y lo siguió, rezando para que pudiera cumplir su palabra y realmente descender por sí misma. Hablar era una cosa. Actuar con valentía era algo completamente diferente. Se dejó caer, siguiendo su camino.

Una bola de fuego impactó. Demasiado cerca. Ella gritó. Se tambaleó. Sus manos se agitaron, buscando el tronco, la rama, la ramita. Cualquier cosa. Falló.

Cayó.



Capítulo Once

Algo como acero se ciñó alrededor de su cintura. Por un segundo se sintió ingravida, y luego se vio aplastada contra una superficie dura y caliente. Entreabrió los ojos. El enorme pecho de Joe llenaba su campo de visión. ¡La superficie era Joe! Gritó, aferrándose a su camisa, temblando, intentando calmar su acelerado corazón.

—Como dije, te llevaré yo.

Lauren tragó aire.

—¡No! Solo me llevé... un susto.

Levantó la mirada hacia un rostro de granito. Él se agarraba a una rama mientras con el otro brazo la sostenía a ella. Una línea apareció entre sus cejas.

—Por supuesto que estás asustada. Nunca habías visto el juego del fuego antes.

Manchas de llamas se acercaban lamiendo, encendiendo el árbol. Ella se encogió contra el pecho de Joe, aunque odiaba hacerlo.

—¿Y tú sí?

La seriedad en sus ojos le dijo que sí.

—Por supuesto. Soy un militar experimentado. He participado en muchas batallas.

Lauren se estremeció. Odiaba pensar en eso. Que era cierto. Pero tenía que serlo. Un hombre no llegaba a ser Comandante sin tiempo en el campo de batalla. La destrucción estaba por todas partes, y él ni siquiera había pestañeado mientras ella era un desastre sollozante. Dios, ¿cómo lo hacía?

Resistió el impulso de rendirse a la comodidad de su cuerpo y aceptar la seguridad que le ofrecía sin dudar. Necesitaba recomponerse. Se esforzó por destensar los puños y soltó la arrugada camisa de Jo'Aquin para agarrarse al tronco. Tomó aire para fortalecerse y lo miró.

—Estoy bien.

—¿Estás segura? —Todavía la sostenía como si pudiera caerse en cualquier momento. Para ser sincera, no lo culpaba.

—Segurísima. Soy una mujer adulta. No tenemos tiempo para discutir —esperaba sonar lo suficientemente confiada y no como si estuviera tan asustada que estaba a punto de hacérselo encima. El humo le llegó a la cara, irritándole los ojos.

—Estaré listo para atraparte si te caes. Otra vez.

—Listillo —murmuró entre dientes, pero unos ojos neón implacables se encontraron con los suyos cuando miró hacia arriba. Luchó contra el impulso de encogerse. No era momento para ser una borde, tampoco. Le devolvió la mirada y señaló hacia abajo. Sabía que él no quería bajar, pero se sintió tremendamente agradecida cuando comenzó a moverse. Esta vez, se movió con más cuidado tras él.

Aunque Jo'Aquin trepaba rápidamente, ella sospechaba que lo estaba ralentizando. Trepaba lo más rápido que podía, pero sus manos sudorosas resbalaban en las ramas. Hubo un grito aterrorizado desde arriba. Jadeó, mirando hacia arriba para ver una figura que caía entre el follaje, directamente hacia ella. Abrazó el árbol, presionando la mejilla contra la corteza. Se preparó, esperando el impacto del cuerpo que se precipitaba.

Algo la empujó a un lado. Un brazo enorme se extendió y agarró la camisa de la persona que caía. Los dedos de Jo'Aquin se aferraron a la rama sobre la cabeza de ella mientras sus dedos se cerraban en la espalda de la camisa del hombre.

Su respiración silbó entre dientes apretados mientras el hombre trazaba un arco en el aire. Los músculos del cuello de Jo'Aquin se tensaron por el peso. El hombre se agitaba, moviendo brazos y piernas mientras luchaba por agarrar el tronco, columpiándose al final del puño de Jo'Aquin que sujetaba la parte trasera de su camisa.

La camisa se rasgó. El hombre dejó escapar un grito asustado, agarrándose a la mano de Jo'Aquin. Era evidente que el material no estaba diseñado para soportar el peso de un hombre que caía. La camisa volvió a rasgarse, y el hombre cayó. Iba a caer todo el camino hasta el suelo si la camisa se rasgaba más.

Lauren se sentó, con los muslos a ambos lados de la rama en la que estaba y se estiró, tendiendo la mano.

—¡Coge mi mano!

El hombre volvió unos ojos asustados hacia ella, justo fuera de su alcance. Se tumbó en la rama, rodeándola con un brazo para sostenerse. El hombre agarró frenéticamente su mano. Ella tiró con todas sus fuerzas y lo balanceó hacia el árbol. Él se agarró al tronco justo cuando su camisa terminaba de rasgarse.

—Gracias —jadeó. Lauren se sorprendió al ver que era el hombre que la había cargado sobre su hombro y había subido con ella aquel primer día.

—Menos mal que tienes dedos con súper succión —sabía lo fuertes que eran en realidad.

El hombre le dirigió una expresión desconcertada antes de decir:

—Nunca olvidaré esto.

—No hay problema. Ahora vete —dijo, poniéndose de pie mientras él bajaba por el tronco.

Un agarre en la parte superior de su brazo hizo que mirara el rostro de Jo'Aquin. Su expresión era indescifrable.

—¡Te has puesto en peligro!

Se estremeció, sin esperar ese comentario. Bueno, quizás sí después de su reciente comportamiento de cavernícola, pero solo había hecho lo que debía hacerse. No iba a quedarse de brazos cruzados y no salvar a alguien.

—¡Qué tal un gracias por ayudar!

—Necesitas mantenerte a salvo —dijo Jo'Aquin.

Se habría puesto las manos en las caderas si no estuviera medio muerta de miedo por caerse.

—Habría caído si no lo hubiera agarrado.

—Entonces habría caído. No debes ponerte en peligro solo para salvar a otro —sus ojos parecían pedernales de granito.

—¡Eso es exactamente lo que hiciste tú! No me digas que tienes una regla para ti y otra para una mujer débil —dijo Lauren.

—No es eso lo que quise decir. Yo tenía un agarre firme en la rama y pude salvarlo sin poner en peligro tu seguridad, ni la mía —dijo.

—¿En qué se diferencia eso de lo que hice yo? Créeme cuando te digo que apreté tanto los muslos alrededor de esa rama que podría haberla partido. Veinte años de clases de tonificación de caderas, muslos y glúteos pueden hacer eso a una chica —estaba divagando. El shock solía hacerle eso.

Él parpadeó una vez. Dos veces. La ira en sus ojos cambió a algo que no podía identificar exactamente, pero que le calentó las entrañas a pesar de sí misma.

—Protégete en el futuro.

—¿Para que tú puedas salvar a todos? —dijo. Los hombres eran iguales en todo el universo. Salvar mundos para que las débiles mujercitas pudieran adorarlos cuando regresaran de la batalla. Típico complejo de héroe. Probablemente no se llegaba al rango de Comandante sin él.

—Para que puedas vivir y yo asumiré cualquier repercusión.

Oh. ¿Se pondría en peligro para que ella estuviera a salvo? Estaba tan acostumbrada a ser la que hacía todo, a agotarse haciéndolo todo. Simplemente... no estaba acostumbrada a... esto. De hecho, nadie le había dicho nunca nada parecido. Estaba... impactada. Se aclaró la garganta.

—Es que no estoy... acostumbrada a que nadie... me diga algo así.

Él le acarició la mejilla y pasó la yema del pulgar por su labio inferior.

—Siempre deberías estar protegida. No quiero verte herida, Lauren.

Y si continuaba así, se deslizaría por el tronco convertida en un charco de gelatina a pesar de que estaban siendo atacados. Todo el aire salió de sus pulmones de golpe mientras lo miraba fijamente.

—Yo tampoco quiero verme herida.

Sonó tan patético, pero cuando tienes un ejemplar de masculinidad mirándote como si fueras lo más precioso del mundo entero, no se te ocurren muchas palabras.

El azul neón se endureció como pedernales.

—¿Entiendes, Lauren?

Asintió, echando inmediatamente de menos su palma cuando soltó su mejilla. Comenzó a bajar, mirándola inmediatamente cuando ella se quedó allí parada mirándole. Ante su ceño fruncido, rápidamente siguió su ejemplo.

Varias personas pasaron junto a ellos, atravesando el follaje, tanto en el mismo árbol como en los cercanos. Ella era mucho más lenta sin ventosas en las yemas de los dedos. Trepaba lo más rápido posible, pero aun así, ramitas y nudos retorcidos arañaban su piel y ropa.

—¿Hasta dónde me subió? —jadeó. Realmente se sentía como Jack bajando por la planta de judías. Ráfagas de llamas parecían seguirlos. Hojas y ramas caían en cascada, golpeándola, haciendo todo lo posible por soltarle las manos. Criaturas chillaban y ladraban. Los gritos y alaridos de la gente resonaban por todo el bosque.

Jadeó cuando un dolor punzante le atravesó el brazo. El extremo humeante de una rama dentada la cortó al caer. La sangre brotó y comenzó a gotear.

—¡Lauren! ¡Estás herida! —Jo'Aquin comenzó a trepar hacia ella, con el rostro tenso.

—Estoy bien. Sigue adelante. Vamos solo... a llegar al suelo —estaba cansada y herida. Sus extremidades temblaban y su agarre se debilitaba. No sabía cuánto tiempo podría seguir trepando. Si se detenía ahora, no creía que pudiera continuar—. ¿Qué altura puede tener este árbol?

Jo'Aquin iba a hablar, y ella levantó una palma temblorosa.

—No lo digas.

Un destello y una bola de fuego estallaron en un árbol cercano. Se sobresaltó. Perdió el agarre. Su pie resbaló y se deslizó. Clavó las uñas en la corteza, tratando desesperadamente de detener su caída. Su pierna se enganchó en una rama. Un brazo en su cintura. Algo duro golpeó contra su estómago y el aire salió de sus pulmones.

Intentó respirar. Su pecho se bloqueó. Su boca se abrió. Trató de respirar. Nada. Una vez. Dos veces. Entonces su pecho se liberó y succionó aire precioso a sus pulmones. Jadeaba, colgando flácidamente sobre la rama. Todo su cuerpo temblaba.

—¡Lauren! ¡Lauren! ¿Me oyes? —la voz de Jo'Aquin se filtró a través del zumbido en sus oídos.

Logró levantar la cabeza y asentir. El golpe de la rama en su vientre todavía resonaba por todo su cuerpo. Su mundo giró antes de que se agarrara a una solidez cálida. Sus muñecas fueron tiradas hacia arriba.

—Agárrate a mí —no era una pregunta.

Ella asintió. Otra bola de fuego. Muy cerca. Hundió la cara en su pecho. Abrazó a Joe con fuerza. Su aroma la envolvió y lo absorbió. Su fuerza. Su tenacidad. Era tranquilizador, muy tranquilizador. Una parte de ella sabía que era una carga, pero otra parte, una parte mayor, estaba tan conmocionada que su cuerpo era una entidad separada que su mente ya no podía controlar.

Volaron por un momento. Sus brazos la rodearon antes de una sacudida final. Sus ojos se abrieron de golpe. ¡Estaban en el suelo!

Hubo un destello de fuego. La tierra voló cuando otra bola de fuego golpeó el suelo. Jo'Aquin soltó una maldición y se alejó corriendo, encorvado sobre ella. Todavía se aferraba a él. Pero lo estaba estorbando. Retrasándolo demasiado. Si no corría por sí misma, no solo se mataría a sí misma, sino también a él. La adrenalina recorrió sus extremidades.

—Déjame bajar —dejó caer las piernas de su cintura sabiendo que no iba a escucharla—. Te estoy ralentizando. Ahora estoy bien. Si no me sueltas, moriremos los dos.

Le agarró la mano, se giró y se precipitó por la maleza. Hojas coloridas pasaban como destellos, y el fuego seguía retumbando a

su alrededor. Jo'Aquin se apartó cuando otra bola de fuego golpeó la tierra justo delante de ellos.

Hubo un grito. La cara de MalCom a través de las hojas, saludándoles. Jo'Aquin corrió hacia él. Otra bola de fuego. Jo'Aquin se desvió bruscamente alrededor de la lluvia de escombros. Había un agujero. No, no un agujero. Una cueva.

Rostros sombreados en la oscuridad. MalCom. Madre. Desconocidos. Una línea de fuego bajó disparada, quemando el follaje. Lauren se agachó y protegió su cabeza mientras la tierra caía con fuerza sobre ellos.

—¡Es como si supieran dónde estamos! —jadeó Lauren.

Los ojos de Jo'Aquin se estrecharon y su boca se convirtió en una línea recta antes de que sus dedos se apretaran alrededor de su mano.

—Más rápido.

Fue impulsada por su fuerza y velocidad, sus pies apenas tocando el suelo. El fuego retumbaba tras ellos. Jo'Aquin irrumpió en la entrada de la cueva cuando una bola de fuego se hundió en la tierra detrás de ellos. Cayeron pesadamente, con las extremidades enredadas y jadeando. Las rocas y la grava afilada se clavaron en su hombro. El fuego se precipitó dentro de la cueva, lanzando fragmentos de roca sobre sus cabezas. Jo'Aquin cubrió su cuerpo con el suyo.

—¡Madre! —rugió Jo'Aquin.

Aturdida, Lauren miró hacia arriba para ver el rostro de Madre flotando sobre el suyo.

—La están rastreando.

—¿Qué? —Lauren se incorporó de golpe, pero fue retenida por sus grandes manos en sus hombros.

—¡Mírame! —crepitó Madre. Confundida, Lauren miró el rostro arrugado y los ojos lechosos de Madre antes de que la oscuridad la devorara.



Capítulo Doce

— Está más allá de toda ayuda. Está demasiado lejos para ser de utilidad —una voz seca se filtró a través de capas profundas, como si hiciera eco en un pasillo—. Debe haber algo que podamos hacer. —La tensión impregnaba la voz profunda y masculina. Nadie habló. Estaba a punto de dejarse llevar en el pesado silencio, cuando la ira la sacudió hacia arriba—. ¡Dímelo! —Se oyó un suspiro pesado—. Solo hay una cosa, si ha de salvarse de su destino... y todos los demás.

Más allá de toda ayuda. Salvada. Destino. La confusión invadía su mente. ¿Hablaban de ella? Era lo último que quería hacer, pero luchó contra los velos que querían devolverla a la oscuridad. Con un esfuerzo inmenso, forzó sus párpados a abrirse ligeramente ante la luz parpadeante del fuego. Unas siluetas sombrías estaban sentadas alrededor de una pequeña hoguera, inclinadas sobre las llamas. Sentada entre ellos, Madre aceptaba una taza humeante de MalCom. Jo'Aquin estaba sentado junto a su forma postrada, rígido y abatido, mirando fijamente a Madre. Lauren se estremeció. No quería estar en el extremo receptor de esa mirada.

—¡Dímelo, anciana, y será hecho!

Quería hablar. Preguntarles de qué estaban hablando, pero su cuerpo se negaba a hacer mucho más que yacer allí... dondequiera que estuviese. Se sentía extraña. Como si no estuviera del todo en su cuerpo, como si su espíritu y su cuerpo se hubieran asentado en un dibujo tridimensional desalineado.

—Libéranos a todos, y ella también será liberada —dijo Madre. ¿Por qué siempre tenía que hablar en acertijos? Sus palabras no traían ningún consuelo. Nunca lo habían hecho.

La cabeza de Jo'Aquin colgaba y sus hombros se curvaban. Parecía tan solo. Solitario. Necesitaba consuelo. Le costó mucho esfuerzo mover el brazo, pero logró curvar su palma sobre el muslo masivo de él.

Él se volvió hacia ella, la sorpresa bañó su rostro. Colocó las palmas en sus mejillas, moviéndose tan rápidamente para arrodillarse frente a ella que todo lo que vio fue un borrón. —¡Estás despierta!

El letargo tiraba de sus extremidades, pero sus ojos lograron permanecer abiertos. —Eso creo.

—Tranquila. —Jo'Aquin la ayudó a sentarse, con las manos sosteniendo su cuerpo cuando habría vuelto a desplomarse en el suelo. Estaba tan cansada que apenas podía hacer más que jadear como si hubiera corrido una maratón.

Sombras oscuras bailaban sobre la roca marrón que les rodeaba, dura y fría. Un olor a tierra húmeda golpeó sus fosas nasales. Había una clara ausencia de hojas coloridas y sol. No estaban en un iglú. Ni en el árbol. —¿Dónde estamos?

—En lo profundo de una cueva. ¿Recuerdas el ataque?

Frunció el ceño, su mente avanzando tan lentamente, como si mentalmente estuviera vadeando a través del lodo. Imágenes parpadearon... fuego, personas cayendo, gritos. Alaridos. Sangre. Cuerpos. Los recuerdos la asaltaron. Un sabor horrible le picó la lengua mientras la bilis amenazaba con subir. Agarró los antebrazos de Jo'Aquin, el terror corriendo a través de ella. —¡Reptiles!

Corriendo. Tropezando. Esquivando llamas y explosiones. La cara de Madre apareciendo cada vez más grande hasta que era todo lo

que veía. Arañó los antebrazos de Jo'Aquin. —¡Todos están en peligro!

Los dedos de Jo'Aquin se tensaron momentáneamente alrededor de sus brazos. —Los cristales en esta cueva nos protegen.

Lauren tragó con dificultad. —Shanaea. Está herida. Cayó...

Él negó con la cabeza, su mirada se endureció. —No lo logré, Lauren.

—¡Oh, Dios, oh, Dios. Oh, Dios. No! —No esa dulce chica. La mirada de Lauren se deslizó de rostro en rostro, pero nadie lo negó. La misma expresión estaba grabada en sus facciones. Cansancio. Horror. Shock. Pérdida. Resignación. Se aferró a Jo'Aquin, sacando fuerza de él. Ella tenía toda la vida por delante. Ahora muerta—. No. No puede ser.

—Muchos murieron en este ataque —dijo MalCom—. Si no actuamos, morirán más. Todo depende de ti.

Miró a MalCom sin comprender. Parecía tan cansado y conmovido como todos los demás, pero había un rictus sombrío en su boca y un ángulo determinado en su barbilla. —¿De mí? ¿Qué voy a hacer yo?

—¡Ahora no, Líder! Todavía se está recuperando —dijo Jo'Aquin.

—Mejor estar recuperándose que muerta como tantos otros —murmuró MalCom.

Su corazón latía aceleradamente. —¿Por qué depende de mí? Ni siquiera soy de este mundo. No sé nada en absoluto. —Miró de persona a persona, confundida como el demonio sobre por qué MalCom pensaría que algo dependería alguna vez de ella.

Madre se acercó al fuego y extendió sus dedos nudosos hacia el calor. —Es el implante.

—¿Implante? De los Reptiles. Dijiste que lo habías quitado. —Al menos pensaba que Madre lo había quitado. Ciertamente había vivido algo. El temor se arremolinaba en la boca de su estómago. Intentó ignorarlo, pero hacerlo solo parecía agitarlo aún más.

—Lo hice. Pero una parte permanece en tu cuerpo. —La luz del fuego se reflejaba en los ojos negros de Madre.

Lauren se llevó las yemas de los dedos a la frente. No sentía nada. Ningún bulto. Ninguna protuberancia. —¿Cómo puedes saber que

todavía está ahí?

—Porque los Reptiles te rastrearon. Hay un residuo del implante en tu torrente sanguíneo. Así es como encontraron nuestra aldea — la amargura impregnaba la voz de MalCom—. Estábamos a salvo. Ocultos. Hasta que llegaste tú. Es la única explicación.

Lauren luchaba por respirar mientras las palabras de él calaban. — No. ¡No! No puedo... No lo sabía... Lo siento... lo siento mucho.

—El implante está hecho para disolverse en la sangre. Cambia tu ADN cuando se apodera. El implante se convierte en parte de tu cuerpo. Se apodera de la mente. Vi que le sucedía a mi gente. Hombres. Mujeres. Niños. Perdidos —dijo Madre—. Tú también estarás perdida. Solo tardará un poco más.

Su mirada saltó de Madre a Jo'Aquin. —Niégalo, Joe. Dime que no es cierto. ¡Dime que se equivoca!

Su boca se adelgazó mientras luchaba. El dolor cruzó su rostro antes de que lo volviera a controlar perfectamente. —No puedo.

Lauren respiró profundamente. Miró con la vista perdida al fuego. Pensaba que el implante había desaparecido. Que estaba a salvo. Ahora estaba condenada a ser una esclava sin mente de los Reptiles. Un profundo estremecimiento recorrió su cuerpo. Esas criaturas malvadas la poseerían. Estaría indefensa. Podrían hacerle lo que quisieran, y ella no tendría control.

Su piel se erizó. Se rascó el brazo. Había suciedad debajo. Inmundicia. No lograba alcanzarla del todo. —Sacad el resto. ¡Sacadlo de mí ahora!

Madre negó con la cabeza. —No se puede hacer.

Lauren se lamió los labios secos, rascándose con más fuerza. — Entonces... entonces voy a...

—Serás esclavizada como nuestra gente. Solo es cuestión de tiempo —dijo MalCom, clavándole una mirada muerta.

Parpadeó hacia Jo'Aquin, las lágrimas nublando su visión. Un rastro de sangre brotó donde se había rascado. Observó el rastro deslizarse por su piel como si no fuera su brazo.

—¡No! No. —Su pecho se constriñó. El aliento quedó atrapado en sus pulmones. Hipó con la necesidad de respirar, el calor envolviendo su piel con transpiración. Los Reptiles habían rastreado la aldea a

través de ella. Todos estaban a salvo. Ahora estaban muertos. Habían perdido su hogar. Pero ella seguía aquí. Todavía podían ser encontrados porque el implante aún podía ser rastreado—. ¡Nos encontrarán de nuevo. Matarán a más gente!

Clavó los dedos en la carne sólida del muslo de Jo'Aquin. —No... no puedo permitir que eso suceda. Mátame. Por favor. ¡Mátame ahora antes de que ataquen y maten a más personas!

Jo'Aquin envolvió su mano en la suya, firme y fuerte. No se dio cuenta de lo fría que estaba hasta que el calor de su mano se extendió en sus dedos. Miró hacia su rostro, esperando ver... bueno, no sabía qué esperaba ver, pero no era la ira que irradiaba hacia ella. —¿Joe?

—Tú. No. Morirás. —Su rostro se oscureció hasta parecer algo parecido a la rabia.

¡Estaba enfadado! Bueno, ¡ella también estaba enfadada! Más que enfadada. La rabia burbujeaba desde el lugar que había mantenido tan encerrado durante años. La presión aumentó, más y más tensa, forzando contra su mejor juicio hasta que la tapa ya no pudo soportar la tensión. Había soportado todo el abuso que podía. Cuando la tapa se rompió, también lo hizo ella.

—¿Crees que quiero que esto suceda? ¿Que quiero estar aquí? ¿Que quiero morir? Yo no pedí que ese jodido lagarto viniera y me robara de mi planeta. Estaba perdida. En medio de la nada. Ni siquiera sabía que existían los extraterrestres. Lo mejor habría sido que me mataran allí mismo. Entonces no habría tenido que venir aquí y... tener una esperanza después... después del cáncer... después de la muerte, y... que me lo quitaran todo. Tanta muerte. No puedo... no puedo soportarlo más. Simplemente no puedo.

Las lágrimas corrían por sus mejillas. Se las limpió con el dorso de la mano, enfadada consigo misma por llorar. Había llorado lo suficiente para cien personas durante diez vidas. Estaba harta de llorar. Harta de la muerte. Harta de todo. Se rascaba ahora ambos brazos, con picazón como si mil hormigas estuvieran bajo su piel.

El mundo giró y lo siguiente que supo fue que estaba capturada con un brazo alrededor de sus hombros y el otro bajo sus rodillas. Él

la abrazó contra su pecho sólido mientras arrancaba un manojo de ramas del fuego.

—¿Adónde la llevas? —MalCom se puso en pie.

Jo'Aquin se detuvo. —Necesita entender. Necesita tiempo.

—Ella ya entiende —dijo MalCom.

—No sabe todo. Se lo contaré. Lejos de ti.

Ella rodeó su cuello con los brazos mientras él se adentraba en las sombras de la cueva. —¿Joe? ¡Joe! ¿Adónde vamos?

Él no respondió. Ella intentó retorcerse para salir de sus brazos, pero lo único que hizo fue apretar su agarre, manteniéndola inmóvil. En lugar de tener miedo, sintió lo contrario. Imposiblemente segura y protegida, como si en sus brazos la protegiera contra cualquier cosa. El picor disminuyó.

Pero esa no era la realidad. Era solo una fachada.

Igual que estos últimos días en la casa del árbol. Un respiro. La muerte era su vida en la Tierra, la muerte de Mike, el olor a muerte en todos esos hospitales, la posterior muerte de su vida, su desesperación. La había perseguido desde la Tierra.

Caminaron más allá de la gente —supervivientes— que descansaba contra las paredes de la cueva hasta que llegaron a un túnel que estaba silencioso y húmedo, lejos de los refugiados de la aldea, lejos de miradas acusadoras. Las llamas bailaban sobre las húmedas paredes de la cueva. Un goteo de agua sonaba más profundo en la oscuridad.

—Bájame, Joe. —Sonaba tan cansada como se sentía. Derrotada. Agotada.

Él se detuvo, liberó a regañadientes sus piernas y lentamente la deslizó por su gran cuerpo. Ella sintió cada bulto de músculo magro en cada centímetro de su cuerpo hasta que sus pies tocaron el suelo. Dio un paso atrás, con las piernas temblorosas.

—Encontraremos una solución a esto. —Los ojos oscuros de Jo'Aquin escudraron su rostro mientras la ayudaba a mantener el equilibrio. Inmediatamente echó de menos el calor de su cuerpo y la sólida pared de músculos que la mantenía a salvo.

Ella ofreció una risa temblorosa. —Suenas tan seguro. Créeme, la muerte no es algo sobre lo que tengas control. Debería saberlo.

—No es tu momento, Lauren. Mereces vivir.

Su voz era baja, áspera. Sus ojos de neón brillaban, aún más ahora que estaban mayormente en la oscuridad. Algo en esa mirada la llamaba. La hacía pensar que su vida valía más de lo que jamás le había dado crédito.

Lauren presionó la palma en el centro de su pecho. Su corazón latía fuerte y constante bajo esos músculos tonificados, y no pudo evitar rozar con las yemas de sus dedos esa amplia extensión, sentir los relieves de músculo ondulando bajo sus dedos.

Suspiró, ofreciéndole una sonrisa tensa. —Sabes, la muerte es algo curioso. Te pasas toda la vida tratando de evitarla. Comes bien, te mantienes sano, haces todas las cosas correctas, todo para conseguir un poco de tiempo extra. La verdad es que todo ese estrés desaparece cuando aceptas tu muerte.

No entendía cuando Mike aceptó la suya, pero ahora lo sabía. Era más fácil aceptar que luchar para negar. Se mordió el labio inferior, estudiando su pecho. —Nada puede detener lo inevitable. Igual que una enfermedad terminal. En realidad, estaba muerta desde el momento en que me sacaron de la Tierra. Solo está un poco retrasado. Depende de mí aceptar mi muerte ahora. No puedo poner a estas personas en más peligro del que ya he causado. No puedo vivir conmigo misma si causo más muertes.

Jo'Aquin agarró sus hombros. —Tienes una opción.

Ella negó con la cabeza. —No. No la tengo. No realmente. Solo es cuestión de tiempo antes de que me convierta en una de esas esclavas sin mente. Ya lo siento, como si algo estuviera picando en mis venas, esperando para salir.

Un músculo trabajó en su sien mientras la estudiaba durante un largo momento. —Lauren, no lo entiendes. Hay una manera de que puedas sobrevivir.



Capítulo Trece

Le encantaba cómo pronunciaba su nombre con ese acento cadencioso. Como si fuera una suave nota musical con el grave bajo de su voz. Un delicioso escalofrío la recorrió. Hacía tanto tiempo que un hombre no la afectaba como él. Era como si hubiera despertado esa parte femenina que anhelaba ser deseada sexualmente. Una parte que había muerto hace mucho.

No creía haberla echado de menos, pero ahora, de pie frente a él, se dio cuenta de que no había muerto. Nunca la había experimentado. Hasta ahora. Hasta que Jo'Aquin le recordó que sí tenía un lado sexual que ahora levantaba la cabeza, dispuesto a recuperar el tiempo perdido. No era el mejor momento para eso. En absoluto.

Sintió una punzada de culpabilidad. No sabía si era porque Mike estaba muerto o porque nunca había sentido nada parecido a... esto... con él. Mike era dulce. Mike necesitaba su ayuda. Mike había dependido tanto de ella que se había perdido a sí misma entre médicos, hospitales, tratamientos y la muerte inminente, y su relación había sufrido por el camino. Pero ¿cómo podría haber sido su matrimonio en esas circunstancias? Ninguno de los dos había tenido muchas opciones al respecto.

Pero incluso al principio de su matrimonio, antes del diagnóstico de Mike, nunca se había sentido así. Quizá era porque la habían empujado tan lejos de su zona de confort que no había tenido más remedio que cambiar. Dios sabía que durante todo ese tiempo desde la muerte de Mike, no había sido capaz de seguir adelante.

Tal vez esto fuera lo mejor que le había pasado. Estaba tan asustada en este momento que su mente le ofrecía cualquier cosa para mantenerla viva. Instinto de supervivencia. Que si no vivía ahora, en el fondo sabía que esta podría ser la última vez que fuera libre para experimentar sus necesidades. Su sexualidad. Sus deseos recién despertados. La esperanza era algo peligroso y, sin embargo, se acercaba a ella con mano temblorosa.

La luz parpadeante de la antorcha bailaba en un lado de su rostro, dejando el otro en sombras profundas. Parecía tan atormentado que ella extendió la mano y le acarició la mejilla. La barba incipiente le pinchó la palma y raspó mientras le acariciaba la piel con el pulgar. —¿Qué quieres decir con que puedo sobrevivir? ¿Qué opción podría tener?

Su rostro se tensó, el dolor marcando las pequeñas líneas alrededor de su boca. En ese momento, parecía mucho mayor de lo que era. —Solo quiero que sepas que, si dependiera de mí, no estarías en esta situación en absoluto.

Una sonrisa rozó sus labios. Su mirada se detuvo allí por un momento, y ella sintió un hormigueo tan intenso como si la hubiera besado. —No estaría en esta situación si no hubiera sido secuestrada por Reptiles. Sea lo que sea que me esté pasando, no es culpa tuya.

Parecía que iba a discrepar por un momento, pero lo pensó mejor. Le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Un escalofrío recorrió su piel ante ese roce tan suave. Tan tierno. Había tanto en este alienígena... este hombre. Había llegado a considerarlo algo más que una criatura cuya existencia desconocía. Mucho más... algo que la atraía como nada antes.

Qué curioso que la muerte les hubiera unido. Su vida realmente no había cambiado tanto, si lo pensaba bien. La muerte seguía siendo una fuerza constante en su vida. También era lo que los separaría, igual que ocurrió con Mike. Todo lo que tenía eran posibilidades.

Aunque, bien pensado, las posibilidades eran más de lo que había tenido antes. Era algo a lo que aferrarse, aunque solo fuera un respiro.

Aún tenía un poco de tiempo. Los Reptiles aún no se habían apoderado de su mente. —Entonces dime, ¿cómo sobrevivo a lo que no se puede sobrevivir, Joe? ¿Qué tengo que hacer?

—Es... complicado.

—Pues empieza por el principio. No tengo ningún otro sitio donde estar —le dedicó una débil sonrisa que él no devolvió.

Apretó la boca como si no quisiera decírselo, pero pareció tomar una decisión. Se irguió y la miró con una mirada penetrante. —Tenemos que ir a la colmena de los Reptiles. Controlan todas las mentes de este planeta desde un dispositivo central, en lo profundo de la ciudad. Lo llaman la mente maestra —dijo Jo'Aquin.

—¿A la ciudad ocupada y esclavizada? —No era de extrañar que pareciera tan serio. Tan sombrío—. Eso suena realmente...

—Peligroso.

Iba a decir estúpido. Inútil. Suicida. En su lugar, asintió. —Peligroso. Sí.

—Es la forma en que los Reptiles operan en todos los planetas que ocupan. Cada planeta está configurado con un centro de control central donde una mente maestra controla todas las demás mentes. Hasta ahora, no hemos podido infiltrarnos en un planeta para eliminar una mente maestra. Nadie lo ha hecho —explicó Jo'Aquin.

Lauren se tomó un momento para asimilar la información. —¿Nunca antes? ¿Nadie?

Jo'Aquin negó con la cabeza. —Ni siquiera cerca. Los Reptiles levantan una red de detección alrededor del planeta ocupado, que es impenetrable para cualquiera excepto para los Reptiles y las firmas de ADN de los esclavizados. Con la población esclavizada, tienen un ejército listo para luchar. El Consejo Interespecies solo estuvo dispuesto a sacrificar vidas una vez antes... —su voz se apagó, su mente llevándolo lejos durante varios momentos.

—Supongo que eso no terminó bien —dijo Lauren.

—Millones de vidas perdidas y el planeta sigue bajo control de los Reptiles. Lo único que hicimos fue matar a gente inocente. No

volverá a ocurrir. Es mejor dejar que la gente viva, aunque sea con la mente esclavizada.

Podía entenderlo. —Así que realmente estamos en una posición única. Pero ¿qué quiso decir MalCom cuando dijo que yo era la única que podía ayudar? ¿Qué demonios puedo hacer yo?

Jo'Aquin se pasó los dedos por el pelo. Las puntas se erizaron en desorden. Ella reprimió el impulso de pasar sus dedos por ese pelo sedoso y alisarlo de nuevo. —La única manera de liberar las mentes de la mente maestra es dañarla con un virus.

—¿Un virus? ¿Cómo? —Se imaginó algún tipo de dispositivo USB que tendría que enchufar en algún sitio. Le daba un nuevo significado a "conectar y listo"—. ¿Qué es el virus?

—Es tu sangre —dijo Jo'Aquin.

—¿Mi... sangre?

—Mientras todavía tengas tu libre albedrío, tu sangre actuará como un virus. No es del todo mente colmena y no es del todo libre. El ADN mezclado infectará la mente maestra. Morirá —dijo Jo'Aquin.

Rápidamente ató cabos. —Y cuando pierda mi mente, será demasiado tarde. Estaré infectada y me convertiré en parte de la mente maestra. Por eso soy la única que puede ayudar. —Ofreció su brazo, palpando la vena—. Hagámoslo. Toma un poco ahora.

Jo'Aquin negó con la cabeza. —Una vez fuera de tu cuerpo, separada de tu mente, tu sangre se transforma. Necesita ser sangre fresca. Directamente de tu vena, transferida directamente a la mente maestra.

Un horror creciente se apoderó de ella. Ahora entendía. Podía ayudar, pero solo mientras aún tuviera el control de su mente, y solo con sangre fresca directamente de su vena. —Entonces iremos allí, y pondré una gota o dos en eso.

—Hará falta más que una gota o dos, Lauren.

Su cuerpo se quedó entumecido mientras hablaba. —¿Cuánta sangre hará falta?

Un músculo se tensó en su sien, y ella supo la respuesta por la terrible expresión de su rostro. Se le escapó el aliento. Habló más para sí misma que para él. —Toda.

Su corazón dio un vuelco cuando comprendió. Literalmente, era la última esperanza para este mundo en el poco tiempo que tenía control sobre su mente.

Y moriría.

La alternativa era que se convertiría en una esclava sin mente y posiblemente allanaría el camino para que los Reptiles invadieran la Tierra y a todos los que estaban en ella.

Y moriría.

Ambos escenarios la aterrorizaban. Se apartó bruscamente de él, caminando de un lado a otro. Tropezando a ciegas con piedras y casi torciéndose el tobillo. Era tan injusto. Tan. Injusto. Había sobrevivido al peor trauma de su vida viendo morir a Mike. Se había convertido en una sombra de quien había sido. Había logrado levantarse solo para que se lo arrebataran. Habló entre dientes, usando todas las palabrotas que se le ocurrieron. Todas las más obscenas.

—Lauren.

Giró sobre sí misma, pateando piedras con tanta fuerza que rebotaron contra las paredes. Se encontró atrapada en un fuerte agarre cuando unas manos en sus hombros la detuvieron. — ¡Lauren!

Echó la cabeza hacia atrás, con el pecho agitado. —¿Dices que tengo una oportunidad? ¿Pero solo si sobrevivo tras extraerme toda la sangre del cuerpo? Tengo noticias para ti, Joe. No sé cómo es tu fisiología, pero los humanos no pueden sobrevivir sin sangre. De hecho, morimos bastante rápido. Así que dime, ¿me acabas de decir que tenía una oportunidad de sobrevivir a este control mental pero solo si me resucitaban de entre los muertos? Sí, tenías un plan, pero tu plan es una mierda. ¡Una absoluta mierda!

El músculo se contrajo en su sien. —Hay una manera.

—¿Ah, sí? Soy toda oídos. ¡Dímela! —Estaba enfadada. Enfadada con la vida. Enfadada con la situación, y ese enfado se transmitía en sus palabras. El picor comenzó de nuevo. La suciedad. La mugre. Las hormigas arañaban. Se rascó, tratando de sacarlas.

Él le detuvo las manos para que dejara de rascarse los brazos y las tomó entre las suyas. —Te daré mi sangre.

—¿Qué? —El picor dio paso al entumecimiento. Lo miró fijamente mientras un calor le recorría el cuerpo. Estaba tan serio, tan seguro, que pensó que quizá lo había oído mal.

—¿Me darás qué?

—La sangre hexoniana es completamente compatible con los humanos. No morirás con mi sangre en tu sistema —dijo.

—Sí... pero... tú también necesitas tu sangre, Joe. No puedes vivir sin sangre igual que los humanos no pueden vivir sin sangre.

Su pecho se llenó con una profunda respiración y repitió: —Sobrevivirás, Lauren. —Había algo profundo y peligroso ocurriendo en su cerebro.

Ella alzó la mano, presionó la palma contra su mejilla, deslizó la yema del pulgar sobre su barba. —¿Por qué te importa lo que me pase, Joe? ¿Por qué es esto tan importante para ti?

Sus pupilas se dilataron hasta que sus ojos quedaron completamente negros. Su atractivo rostro se endureció hasta convertirse en todo planos y ángulos. La tensión vibraba a través de él, una guerra desatada en su mente. Se quedó quieto, tan inmóvil como una estatua, hasta que se movió, demasiado rápido para que sus sentidos destrozados pudieran reaccionar.

Un brazo la rodeó por la cintura, el otro se enredó en su pelo. Casi la levantó del suelo cuando chocó contra su cuerpo y su boca descendió sobre la suya. No fue suave. Sus labios presionaron contra los suyos hasta que se abrieron y su lengua recorrió la costura de sus labios, dejando un calor abrasador a su paso.

Calor. Pasión. El deseo corría por sus venas. Indefensa, abrió la boca, entregándose a su beso. Su lengua se sumergió y saqueó, y todo lo que ella podía hacer era dejarse llevar. Un profundo gemido vibró en su pecho, sirviendo para encender la misma respuesta dentro de ella.

Se aferró a él, como una lapa en una tormenta mientras él asaltaba su resistencia. Pero en realidad, ¿qué resistencia tenía?

Quería esto. Lo quería a él. Lo había anhelado desde el momento en que había despertado para ver su rostro preocupado flotando sobre el suyo. ¿Resistencia? Ninguna. Iba a tomar lo que él ofrecía.

¿Qué más le quedaba?



Capítulo Catorce

Era incapaz de contenerse. Todo su cuerpo vibraba con su necesidad y, con el primer sabor, su autocontrol desapareció. Su sedoso cabello caía en suaves ondas sobre su brazo mientras él rodeaba su esbelta cintura con un brazo y con el otro sostenía la parte posterior de su cabeza. Ella entró voluntariamente en sus brazos, apretándose contra su cuerpo, cada suave curva amoldándose a él como si estuviera destinada a estar allí. Dioses, todo en ella se sentía tan bien al tacto. Su piel tersa y sonrojada. La presión de sus pechos contra su torso, el sabor de sus labios, incluso el ligero aroma floral que emanaba.

Ella gimió suavemente, y ese pequeño sonido hizo que sus brazos la estrecharan con más fuerza, enjaulándola como si nunca quisiera dejarla ir. Ella inclinó ligeramente la cabeza, y su pequeña lengua se deslizó entre sus labios hasta su boca. Usaba sus labios presionando, masajeando, persuadiendo, provocando y, que los Dioses le ayudaran, él adoraba cada uno de sus movimientos.

Su lengua se deslizó junto a la suya, un asalto sensual, pero él necesitaba... más. Le sujetó la cabeza con la palma de su mano, manteniéndola firme mientras saqueaba su boca y profundizaba el beso. Ella tembló y se hundió contra él.

Sus brazos rodearon su cuello, sus delicados dedos recorrieron su nuca y se enredaron en su pelo. Se movió un poco, ajustando su peso. Sus muslos se separaron, atrapando la pierna de él entre los suyos. Él presionó su pierna contra la unión de sus muslos para que ella casi lo cabalgara.

El fuego de su calor interno abrasó su muslo, chamuscando terminaciones nerviosas y acumulando un calor propio directamente en su entrepierna. Se endureció inmediatamente, incapaz de evitar atraerla contra sí para aliviar la intensa presión en su miembro. Ella inclinó sus caderas, frotándose contra su pierna, utilizándolo para avivar su propio deseo.

Tensó sus músculos y se movió con ella, animándola a cabalgarlo. Ella se hundió en su muslo con pequeños sonidos entrecortados que rápidamente lo estaban desarmando. Extendió su mano sobre la parte baja de su espalda, ayudándola a encontrar su liberación mientras usaba su lengua de la manera en que quería que lo hiciera su miembro.

Ella lo había deshecho tan rápidamente que apenas quedaba algún pensamiento coherente en su mente. Su presencia estaba dentro de él. Fuera de él. Deshaciéndolo. Provocando, deleitando, construyendo, ardiendo.

Nunca antes había reaccionado tan prontamente, tan instantáneamente, con una mujer. Ese "algo" vacío dentro de él simplemente cambió de negro a multicolor. Su vida ya no se trataba de la interminable carga de culpa, de compensar una mala acción pasada, de la constante búsqueda de venganza.

Lauren había encendido algo en él que nunca antes había existido. Había un nuevo elemento en su existencia que había despertado. Fuera lo que fuese, aquello que había permanecido latente dentro de él, nunca antes notado, ahora había cobrado vida.

Ella gimió, un sonido más profundo y gutural. Su cabeza se echó hacia atrás. Se mordió el labio inferior brillante mientras sus caderas ondulaban. Estaba al borde. Su orgullo masculino se disparó al saber que él la había hecho sentir así.

La mantuvo firme con un brazo alrededor de su cintura mientras su otra mano buscaba ese punto especial. Ajustó la altura de su

pierna, al mismo tiempo que presionaba su pulgar alrededor del manojo de nervios que sabía la haría estallar.

Su boca se abrió. Su cuerpo se tensó. Él bebió de su boca, trabajándola con su pulgar, mientras deslizaba su lengua dentro de su boca.

Su dulzura se intensificó. Ella se quedó inmóvil antes de que él capturara un profundo gemido en su boca. La besó fervientemente mientras ella encontraba su liberación. Se desplomó contra él. Él mordisqueó su boca, deleitándose con los temblores que sacudían su cuerpo y los pequeños sonidos entrecortados que escapaban de su boca.

Ella balbuceó una risa entrecortada.

—Vaya. No pensé que reaccionaría así.

—Toma todo lo que necesites, cariño. Estoy aquí para dártelo —dijo él.

Una pequeña mano presionó contra su erección, con caricias tentativas subiendo y bajando por su miembro. Él gimió, y su mano se afirmó, deslizándose arriba y abajo. Le costó toda su fuerza de voluntad no empujar contra su mano y perderse dentro de su ropa. Ella lo miró, con los ojos entrecerrados y vidriosos. Tan condenadamente sexy.

Tan vulnerable.

Dioses, ¿qué estaba haciendo? Lauren acababa de saber que estaba en una situación de peligro mortal, ¡y él iba a tener sexo con ella! Mierda. ¡Contrólate, Comandante! A regañadientes, se movió ligeramente para que su mano cayera. Ella lo miró, con confusión en su rostro.

—¿Joe?

—Lauren. Yo... este no es el momento ni el lugar —su voz sonaba tan quebrada. Pesada. Como si estuviera al límite. Lo cual era cierto.

Sus cejas se juntaron.

—¿Qué quieres decir?

Él trazó su mejilla con la yema del pulgar.

—Quiero decir que no voy a aprovecharme de ti —pensaba demasiado en ella como para permitir que eso ocurriera.

Ella resopló una risa.

—Creo que yo me aproveché de ti primero, por si no te diste cuenta —fue a tocarlo, y él le sujetó la muñeca. Su ceño se arrugó aún más.

—Lauren, yo...

—No te estás aprovechando de mí. Realmente quiero esto tanto como pareces quererlo tú —él mantuvo su muñeca inmóvil cuando ella intentó moverse hacia él otra vez. Era una tentación tal... Todo lo que necesitaba hacer era soltar su muñeca. Sabía que si lo hacía, harían el amor. Apretó los dientes, concentrándose en el agarre de su muñeca.

—Estás vulnerable.

—¿Qué tiene eso que ver con nada? —desapareció esa bruma sexy en sus ojos, reemplazada por algo más afligido. Su mirada recorrió su rostro, confundida. Él también estaba confundido. Qué no daría por ver el deseo nuevamente en su rostro. Pero no. Tenía que mantenerse fuerte. Por ambos.

—No podemos. No así. No aquí —no iba a aprovecharse de su estado debilitado. No iba a dejar que hiciera algo de lo que luego se arrepentiría debido a su carga emocional.

—No estoy preocupada, Joe. Demonios, si no te has dado cuenta, creo que este es el momento perfecto para hacer algo así —había un filo en su voz. Bien. Tenía que hacerla enfadar lo suficiente para que viera la razón de sus acciones.

—No estás pensando con claridad ahora mismo.

Ella arrancó su muñeca de su agarre y se alejó. La pérdida fue inmediata.

—¿Cómo demonios sabrías tú lo que estoy pensando, Joe? Si te lo preguntas, te lo diré. Estoy pensando que me gustaría algo de consuelo. Estoy pensando que me gustaría experimentar algo que nunca he experimentado en mi vida antes de que termine. Estoy pensando que me gustaría un tiempo en el que no tuviera que pensar... o cuando no pueda... pensar en nada más en absoluto —pasó una mano enfadada por su pelo, con los ojos brillantes.

—Lauren...

Su voz se elevó en tono y volumen. Muy alto.

—Bueno, Comandante, parece que tú sabes lo que es mejor. Debe ser difícil tener que pensar por otras personas todo el tiempo. Lo que pasa es que cuando piensas por otros, más te vale saber lo que realmente pasa por su mente, porque, compañero, no podrías haber estado más equivocado conmigo. Pero está bien, sigue pensando que sabes lo que es mejor, que siempre haces lo correcto, que interpretas las situaciones correctamente. Te sentará muy bien seguir siendo siempre el mártir.

Una lágrima se deslizó por su mejilla, pero la apartó como si estuviera enfadada con ella. Con los ojos ardiendo, dio media vuelta y se alejó por el túnel. Él la observó hasta que desapareció en la oscuridad y el silencio se volvió opresivo.

¿Era eso lo que ella pensaba de él? ¿Que era un mártir? Por la forma en que lo había dicho, sonaba como si pensara que era más bien una víctima... de sus propios actos.

Sacudió la cabeza. Había hecho lo correcto. Ella podría pensar que la había rechazado, pero se daría cuenta —incluso podría sentirse aliviada— cuando se calmara y reconsiderara que esto había sido un error.

Lo cierto era que, mientras caminaba por la fría y vacía oscuridad que era tan parecida a su corazón, no podía quitarse la sensación de que ambos habían necesitado la liberación que solo podía encontrarse en los brazos del otro.

Que había cometido un terrible error irreparable y que quizás, solo quizás, ella tenía razón. En todo.



Capítulo Quince

No se había dado cuenta de lo muerta que había estado por dentro. Hasta ahora. Acababa de encontrar a alguien que la hacía sentirse viva, y ahora iba a morir.

Una parte de ella se preguntaba si así se había sentido Mike. Se habían encontrado más tarde en la vida, se habían casado y luego a Mike le diagnosticaron cáncer antes de que su vida juntos realmente comenzara. ¿Habría pasado él por la misma agitación emocional que ahora la recorría?

Con Mike, tenía una razón para vivir, pero si era sincera consigo misma, había sido más como enfermera, como cuidadora, que otra cosa. Él estaba tan enfermo que no tenían vida sexual de la que hablar. Le quería, pero era un cariño tibio en comparación con el fuego que encendía su sangre con solo una mirada de Jo'Aquin. Y lo había estropeado todo con sus palabras. Le había deseado tanto que cuando él no le dio lo que quería, había reaccionado como una niña y le había herido. Él había regresado junto a la hoguera anoche muy callado. Apenas la había mirado, cerrándose a ella con respuestas monosilábicas y dándole la espalda.

No podía culparle. Había tenido un orgasmo contra su pierna, por el amor de Dios. Se estremeció mentalmente al imaginar la imagen

que debió de dar. La palabra "zorra" había cruzado su mente más de una vez anoche y durante toda la mañana. Lo cierto es que nunca había hecho algo así en toda su vida. Ni siquiera con Mike, y había estado casada con él. Lauren resopló, ignorando la mirada que le lanzó por encima del hombro el soldado frente a ella. No era de extrañar que la rechazara.

Lauren plantó un pie en el húmedo y fértil suelo, intentando evitar volverse loca con los pensamientos que giraban como un tornado en su mente. El sudor le goteaba constantemente por la columna. Tenía calor, estaba incómoda y aterrorizada. Caminaban en fila india por un estrecho sendero de animales. MalCom y Madre iban a la cabeza. Cómo Madre mantenía el ritmo, Lauren no lo sabía. La anciana era un saco de trucos. No todos agradables.

Detrás iba una fila de guerreros de rostro serio, seleccionados personalmente por MalCom. Iban a ayudarla a entrar en la ciudad y llegar hasta el cerebro maestro, donde ella pondría fin voluntariamente a su vida. Ese conocimiento era más que sobrecogedor. Esta era, efectivamente, su marcha hacia la muerte.

Habían decidido partir hacia la ciudad al amanecer. Durante la noche, las hormigas invisibles bajo su piel habían aumentado su intensidad, arañándola desde dentro. Sabía que no eran realmente hormigas porque MalCom le había explicado cómo ocurría el cambio. Era el efecto de su ADN transformándose en algo a través de lo cual los Reptiles podrían controlarla. Solo que se sentía como miles de patas de hormigas atacándola bajo su piel, aunque normalmente esto ocurriría muy rápido. En su caso, estaba pasando lo mismo, pero de manera excruciantemente lenta.

Había tenido cuidado de ocultar las etapas avanzadas de la toma de control de su mente, pero había captado las miradas preocupadas de los hombres, así como las del objeto de su tormento emocional.

Era en todo sentido el Comandante de una nave estelar. Controlado. Responsable. Distante. Pero si había algo en lo que era buena, era en ver el dolor personal bajo cualquier fachada. Ver esos rostros demacrados en la sala de oncología intentando aparentar valentía le había dado mucha práctica.

Estaba tenso. Y algo más profundo le impulsaba. Lo suficiente como para querer dar su vida por la de ella. Reconocía un deseo de muerte cuando lo veía. Quizás por eso le había llamado mártir cuando debería haberle llamado héroe. Solo porque ella hubiera tenido una rabieta, no significaba que tuviera que atacarle.

Él estaba haciendo todo lo posible en la peor de las situaciones posibles. Sus palabras y acciones habían sido simplemente infantiles. Especialmente después de que él le dijera que daría su sangre por la suya. Que entregaría su vida para que ella pudiera vivir.

Y mira cómo le había tratado. La vergüenza le quemaba las mejillas, abrasadora. Le debía una disculpa. Y pronto. Él era demasiado honorable para hacerle sentir como ella evidentemente le había hecho sentir.

Miró fijamente su espalda rígida, empapada de sudor. Se esforzaba por protegerla de las hojas descarriadas que podrían golpearla al pasar cerca de ellas, inclinándose hacia atrás para apartarlas de su camino. Su mirada se cruzaba con la suya, asegurándose de que no estuviera herida, y luego volvía a avanzar.

No le molestaba la vista. Admiraba bastante su altura, la amplitud de sus hombros, la firme contracción de sus densos músculos del muslo mientras sus piernas devoraban el terreno, y ese trasero extremadamente firme que se movía bajo sus pantalones de hojas. No tan bueno cuando quería hablar con él. Algo bueno y malo todo junto.

Nunca había mirado a Mike de la forma en que estaba felizmente observando a Joe ahora. Físicamente, eran mundos aparte. Literalmente. Devastado por la enfermedad, Mike había sido frágil y delgado. Joe era la personificación de la masculinidad. Un pequeño escalofrío la recorrió al recordar haber estado apretada contra ese cuerpo duro. Sin duda, un solo contacto no era suficiente.

Le deseaba. Le habría dejado tomarla en ese frío y duro suelo de la cueva si él hubiera querido. Eso estaba tan alejado de su comportamiento normal que se sorprendía a sí misma. Él era el único hombre que encendía en ella una pasión tan abrumadora. Era como si finalmente hubiera despertado a su plena feminidad. Por fin era un ser sexual. En su edad madura, cuando pensaba que ya no

era capaz de sentir nada remotamente parecido, para ser más exactos.

Mike había sido seguro. Lo que necesitaba en ese momento.

Jo'Aquin era exactamente lo contrario. Lo que no podía permitirse sentir ahora mismo.

Mike era responsabilidad.

Jo'Aquin era pasión. Deseo. Necesidad. Todo lo que hacía que su corazón latiera con fuerza y la sangre fluyera por sus venas.

Con Mike, una parte de ella había muerto con él.

Con Jo'Aquin quería vivir.

Lo cual era discutible, especialmente porque no había forma de que saliera viva de esto. Si iba a tenerlo, el tiempo se estaba acabando. De ninguna manera iba a dejar que se sacrificara por ella. Apartó una hoja grande y atravesó la brecha que se ensanchaba en el sendero para caminar junto a él.

—Lauren, camina detrás de mí para que pueda protegerte —dijo.

—No hay nada más que hojas húmedas y vegetación en descomposición —rozó una hoja y la condensación le resbaló por el brazo.

—Pero estamos al aire libre, y los Reptiles pueden rastrearte —dijo.

Ah, sí. Así era. Se aferró al trozo de cristal que colgaba alrededor de su cuello y se lo mostró—. Madre me dio esto, ¿recuerdas? Dijo que bloquearía cualquier señal —. Por eso la cueva los protegía. Algo sobre el contenido mineral de los cristales que interrumpía las señales. Todo lo que sabía era que habían estado a salvo de cualquier otro ataque de los Reptiles mientras estuvieron bajo tierra, así que debía haber funcionado.

Habían viajado todo lo que pudieron por el sistema de cuevas hasta que los túneles entrelazados atravesaron el otro lado de la montaña. Era así como las aldeas de siglos pasados se visitaban entre sí. En lugar de caminar sobre la montaña, habían modificado lo que ya estaba naturalmente allí. Un hecho por el que estaba agradecida.

Jo'Aquin gruñó y mantuvo los ojos en el suelo. Un hilo de sudor le corrió por un lado de la cara. Ella estudió sus rasgos no del todo

humanos. Sus facciones eran más angulosas. Sus pómulos un poco más altos, las cavidades un poco más definidas, su mandíbula más fuerte. El efecto general era oscuro y sexy, algo que resonaba en su interior a un nivel muy profundo. No se consideraba una persona superficial, pero su cuerpo respondía de una manera que llegaba hasta sus células.

—Entonces, ¿todas las... personas... de tu... raza... se parecen a ti? —preguntó. Genial, Lauren. Quieres hablarle de asuntos de vida o muerte, y sueñas como una adolescente balbuceante.

—Somos hexonianos. Y por "parecen", ¿te refieres al color de piel y pelo? —preguntó Jo'Aquin. La miró con cautela. Tal vez hablar de algo tan inofensivo como el aspecto era algo bueno. Al menos ahora estaba hablando con ella. Quizás esto sería una buena manera de pasar al otro tema más urgente.

No podía preguntarle exactamente si todos los de su planeta eran "mortalmente sexys", así que simplemente dijo—: Sí.

Al menos sus hombros se relajaron de su postura tensa cuando le respondió—. Somos de todos los colores, igual que tu gente en tu mundo. Algunos tienen pelo claro, algunos tan oscuro que parece púrpura profundo. Pero eso es realmente solo de personas que nacen en los extremos polares de Hexion. Ninguno como el color ardiente del tuyo. Me recuerda al más profundo atardecer de Hexion en invierno, cuando los rojos atraviesan el cielo como sangre arrancada de una herida.

Entrelazó un mechón de su pelo entre sus dedos. Sus dedos rozaron su cuello mientras dejaba caer el mechón. Se le secó la boca, su cuerpo en alerta máxima. Él se controló y colocó el mechón sobre su hombro, un ceño frunciendo su frente.

Eso fue casi... poético. Había mucho más en él que ser un Comandante. Quería descubrirlo. Estaba completamente fascinada.

—¿Cuánto dista Hexion de la Tierra? —Su mente daba vueltas con el hecho de que una semana atrás no tenía idea de que existían alienígenas, y ahora, no solo conocía a los malvados Reptiles y este planeta, sino que había muchos otros. Para colmo, parecían tomarse con calma el conocimiento de otros planetas y especies.

Debió haber algo en su voz, porque él la miró, sus rasgos suavizándose por primera vez desde que se habían despertado esta mañana—. Doscientos años luz.

Ella parpadeó hacia él por un momento—. Eso es... muy lejos.

Sus labios se crisparon un poco antes de aplanarse en una línea firme—. Tenemos tecnología de velocidad luz. Un viaje como ese llevará poco más de un mes para una de nuestras naves.

¡Un mes! A los humanos les llevaría cinco vidas con su nivel de tecnología—. ¿Una nave del Consejo Interespecies? ¿Así la llamaste?

—Eso es correcto. La nuestra es una de las naves más grandes de la Flota Hexoniana.

—Pero, ¿cómo es que nadie... de la Tierra... sabía que estabais ahí? —preguntó. Había un montón de basura espacial orbitando la Tierra. Satélites. Telescopios potentes. Seguramente alguien habría visto algo inusual en el cielo nocturno.

Quizás querían evitar el pánico masivo y mantenerse ocultos. O quizás los gobiernos del mundo habían mantenido su presencia en secreto.

—Tenemos muy buena tecnología de ocultación, perfeccionada durante siglos —dijo.

¡Siglos! Cuando la Tierra pensaba que el mundo era plano, su raza estaba perfeccionando la tecnología de ocultación. ¿Cuánto tiempo llevaban viajando por el espacio? ¿Cuánto tiempo habían conocido a los Reptiles y cuánto tiempo llevaban en el espacio?—. ¿Todos los demás planetas de la existencia han viajado por el espacio excepto la Tierra?

Jo'Aquin sostuvo una rama sobre su cabeza mientras ella pasaba por debajo. Ella le sonrió agradecida—. Hay muchos otros planetas mucho más primitivos que la Tierra. Algunos con solo fauna y ninguna otra forma de vida. Algunos son tan antiguos que su planeta está muriendo.

Caminaron un poco más, Lauren perdida en sus pensamientos—. ¿Cuántos planetas han invadido los Reptiles?

Jo'Aquin suspiró. El sonido fue largo, prolongado y lleno de dolor—. Demasiados. Tanto avanzados como primitivos. El propósito principal del Consejo Interespecies es impedir que invadan más.

—¿Es por eso que estabais sobrevolando la Tierra?

Caminaron en silencio y Lauren temía que no fuera a responderle

—. Estamos en una misión para proteger la Tierra.

—¿Por qué?

Él la miró antes de estirarse sobre ella para despejar su camino—.
Creemos que la Tierra es su próximo objetivo.



Capítulo Dieciséis

Ella tropezó. Jo'Aquin estiró el brazo rápido como un rayo para agarrarla del codo antes de que cayera. Esperó hasta que recuperó el equilibrio antes de soltarla. —¿Qué demonios? ¿Cuándo ibais a decírselo a la gente de la Tierra?

El músculo de su sien volvió a tensarse. —La misión principal era recopilar información. Para ello, nuestra presencia debía ser secreta.

—Pero ¿no sería mejor avisar a los habitantes de un planeta que van a ser invadidos? Darles al menos media oportunidad de protegerse.

Apartó una hoja de un manotazo, sin prestar atención a dónde pisaba. Sabía que habría consecuencias cuando todos descubrieran que había alienígenas, pero ¿no era mejor permitir que un planeta se protegiera? Podría ser lo único que finalmente uniera a la Tierra.

—Lauren, cuando los Reptiles invaden, lo hacen en cuestión de horas. Ningún planeta que ha sido objetivo de invasión ha podido protegerse en toda la historia de las invasiones. Incluso con tecnología compleja. Los Reptiles planifican demasiado bien y son demasiado rápidos —dijo Jo'Aquin.

—¡Planificar! ¿Cómo planifican? ¿Se infiltran en un planeta? ¿Irrumpen en sus centros de inteligencia? Para planificar, tendrían

que aprender cómo funcionan las personas. Poner los pies en el terreno. ¿Cómo lo harían? No es que pasen precisamente desapercibidos, ¿sabes? —dijo Lauren. El volumen de su voz aumentó hasta convertirse en un chillido.

Una mano en su hombro la detuvo en seco. Jo'Aquin dirigió su mirada hacia arriba, hacia el denso dosel de árboles, tenso y alerta. —Baja la voz. Puede que no puedan rastrearte, pero seguro que pueden oírte.

—No has respondido a mi pregunta, Joe. ¿Cómo planifican sus invasiones los Reptiles? —Mantuvo la voz baja, pero necesitaba saber la respuesta.

La gente que iba por el sendero detrás de ellos dejó de caminar. Los hombres que iban justo detrás los miraron confundidos. A ella no le importaba. Iba a conseguir su respuesta, y la iba a conseguir ahora.

Los labios de Jo'Aquin se tensaron mientras la observaba.

—Dímelo, Joe. No es como si pudiera contárselo a alguien más en la Tierra desde aquí —dijo.

Él cerró los ojos un momento, y ella vio cómo la decisión cruzaba por su rostro antes de abrirlos. —Secuestran a sus objetivos y experimentan con ellos hasta que perfeccionan la forma en que puede funcionar la mente maestra. Una vez que lo logran, es cuestión de situar a la mente maestra en una posición central para la población y comenzar los implantes. Una vez que han esclavizado mentalmente a suficientes personas, los sin mente se convierten en sus esclavos y ayudan a los Reptiles. Con un número relativamente pequeño, son capaces de esclavizar a mucha gente.

Lauren parpadeó mirándolo, con el corazón acelerado. —Eso significa... que me secuestraron para... iban a experimentar conmigo.

Él asintió. —Fuiste una de las primeras en ser llevada. Encontraron algo en ti que pueden usar para esclavizar mentalmente a tu planeta.

—Una de las primeras. ¿Ha habido otros?

Su boca se tensó. Realmente no quería decírselo, pero ella le agarró las mangas con los puños, retorciendo el material. De nuevo,

asintió. —Siempre de forma encubierta, no hemos podido descubrir dónde han estado llevando a los humanos.

—¿Cuántos... cuántos más? —Las palabras apenas eran audibles.

Su exhalación fue larga y profunda. —Suficientes.

—Entonces... podrían invadir... en... cualquier momento. —Visiones de horror atravesaron su mente. Muerte masiva. Cuerpos destrozados. Miles de millones de esclavizados esclavizando a otros. Un holocausto.

Su voz era suave. —Por eso estábamos allí, Lauren. Esperábamos una oportunidad. Solo una pequeña oportunidad para descubrir exactamente cómo lo hacen. Dónde llevan a los secuestrados. Qué hacen con ellos.

—Por eso viniste a por mí. Yo era tu oportunidad. —La manga de hojas se rasgó un poco entre sus dedos cerrados.

Él asintió. —Cuando te llevaron, dejaron el planeta a plena vista. Nunca hacen eso. Supe que tenían algo especial.

—No podías dejar pasar la oportunidad —dijo ella. No la había rescatado por nada más que información. Una parte de ella estaba dolida. Una parte de ella quería pensar que tal vez había sido especial de alguna manera. Que la había rescatado por alguna otra razón. Pero la parte lógica de ella sabía que no había caballeros de brillante armadura que rescataran a una damisela solo porque estuviera en apuros.

Los hombres que esperaban a lo largo del camino empezaron a inquietarse. Algunos lanzaban miradas furtivas hacia la jungla.

Joe lo notó. —Necesitamos seguir caminando, Lauren.

Le rodeó el codo para sostenerla, pero no hizo ningún movimiento para hacerla avanzar. Esperó por ella, esperando su respuesta. Una consideración a la que no estaba acostumbrada. Ella era la que siempre era fuerte. Ella era la que siempre estaba atenta a los signos de debilidad. Había sido fuerte durante tanto tiempo. Con el control tan firmemente mantenido, que su consideración le llenó los ojos de lágrimas.

Un nudo le atenazó la garganta. Asintió temblorosamente, bajando la cabeza para que él no viera sus lágrimas. La guio delante de él. Empezaron a caminar, pero él se mantuvo cerca, despejando el

camino con sus largos brazos y anchos hombros, protegiéndola con la amplia jaula de su cuerpo.

—Entonces, ¿ha servido de algo?

—¿Servir?

—¿He ayudado? ¿Voy a ayudar? Lo que me hicieron. El implante. ¿Va a ayudar a la gente de la Tierra? —Necesitaba saber si su muerte iba a hacer algún bien. Si era posible. Si lo que iba a hacer no sería en vano.

Después de todo, ¿no era eso por lo que el Consejo Interespecies había estado ocultándose de la Tierra? ¿Una oportunidad como esta? Algo que salvaría a la gente de la Tierra.

Su mano en el hombro la hizo girar. Sus ojos buscaron los suyos, algo parecido al dolor tensaba sus facciones. —Lauren, si es la última promesa que hago, difundiré la noticia para salvar tu planeta. Lo que hagamos aquí no será en vano.

El calor floreció y su pecho se oprimió. Se aferró a sus brazos, usándolo como su ancla. Tragó saliva para deshacer el nudo en su garganta. —¿Estás seguro?

—Por mi honor como Comandante del Consejo Interespecies, te doy mi palabra personal. Si no fuera por ti, Lauren, muchos otros podrían no tener una oportunidad. Muchos más podrían ser salvados. —Su frente se arrugó cuando el dolor cruzó su rostro. Estaba tan convencido. La determinación hacía que sus duras facciones fueran aún más duras, e incluso entonces había algo que iba aún más profundo. Un dolor tan crudo y profundo, y tan oculto que solo una persona que viera esa mirada en rostros cada día podría ser capaz de verlo.

Quienquiera que fuese, era importante para él. ¿Una esposa tal vez? Se sorprendió por la punzada de celos que la atravesó, pero rápidamente la apartó. Pensaría en eso más tarde. Tal vez por eso la rechazaba. No había sido nada relacionado con ella, como tal, sino que tenía una esposa, tal vez incluso hijos, y ella se había lanzado a sus brazos. Dios, era una persona terrible. Una persona realmente terrible.

Algo casi autodestructivo la hizo preguntar: —¿A quién intentas salvar, Joe?

Él se estremeció, sus manos cayendo de sus hombros. Retrocedió un paso. Se pasó ambas manos por el pelo. Fue a caminar en una dirección, lo detuvo el espeso follaje, y luego fue en la otra.

Fue su turno de agarrarlo por los hombros. Lo maniobró hacia un lado del camino e hizo un gesto a los hombres de atrás para que pasaran. Lo que quería hablar con él era privado.

Los hombres pasaron en silencio. El hombre del final, sosteniendo una ballesta con la flecha montada y los dedos listos para tensar la cuerda que la haría volar, dijo: —No estaremos muy lejos. Llamad si estáis en peligro.

Ella asintió agradecida, agradecida de que parecieran entender su necesidad de privacidad. Para cuando habían pasado, Jo'Aquin había recuperado el control, algo que ella no quería ver. Necesitaba desahogarse. Tal vez contárselo a alguien que no llevaría la información a ninguna parte le daría el permiso para liberarse.

—Caminaremos —dijo Jo'Aquin.

Ella presionó la palma contra su pecho y le impidió pasar. —Ni hablar, amigo. Tienes algo que necesitas contarme.

—Es de poca relevancia para esta misión —dijo él, con el rostro pétreo.

—¿Es tu esposa? —soltó ella. Ya está, lo había dicho. Hizo un gesto de dolor, preparándose para una humillación completa y absoluta.

—¿De qué estás hablando? —Parecía tan genuinamente confundido que ella tuvo que suponer que no tenía esposa. Dios, eso significaba que realmente la había rechazado.

—No te preocupes por eso. Solo dime directamente, Joe. Estoy en una posición única ahora mismo. Podría detener una invasión Reptil de la Tierra, así que si esta misión va a verse comprometida con la información que estás guardando, voy a insistir en que me lo digas ahora. No voy a perder mi vida porque tú tienes un secreto.

El músculo de su sien volvió a tensarse. —No es ese tipo de secreto.

—Bueno, ¿entonces qué es? —Se dio cuenta de que su palma seguía en su pecho. El calor florecía a través de su ropa y hacia su piel. Movié los dedos en círculos, saboreando la sensación de su

ropa deslizándose sobre la piel. Sus ojos bajaron a su dedo, pero él permaneció en silencio.

Ella suspiró, suavizándose. —He visto a muchas personas encaminándose hacia su muerte, Joe. Marca la diferencia. He visto a personas aferrarse a sus secretos hasta los últimos momentos, y he visto la paz en los rostros de esas personas cuando liberan sus secretos. No voy a pensar menos de ti. Necesito que tu mente esté en esta misión, no en algo sobre lo que no podemos hacer nada en este momento. Necesito que me digas qué te está carcomiendo. Especialmente si puede salvar mundos. —Y especialmente si es lo último que puedo hacer para ayudarte, al menos para aliviar la culpa por cómo te traté.

—Dioses, Lauren. —Su pelo se erizó en todas direcciones mientras pasaba los dedos por los gruesos mechones negros. Dos veces. Ella supo el momento en que decidió contárselo. Sus hombros cayeron, y la miró con tanto dolor que casi gritó. —Fue hace años, pero nunca he perdido la esperanza.

—Los Reptiles secuestraron a alguien cercano a ti —dijo ella. Sabía que tenía que ser algo así. Solo algo así podría poner de rodillas a una persona como él.

Liberó un suspiro largo y lento. La infelicidad emanaba de él en oleadas. —Mi hermana. Mi hermana pequeña. Se la llevaron delante de mis ojos.

Lauren cerró los ojos momentáneamente, intuyendo lo que iba a contarle. Mantuvo la mirada fija en la suya, haciéndole saber que le estaba escuchando, que estaba dispuesta a compartir su dolor aunque su propio corazón se estuviera rompiendo.

—Yo era su hermano mayor. Se suponía que debía ser responsable. Estaba entrenando para ser guerrero. Vinieron a por ella. Una niña. Una inocente. Oí su grito, pero llegué demasiado tarde. Invadieron nuestro hogar y se la llevaron de su cama. El único lugar donde debería haber estado segura. Debería haberlos detenido. Deberían haberme llevado a mí en lugar de a ella. —Sus palabras eran crudas. Muy tristes.

Lauren no pudo evitarlo. Emitió un sonido de angustia y lo rodeó con sus brazos. Lentamente, los brazos de él envolvieron sus

hombros y presionó su cuerpo contra el suyo.

—¿Cuántos años tenías cuando ocurrió esto?

—Tenía catorce años. Ella solo tenía diez.

Lauren se mordió el labio para evitar gritar. Podía imaginar al Jo'Aquin adolescente, entrenando para ser Comandante de una nave estelar, tomándose en serio la seguridad de su hermana pequeña, viendo cómo su hogar era invadido por Reptiles. Viendo cómo se llevaban a su hermana sin forma de recuperarla.

Lo miró, las lágrimas empañando su visión. —Tú también eras solo un niño.

Él alargó la mano para recoger una lágrima del rincón de su ojo. —No importa. Debería haberla protegido. Al menos, hacer que me llevaran a mí en lugar de a ella. No pude hacer nada antes de que mis padres y yo tuviéramos que escapar del planeta.

—Y has hecho todo lo posible desde entonces para salvarla. — Tenía sentido. Había sacrificado su vida para salvarla a ella, una persona que no conocía de un planeta que estaba tratando de proteger. Podría haber sido cualquiera. Él no le debía nada. Ciertamente no el riesgo que había tomado para tratar de detener su secuestro, sin importar qué oportunidad les diera.

—Tuvo que haber algo que podría haber hecho. No hay manera de saber qué le ha pasado ahora. Ni siquiera hay forma de averiguarlo ahora.

Su voz se desvaneció. En su mente, había vuelto a esa noche, a ese lugar donde mentalmente se había torturado durante años. A estas alturas, sería una repetición automática de él diciéndose a sí mismo lo mal que había fracasado. Presionó las palmas a los lados de su cara. —No es culpa tuya, Joe.

Él frunció el ceño. —Por supuesto que lo es. Yo estaba allí.

—Fue una invasión de un planeta entero. Fue pura casualidad que entraran primero en su habitación. Tú mismo eras un niño, solo unos años mayor que tu hermana. ¿Qué creías realmente que podías haber hecho? ¿Eras tan grande como lo eres ahora? ¿Tenías superfuerza o habilidades de lucha que podrían haberla ayudado?

—Podría haber hecho... algo.

—¿Qué entonces? Dime, como Comandante de una Nave Estelar hablando con un adolescente de catorce años en esa misma situación. Dile a ese chico qué debería hacer para luchar contra los Reptiles en su casa cuando él mismo está muerto de miedo. Que tiene que presenciar el indefenso secuestro de su hermana pequeña a la que adora y está tan asustado por su propia vida. Dime qué podría hacer un chico en esa situación.

Su ceño se profundizó. Una guerra de emociones cruzó su rostro. No habló, pero ella podía notar que estaba escuchando. Eso era bueno. Lo último que podría hacer en su vida sería ayudar a terminar con este interminable ciclo de autotortura. Era tan honorable, y eso le estaba volviendo loco.

—No hay nada que ese chico pudiera hacer. Nada en absoluto. No fue culpa tuya que se llevaran a tu hermana, Joe. No. Fue. Tu. Culpa.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Cómo podrías saberlo realmente? No me conoces. No sabes nada de mí —su voz era baja, ronca, llena hasta el borde de un torbellino de emociones.

Ella lo miró fijamente. Vio la necesidad de condena, de que le dieran la razón, así como una chispa de esperanza. —Porque... —Esa chispa era a lo que ella se aferraba. Se lamió los labios, necesitando llenar ese vacío que lentamente lo estaba asfixiando.

—Porque... —Si era lo último que hacía, quería que él se entendiera a sí mismo de la manera en que ella lo veía. Podría ser un alienígena, pero también era un hombre que se había condenado a sí mismo por un suceso sobre el que no tenía ningún control.

—Porque... —No quería llenarlo con falsas certezas, así que ni siquiera iba a intentarlo. Una cosa que ocurre cuando la muerte te mira a la cara, es que se va al grano rápidamente.

Le agarró los brazos, como si los anclara a ambos en su sitio. —Porque me salvaste. A una extraña. Una alienígena para ti. Pusiste tu vida en peligro sin pensarlo dos veces. No todo el mundo hace eso, Joe. De hecho, eres la primera persona que he conocido que ha hecho eso. Crees que no te conozco, pero en los pocos días desde que te conocí, has sido tan consistentemente valiente. Tan honorable. Tan noble en todo lo que dices y haces. Incluso cuando

crees que vas a morir, sigues siendo el mismo. No te acobardas de miedo. No corres en dirección contraria. No eres un cobarde. Ni ninguna otra cosa mala que sé que te has dicho a lo largo de los años. ¿Cómo lo sé? Porque es tan condenadamente diferente a cualquier otra cosa que he visto en alguien jamás, que no podrías ser de otra manera, Joe. No estás hecho así en absoluto, y no creo que hayas sido diferente desde el día en que naciste.

Una luz entró en la profundidad de sus ojos, y las emociones en ellos danzaron. Le sujetó la barbilla y lo siguiente que supo fue que su boca se fijaba en la suya en un beso brutal.



Capítulo Diecisiete

Su beso fue desesperado. Desapareció el hombre que se mantenía controlado. Desapareció el Comandante de una Nave Estelar. Desapareció cualquier pretensión. Esto era crudo. Era un beso que brotaba directamente de una herida abierta. Deslizó su lengua dentro de su boca, explorando como si tuviera todo el derecho a estar allí, azotando su lengua contra la de ella con movimientos tan dominantes que rompieron todas sus defensas. Ella no pudo hacer más que dejarse atrapar en la tormenta de su beso. Y Dios la ayudara, le encantaba.

Le hizo el amor a su boca de la manera en que ella quería que le hiciera el amor a su cuerpo. Con un gemido, rodeó su cuello con los brazos. Él la ciñó con un brazo alrededor de su cintura, apretándola contra sí. El otro se hundió en su cabello, sujetando su cabeza mientras exploraba su boca. Un pequeño gemido hizo que él se apartara bruscamente.

—No te creo.

Ella solo pudo negar con la cabeza, perpleja, su mente luchando por comprender lo que decía.

—¿Qué?

—No importa la edad que yo tuviera. En mi cultura, yo ya era un hombre. Ella era pequeña. Frágil. Una niña. Mujer. Debía ser protegida.

—No puedes pensar realmente eso —no reconoció su propia voz ronca.

—¿Qué pensarías de mí si te hiciera esto? —Con un gruñido, la levantó como si no pesara nada. Sus pies colgaban en el aire mientras él se alejaba del sendero. Ella jadeó cuando la suave corteza de un árbol se apoyó contra su espalda. Él agarró sus muñecas, inmovilizándolas sobre su cabeza, aprisionándola con la inclinación de sus caderas en el calor entre sus piernas. Ella cruzó sus tobillos alrededor de su cintura, completamente consciente de lo expuesta que estaba ante él de la forma más íntima. Él se alzaba sobre ella, todo músculo masculino y poder. Ella gimió con aquel contacto íntimo, mientras la sensación recorría su cuerpo.

Sus labios flotaban tentadoramente cerca, a escasos milímetros.

—¿Y si un hombre te tuviera indefensa, justo así? No puedes moverte. No puedes defenderte. Tu cuerpo es mucho más pequeño. Mucho más débil. Puedo hacer lo que quiera contigo, mientras estás empalada contra este árbol.

Apenas pudo encontrar palabras más allá de la abrumadora necesidad de que la besara de nuevo.

—Pero no lo harás, Joe. Eres un buen hombre. Lo sé. Puedo verlo en todo lo que dices y haces —jadeó.

Él presionó sus caderas contra su suavidad. Ella inspiró bruscamente cuando la dureza de su erección se deslizó a lo largo de su hendidura, con la ropa intensificando la sensación. Gimió suavemente.

—¿Estás tan segura, Lauren?

—Estoy cien por cien convencida —no forcejeó, simplemente le miró, jadeando mientras él presionaba su cuerpo contra el suyo. Como todavía no parecía dispuesto a escuchar a nadie con sentido, ella habló en un lenguaje que esperaba que pudiera entender—. Si fueras a usar tu fuerza contra mí, no me permitirías hacer esto.

Deslizó su boca sobre la suya, sus labios aún húmedos por el beso anterior, antes de succionar suavemente. Trazó la línea de sus labios

con la lengua, deseando que abriera la boca.

No pensó que funcionaría, cuando él estaba tan sólido e inamovible como el árbol contra su espalda, pero entonces sus labios se suavizaron, y su mundo se inclinó sobre su eje. No pudo resistir el impulso de deslizar su lengua entre sus labios entreabiertos. Recorrió su boca con la lengua, tal como él había hecho con ella. Sus lenguas bailaron, se enredaron, y ella se perdió.

El deseo corrió por su cuerpo, encendiendo una necesidad que no sabía que poseía. Le deseaba como no había deseado a ningún hombre antes. Apretó sus pechos contra su torso, ardiendo con fuego en la sangre.

Él se apartó bruscamente, respirando con dificultad. Ambos lo hacían.

—Estás jugando con fuego.

—Habrías hecho cualquier cosa por salvarla. Todavía lo estás intentando ahora.

Él emitió un gemido tan profundo y largo, y tan lleno de dolor que casi no pareció venir de él. Negó con la cabeza. Ella abrió la boca para hablar, pero quedó muda ante el brillo inflexible de sus ojos.

Él movió las caderas, aplastando su erección contra la suavidad de su núcleo. Una descarga de deseo ardiente la recorrió. Su cabeza golpeó contra el árbol y cerró los ojos mientras el placer aumentaba. Inclinó las caderas hacia delante, tratando frenéticamente de frotar esa pequeña parte de sí misma contra la dureza de su erección.

—¿Qué piensas de mí ahora, Lauren?

No pudo responder. Su boca se estrelló contra la suya, su lengua embistiéndola mientras se mecía contra ella. La presión estaba justo donde la necesitaba, oscura y sensual, acumulándose.

Sí. Sí, sí, síiiii.

Justo así. Necesitaba esto como necesitaba el aire para respirar y la comida para comer. Lo necesitaba como nunca había necesitado nada antes en su vida. Una ardiente necesidad se enroscaba, salvaje y sin restricciones. No tenía control mientras se contoneaba contra su erección atrapada.

Su otra mano soltó su muñeca. Deslizó la mano por su cuerpo hasta llegar entre ellos. Sus dedos se deslizaron bajo la cintura de

sus pantalones, buscando y encontrando aquel núcleo caliente que necesitaba su atención.

Ella emitió un sonido sin palabras desde lo profundo de su garganta cuando sus dedos se sumergieron entre sus labios externos, resbaladizos por su necesidad.

—¿Un hombre honorable haría esto?

Hundió un dedo en su núcleo. Profundo. Se retiró y luego insertó dos. Ella inclinó sus caderas, abriendo más los muslos para que pudiera tocarla con mayor facilidad. Dentro y fuera se movían sus dedos, llevando aquella espiral bien apretada al punto de explotar.

Su pulgar encontró su clítoris, circundó el pequeño botón, provocando que un placer exquisito estallara a través de su cuerpo. Abrió la boca para gritar mientras su cuerpo comenzaba a explotar. Su boca se estrelló contra la suya, tragándose su grito. No solo la besó. La reclamó. La marcó.

Su cuerpo se bloqueó, rígido en sus brazos mientras cabalgaba la ola de intensidad. Oh dios, se sentía tan bien. Tan bien.

Finalmente, su cuerpo se desplomó, flojo por el placer gastado. Apoyó la mejilla contra su pecho, escuchando los fuertes golpes en su pecho. Nunca pensó que un orgasmo pudiera dar tanto placer. Que una liberación la dejaría como una muñeca de trapo.

Su cabeza se inclinó hacia delante, con la nariz presionando en el tierno punto entre su cuello y su hombro, su respiración rápida y temblorosa. Movié la cabeza, presionó sus labios contra su frente sudorosa. La suave presión de su boca permaneció allí antes de presionar su cabeza contra su pecho.

Finalmente, pudo hablar. Tenía su respuesta. Si no lo sabía antes, ahora tenía la evidencia.

—Sí, Joe. Pienses lo que pienses de ti mismo, eres un hombre honorable.

Antes de que pudiera responder, el follaje detrás de él crujió y alguien se movió entre las hojas. Él bajó sus piernas y la sostuvo mientras ella recuperaba el equilibrio. Le llevó un momento encontrarlo, temblando como estaba.

Él se giró, colocando su cuerpo entre ella y lo que se acercaba. Ella miró por encima de su hombro. Era uno de los hombres de la

banda de Robin Hood, con aspecto no muy alegre. Supuso que habían estado ausentes bastante tiempo.

—He oído un ruido —dijo el hombre.

—No es nada. Vamos enseguida —respondió él.

—El tiempo es esencial —el hombre se dio la vuelta. Joe tomó su mano, atravesándola con una mirada profunda e ilegible. Ella se aferró a ella, manteniéndola firme. Él tenía que saber lo que ella sentía por él, tenía que creerla cuando decía que era decente y moral y todo lo que ella sabía que era. Solo podía esperar poder abrir una grieta en esa armadura antes de morir.

* * *

Eso nunca debería haber sucedido. No era un joven luchando contra impulsos, era un hombre bien entrado en su madurez. Tenía más control sobre sus acciones. Incluso había llegado a la conclusión, obviamente errónea, de que era demasiado mayor para esos arrebatos.

Solo que no cuando se trataba de ella, al parecer.

Siguió a Lauren mientras caminaban a través de la espesa vegetación que insistentemente quería enredarlos con hojas lo suficientemente grandes como para envolver la mitad de su cuerpo. Se inclinó sobre ella, sosteniendo una rama pesada fuera de su camino. Ella miró por encima del hombro, sonriendo agradecida. Su mirada cayó sobre sus labios húmedos, carnosos y muy besables, y su entrepierna se tensó y pulsó.

Ahora que la había saboreado, quería más. Necesitaba más como necesitaba el aire. Una probada no era suficiente. Lo quería todo. Todo lo que ella pudiera darle. Y más. Lo tomaría como el desalmado que era.

Sin embargo, aquello había sido explosivo. No había controlado sus impulsos, era cierto, pero con Lauren tan receptiva como una Cellikad, no se había contenido. Había sido incapaz de negar su deseo tanto como ella.

Que una mujer como ella incluso se sintiera atraída por un hombre como él, era difícil de asimilar. Que le permitiera hacerle el amor de esa manera, que le permitiera tocarla de forma tan íntima era

humillante. Cuando se había deshecho alrededor de sus dedos fue impresionante.

Su cabeza echada hacia atrás, ojos entrecerrados, boca relajada, emitiendo esos deliciosos sonidos que ni siquiera sabía que hacía. Era exquisitamente hermosa.

Demasiado hermosa para enfrentarse a su destino.

Debería haber sido capaz de devolverla a su vida sin un sobresalto en su radar. Era su deber. No se le escapaba que estaba fallando a Lauren, igual que le había fallado a Emile.

Lauren tenía la idea equivocada de que él era un hombre honorable. Bufó mentalmente. No la habría llevado al límite con los otros hombres a distancia de oír si lo fuera. Debería haber asegurado total privacidad cuando ella le dio un regalo tan grande.

¿Honorable? Ella no tenía ni idea de quién era él realmente.

Ella recogió una gran flor amarilla y naranja mientras pasaban junto a un arbusto cargado de ellas. Se la colocó detrás de la oreja, riendo por encima del hombro. La flor acentuaba el color de su pelo, recordándole de nuevo la puesta de sol más profunda que ofrecía Hexion. Fue consciente de devolverle una sonrisa, con su boca moviéndose de formas poco familiares. Su fragmento de luz solar se entretejió en su corazón, combatiendo la oscuridad que albergaba allí. Una ligereza como nunca había sentido antes surgió a través de él.

—¿Estás bien? —se detuvo un momento, preocupada por él. ¡Por él! Cuando debería estar preocupada por sí misma y por la situación de vida o muerte a la que se enfrentaba.

—Sí. Estoy bien, Lauren —apartó un mechón de cabello de su frente, como si su brazo se moviera sin su control. Ella le sonrió radiante, con la sonrisa llegando a sus ojos. A su alma.

Era la primera vez que se veía tan relajada. Despreocupada. Casi feliz. Como merecía estar el resto de su vida.

El resto de su *larga* vida.

La culpa le consumió. Lo supiera o no, él iba a dar su vida en lugar de la de ella. Cuando llegaran a la capital, enviaría un mensaje a Striker. MalCom le había asegurado que habría dispositivos de comunicación capaces de enviar su mensaje. Su tripulación vendría,

y Lauren sería rescatada. Iba a enmendarse. Sería lo último que iba a hacer. Volvería a su Tierra.

Ella se dio la vuelta y continuó caminando y por mucho que intentó no sentirlo, esa pequeña punzada de luz solar siguió quemando la oscuridad hasta hacerla desaparecer.



Capítulo Dieciocho

El sol se estaba poniendo cuando por fin montaron el campamento. El agotamiento tiraba de sus extremidades mientras se dedicaba a recoger la leña que necesitarían para la noche. La luz del atardecer se filtraba hasta el suelo del bosque. Se agachó para recoger una rama caída y añadirla al montón que llevaba en los brazos.

La luz se desvaneció rápidamente y, en cuestión de segundos, quedó envuelta en la oscuridad. Miró alrededor, pero los hombres no parecían preocupados. Vislumbró un trozo de cielo nocturno sobre ella. El sol se ponía rápido en este planeta, por lo que parecía.

Se inclinó hacia atrás, presionando un puño contra la parte baja de su espalda. Esta noche dormiría bien. No estaba acostumbrada a este tipo de esfuerzo físico.

Su cuerpo hormigueó, llenándose de una sensación de pinchazos. Se tambaleó, sintiendo como si su cuerpo se estuviera partiendo por la mitad. Como si su espíritu y su cuerpo estuvieran desalineados. Su pierna se movió. Un movimiento brusco y entrecortado. Su pie se deslizó por el suelo cubierto de hojas, abriéndose paso entre los restos secos del bosque. El otro pie le siguió. Sus brazos dejaron caer la carga de leña, y se dirigió hacia lo más profundo del bosque.

Flexionó sus músculos, intentando que sus piernas dejaran de moverse, pero continuaron como si tuvieran vida propia. Intentó retorcerse, sacudirse, moverse de cualquier manera, pero no ocurrió nada. Podía sentirlo todo, el suelo bajo sus pies, la humedad resbaladiza cuando pisaba las hojas, pero no tenía control sobre su movimiento.

¡Ayuda! Necesitaba ayuda. Pero ya se había alejado bastante.

Intentó mirar por encima de su hombro, para ver a Jo'Aquin, pero su cabeza estaba bloqueada en esa posición. Intentó gritar, pero no salió nada. Continuó caminando, desapareciendo rápidamente entre la espesa vegetación.

Tenía que llamarle. Decirle lo que le estaba pasando. Que estaba siendo esclavizada. Su corazón golpeaba en su pecho, y su respiración se convirtió en rápidos jadeos. Era curioso que los mecanismos de miedo de su cuerpo aún funcionaran. Era como si su deseo consciente de mover el cuerpo se hubiera cortado.

Tomó aire profundamente, intentó gritar, pero todo lo que salió fue un patético quejido. Su pierna golpeó contra una rama baja. El dolor recorrió su cuerpo cuando la rama cortó tela y piel.

Su respiración se aceleró y con ella salió un sonido sólido. Rápidamente tomó otro aliento, aguantó el dolor y gritó el nombre de Joe. Fue lo único que consiguió articular. Su pierna seguía presionando la rama hasta que se partió. Parecía que su cuerpo no se daba cuenta de que debería haber esquivado la rama.

El pánico atravesó el dolor y la conmoción. Podría caminar hacia un río. O caer por el borde de un acantilado. No podía hacer nada para evitarlo. Aun así, saber esto no impidió que su cuerpo siguiera caminando. Un tirón irresistible surgía desde el centro de su esternón, una picazón que nunca se calmaría. Fluía a través de ella, acariciando, seduciendo.

Sería tan fácil ceder. Dejar que se llevara todos sus problemas. La libertad completa estaba tentadoramente cerca. Si cedía, podría relajarse. No habría responsabilidad, ni necesidad de preocuparse por nada. Alguien cuidaría de ella en lugar de ser ella quien tuviera que cuidar de todos los demás.

Solo déjate llevar.

Cede.

Ríndete.

Hubo ruido de ramas rompiéndose y hojas desgarrándose detrás de ella. —¡Lauren!

Si sus piernas le pertenecieran, habría caído al suelo de alivio. En cambio, siguió poniendo un pie delante del otro. Quería hablar, pero solo emitió un sonido ahogado. El impulso irresistible de rendirse se retiró, reemplazado por la urgencia de recuperar el control.

—Lauren. ¿Qué pasa? ¿Por qué no me hablas? —Jo'Aquin apareció frente a ella.

Caminó directamente hacia él, su nariz presionada contra su pecho. Sus piernas seguían moviéndose hacia adelante, pero se veían obstaculizadas por sus muslos bien formados. Atrapada en la jaula de su cuerpo, lo único que hacía era tambalearse de un lado a otro.

Sus dedos se apretaron sobre sus hombros. —¿Lauren?

Ella quería decirle... algo, pero estaba atrapada dentro de un cuerpo que no respondía. Él la sostenía, con la mirada recorriendo su rostro, tratando de entender su falta de reacción. Lo único que podía hacer era mirarlo, poniendo toda la emoción posible en sus ojos. No era difícil, ya que estaba aterrorizada.

—Tu colgante. ¿Dónde está?

¿Dónde estaba el cristal?! Mierda, lo había perdido, y sin él, su cuerpo estaba sucumbiendo al implante Reptile. Debió perderlo en algún lugar donde estaba recogiendo leña. Se habría inclinado y se habría deslizado de su cuello.

Él la tomó en sus brazos, mientras su cuerpo seguía moviéndose torpemente. Esto estaba fuera de control. Ella estaba fuera de control. Nunca había tenido tanto miedo en su vida. Si Jo'Aquin no podía encontrar el cristal, lentamente se deslizaría hacia ese vacío irresistible. Nunca volvería.

Jo'Aquin siguió el rastro que había dejado cuando se abrió paso por la jungla. Atravesaron unas hojas y su campamento estaba a solo unos pasos.

—¿Qué ha pasado? —MalCom se acercó desde donde estaba agachado junto a una hoguera.

—Su cristal ha desaparecido —dijo Jo'Aquin.

MalCom soltó una maldición y llamó al resto de los hombres para que empezaran a buscar el colgante perdido. Los hombres entraron en acción, dispersándose por el campamento.

—Estaba recogiendo leña por aquí —llamó uno de ellos.

Reexaminaron sus pasos, y uno de los hombres gritó. Corrió hacia ella y dejó caer el colgante sobre su torso. En cuanto tocó su piel, su pecho se alivió y su caja torácica se abrió para tomar un tembloroso aliento. Moviós los dedos y giró los tobillos. —Puedo moverme otra vez. —Sonaba tan aliviada como se sentía.

Jo'Aquin la estrechó contra su pecho y enterró su rostro en su cuello. La mantuvo así, como si fuera lo más precioso del mundo entero, durante largos momentos. Ella rodeó su cuello con sus brazos, lo mejor que pudo, absorbiendo el consuelo que él ofrecía abiertamente.

Y lo hacía. Un consuelo desgarrador, como nunca antes había conocido. Presionó su mejilla contra su hombro, buscando calor, consuelo. Pero quería más. Necesitaba más.

Necesitaba lo que solo un hombre podía darle a una mujer. Lo que solo él podía darle a ella. Quería hacer el amor con él. Experimentar esa pasión cargada de deseo, buscar ese estado que le permitiría sentirse completamente femenina, ser aceptada y tomada tal como era. Dar y recibir. Lo quería todo, y lo quería de Jo'Aquin.

Él se apartó. Ella echó de menos el calor de su mejilla en su cuello, esa sensación especial de piel contra piel. —No vuelvas a hacer eso, Lauren.

Sonaba enfadado, para su deleite. Significaba que le importaba. De alguna manera, al menos. Más que una responsabilidad, pero menos que un amante, en realidad. Algo intermedio. No sabía por qué eso le molestaba tanto. No era como si tuviera mucho futuro. No podía esperar que él hubiera desarrollado sentimientos más fuertes por ella en tan poco tiempo, y sin embargo, parte de ella anhelaba que lo hubiera hecho.

Para ella, él se había convertido en mucho más que eso. Le resultaba fácil acurrucarse contra él, buscar consuelo, seguridad y desear la intimidad entre un hombre y una mujer. Se dio cuenta de

repente que sus sentimientos hacia él eran bastante fuertes y ni siquiera sabía cuándo había comenzado realmente. Solo sabía que aferrarse a él en sus brazos así era lo correcto.

—No pienso hacerlo. —Apretó el cristal en su palma. Los extremos del cordel que formaba el collar estaban sueltos, habiéndose deslizado del nudo.

—Voy a atarlo, y esta vez me aseguraré de que no se caiga.

La bajó al suelo, dejándola deslizarse por toda la longitud de su cuerpo. Cuando sus pies tocaron el suelo, un dolor agudo subió por su pierna. Tomó aire bruscamente.

—¡Estás herida!

Inmediatamente volvió a levantarla en sus brazos. Podría acostumbrarse a eso. —Me golpeé con una rama.

Él examinó el corte bajo la tela rasgada, con el ceño fruncido. —Es profundo.

—No pude evitarlo. No tenía control sobre mi cuerpo. —Un escalofrío la recorrió—. Fue horrible.

—La esclavitud mental. Siempre empieza así —dijo MalCom—. Lo he visto con mis propios ojos. Todos lo hemos visto.

Los hombres que los rodeaban asintieron.

—Pero eso no es lo peor. De alguna manera, me indujo a un estado de ensoñación. Prometiéndome esa vida que siempre pensé que quería. Era muy tentador. Podría haberme hundido completamente —dijo ella.

—Si lo hubieras hecho, nunca habrías vuelto —dijo MalCom.

Los brazos de Jo'Aquin se tensaron. —¿Hay alguna fuente de agua cerca?

MalCom asintió. —No está lejos. A menudo acampábamos aquí cuando íbamos a la Capital... antes... —sus ojos perdieron el foco por un momento antes de recuperarse—, te guiaré hasta allí.

Jo'Aquin le dio un breve asentimiento. Ella hizo ademán de ponerse de pie, pero él no la dejó. —Te llevaré yo.

—Soy una mujer adulta. Puedo caminar por mí misma, ¿sabes?

—Me aseguraré de que estés bien atendida esta noche. —Una sombra pasó bajo sus ojos al mismo tiempo que el calor se acumulaba en sus profundidades. Ella se estremeció, el calor se

arremolinó y se tensó desde sus dedos hasta los dedos de sus pies, palpitando en su bajo abdomen. Si de ella dependiera, eso es exactamente lo que él estaría haciendo esta noche. Cuidarla muy bien.



Capítulo Diecinueve

Él limpió los últimos restos de sangre y secó su pierna con una hoja absorbente. Ella le observaba en silencio en la oscuridad mientras él limpiaba la herida, como si estuviese asimilándolo todo por última vez.

Se le encogió el corazón. Le destrozaba ver a una mujer tan fuerte como ella abatida por los Reptiles en la flor de su vida.

—Mi vida terminó hace meses.

Esto no se lo esperaba. Ella agitó la mano en el agua, luego la levantó, observando cómo las gotas resbalaban por su brazo.

—Hace calor. Estoy harta de tener calor, y esa agua parece deliciosa. ¿Te apetece darte un baño conmigo?

—¿Qué quieres decir, Lauren?

Ella suspiró, luego se puso de pie con un movimiento femenino y elegante. Se quitó la camiseta, revelando sus gloriosos pechos. Su entrepierna reaccionó de inmediato. Su sangre se calentó aún más cuando ella se despojó de sus pantalones y se quedó de pie, bañada por la luz de la luna, espléndidamente desnuda.

Su respiración se entrecortó mientras ella lo miraba, antes de entrar con ligereza en el agua. Se sumergió bajo la superficie y reapareció un poco más allá. Se volvió hacia él.

—Vamos. Es precioso aquí dentro. Una de las últimas cosas que quiero hacer es disfrutar de un baño en un día caluroso. Y parece que hay muchos días calurosos en este planeta.

Simplemente no podía rechazar su ofrecimiento. Se entregaría a ella de cualquier manera que ella quisiera. Si quería que la escuchara, lo haría. Si quería que nadara, lo haría.

Y si quería que le hiciera el amor, sería su mayor placer.

En un instante, se quitó la ropa, que ahora le parecía increíblemente opresiva, y se adentró en el agua, justo hasta donde estaba ella. El agua no hizo nada para aliviar la erección casi dolorosa que mostraba.

Ella le esperó pacientemente hasta que él se detuvo a un brazo de distancia. No quería asustarla ni considerar que su oferta fuera algo más que un simple baño para refrescarse. No después de su comportamiento en la cueva.

Aunque no deseaba nada más que hundirse en ella, necesitaba saber lo que iba a decirle tanto como podría necesitar un trago de agua bajo el sol abrasador en medio de un desierto arenoso.

—¿Qué quieres decir, Lauren?

Una sonrisa triste se asentó en su boca.

—Estoy casada. O para ser más exacta, lo estaba.

La confusión le invadió.

—¿Dónde estaba tu marido? Debería haberte protegido de los Reptiles. ¡Nunca deberías haber sido secuestrada!

Sus cejas se arquearon ligeramente ante su arrebató. Bien. Ella merecía mucho más que estar casada con un cobarde.

—Dije que *estaba* casada. Mike... Mike murió.

De repente, todo encajó y, en cierta manera, la vio completamente nueva. Esa tristeza en su corazón. La desesperación por ser consolada. Su comprensión de la culpa que lo atormentaba.

Su deseo de verlo liberarse de ella.

Cuando dijo que le entendía, realmente lo hacía. También había perdido a alguien querido. Alguien a quien amaba. Aunque sintió una punzada de celos, entendía que una mujer como Lauren nunca estaría sola. Todos los machos de Hexion estarían haciendo cola por ella.

—No lo sabía —su eterno compañero, esa ira contra sí mismo por no haber podido salvar a Emile, retrocedió un poco y, para su sorpresa, dejó espacio para algo más suave. Algo más ligero que ocupara su lugar.

Su rostro se suavizó.

—Es porque no te lo había contado. Pero pensé que con todo lo que va a pasar mañana... deberías saberlo. En realidad, si no me hubieran secuestrado, probablemente ya estaría muerta.

—No digas eso, Lauren.

Ella suspiró.

—Lo estaría. Estaba en medio de la nada con un coche averiado y sin ningún sitio adonde ir. Había huido tan lejos como pude y aun así no era suficiente. Buscaba algo que me lo quitara todo. Un accidente. Sin comida ni agua. Cualquier cosa. Así no tendría que seguir viviendo con el dolor y no habría sido mi decisión acabar con ello, ¿sabes?

Él hizo una pausa, observándola, y el momento se alargó. Ella había desnudado su alma y ahora, él no era el Comandante del Consejo Interespecies. Era Jo-Aquin. No podía darle mucho, pero podía darle honestidad.

—Creo que ambos somos muy buenos huyendo.

Ella soltó una suave risa.

—Supongo que sí. Ahora, sin embargo... ahora... contigo. Veo las cosas de forma diferente. Quiero decirte una cosa antes... bueno, antes de mañana —respiró hondo. La parte superior de sus pechos rompió la superficie del agua. Cómo deseaba alargar la mano y llenarla de ellos. Pero no lo hizo. Esperó a oír lo que ella decía. Ella quería hablar, y él quería escuchar.

—Quiero pedirte disculpas... por lo que te dije en la cueva —su boca se torció hacia abajo, y él tuvo el impulso de besarla para devolverle la felicidad, pero se contuvo.

—No tienes nada por lo que disculparte, Lauren. De hecho, debería ser yo quien te pidiera disculpas.

Ella arrugó la cara.

—¿Por qué? Yo me aproveché de ti, si no recuerdo mal.

Él se rio, sorprendido de encontrar en sí mismo la capacidad de reír frente a lo que iban a hacer mañana.

—La definición de aprovecharse de alguien es tomar algo que no desean dar. Que es lo contrario de cómo me sentí en la cueva.

El momento se alargó mientras ella le observaba. Una gota de agua se deslizó desde el extremo de su pelo mojado hasta su hombro. Él extendió la mano para limpiarla en su camino descendente. Ella se estremeció, un delicioso movimiento.

—¿De verdad? —su voz era más baja, ronca, y la expresión de su rostro pasó de insegura a algo mucho más ardiente.

Quizá debería consolarla como ella quería ser consolada. Los dioses sabían que él también encontraría consuelo en eso. Especialmente ahora. Quizá estaba equivocado. Quizá no se estaba aprovechando de ella. No podía definirla según los estándares de Hexion. Era una hembra fuerte. Una fuerte hembra humana. Una que había permanecido fuerte después de todo lo que había sucedido en su vida.

La punta de su dedo permaneció sobre su piel, solo que esta vez, se deslizó hacia arriba para trazar la línea de su mandíbula. Ella inclinó la cabeza hacia su palma.

—Oh, sí, Lauren. Pensé que te estaba salvando de hacer algo que no querías hacer.

Ignoró su resoplido poco femenino.

Ella tenía todo el derecho a pedir consuelo. Tenía todo el derecho a pedírselo a él. Una oleada de celos le invadió cuando pensó en otro hombre ofreciéndose a esta valiente mujer.

—En lugar de eso, debería haber cedido a mi instinto.

Ella apretó sus labios carnosos, levantando aquellos ojos de piedras preciosas hacia su rostro.

—¿Y cuál era tu instinto?

Lauren era suya. Suya para adorarla.

Suya para reclamarla.

Se movió hacia ella. Su mano se ancló en su cintura. Su piel desnuda enviaba zarcillos de calor a través de su piel, destruyendo cualquier resistencia que aún albergara. Era la tentación

personificada, y maldita sea si iba a negarse a sí mismo, o a ella, por más tiempo.

—Hacer esto —bajó la cabeza y encontró su boca. No fue un beso suave y tentativo. Fue un beso ardiente que disipó cualquier duda de que ella le deseaba tanto como él a ella.

Ella gimió cuando él se introdujo en su boca, imitando lo que pronto estaría haciendo a otras partes de su cuerpo. Ella no dudó. Amoldó su cuerpo al suyo, rodeó su cuello con los brazos, presionando sus pechos contra su pecho y levantando las piernas alrededor de su cintura.

Su erección encajó perfectamente en la parte más íntima de su cuerpo. Él inclinó las caderas, deslizándose a través de su calor. Un gemido áspero salió de su boca cuando ella se movió, la dulce fricción en su piel sensible casi demasiado para soportar.

—¿Estás seguro?

Esta vez sí se rio, un sonido fuerte y sincero que nunca supo que tenía dentro.

—¿Te preocupa lo que siento por esto? —preguntó.

Una sonrisa tonta se dibujó en su boca.

—Solo quiero asegurarme —se movió arriba y abajo de nuevo. Su rígida verga casi encontrando el camino a su entrada.

—Es demasiado pronto para eso, y quiero explorar —con las manos a ambos lados de su cintura, la levantó con facilidad y la colocó exactamente donde quería.

Succionó uno de sus globos llenos en su boca, provocando el rígido pezón con su lengua mientras chupaba el suave tejido. Ella puso las manos en sus hombros y arqueó la espalda, ofreciéndose a él.

Así es como la quería. Así es como la necesitaba. Suave. Dócil. Dándose a sí misma para que él la adorara como siempre debería haber sido adorada. Aunque acababa de decirle que había estado casada, tenía la sutil sensación de que esta magnitud de deseo, la misma magnitud que él también sentía, era completamente nueva para ella también.

Soltó un pecho y trazó una línea a través de su pecho con la punta de la lengua hasta el otro pecho, tomándolo en su boca y lamiéndolo

con la misma atención. Su respiración se volvía pesada, sus caderas frotándose contra su abdomen.

—Basta de explorar. Te quiero. Ahora —su voz era entrecortada. Necesitada. No iba a esperar.

Y él tampoco.

La bajó directamente sobre su miembro. Ella se hundió y echó la cabeza hacia atrás. Él lamió su cuello con la parte plana de su lengua, la levantó un poco y se retiró, antes de dejarla caer sobre su longitud.

Ella gimió. Él trabajó dentro y fuera. Una y otra vez. Sus ojos se cerraron y ella jadeó mientras lo montaba, perdida en la sensación íntima. La dulce dicha se construyó y mientras ella gritaba, él estalló en una pura sensación dorada.

Ella tembló, su cuerpo se ablandó y él la drapó sobre su pecho y hombros. Todavía conectados, los sacó del agua y la depositó sobre un lecho de hojas suaves. Ella le miró, esa mirada que había querido ver en la cueva ahora en su rostro.

Le sonrió perezosamente.

—Guau. Simplemente... guau.

—Y apenas hemos empezado —dijo él.

—¿En serio? —su voz era espesa mientras se movía alrededor de su miembro aún duro.

—Oh, sí. He esperado demasiado tiempo y tengo demasiadas formas en las que quiero explorarte como para terminar ahora.

Sonrió ante su sonido de decepción cuando se retiró, y luego ante la forma en que su voz se entrecortó cuando comenzó a besarla bajando por su cuerpo.

—Oh. Vale, entonces.

Esta sería la última y única vez que le haría el amor, y quería conseguir el valor de toda una vida en unas pocas horas. Mañana, haría todo lo posible para asegurarse de que esta mujer viviera. Le debía tanto. Por hacerle sentirse completo. Por permitirle el perdón. Por aceptarlo como hombre, no como Comandante. Por ser su elección. Se sentía honrado.

Entonces ella abrió los muslos, y él la lamió donde su verga acababa de estar, y apartó deliberadamente todos los pensamientos

de su cabeza. Esta noche era suya, y él le proporcionaría toda la distracción que necesitaba y el amor que merecía.



Capítulo Veinte

Con el corazón palpitante, Lauren se asomó entre el refugio de hojas que se movían suavemente con la brisa. En cualquier otra ocasión, le habría encantado pasear por las calles y explorar esta ciudad totalmente nueva y completamente alienígena.

En cualquier otra ocasión.

En su lugar, observaba, esperaba y lo absorbía todo desde detrás de una frágil pantalla de seguridad. Una ráfaga de viento y serían descubiertos. Una mano le apretó el hombro. Un aliento cálido le acarició el cuello. —Agáchate, Lauren.

Se encogió más cerca del suelo. Jo'Aquin se curvó sobre ella, protegiéndola con su cuerpo. Estaba tenso, con la mirada fija por encima de su cabeza en la ciudad que tenían debajo, pero sus manos sobre ella eran suaves. Las mismas manos que la habían llevado al orgasmo una y otra vez. Él estaba en forma, o los hombres hexonianos tenían una resistencia que superaba por completo a los hombres de la Tierra.

Ella estaba deliciosamente sensible, pero de un modo agradable. En eso se había concentrado cuando se despertó con su beso al amanecer, y luego cuando recorrieron la distancia hasta la ciudad, y

ahora mientras contemplaba las afueras. En eso quería que consistieran sus últimos pensamientos cuando su vida terminara.

Jo'Aquin era un dominante, un alfa de tipo A, pero nunca se había sentido tan protegida. Segura. Él la resguardaría sin dudarlo y se pondría a sí mismo en peligro primero si ella estuviera en apuros. Simplemente era así. Hasta el continuo aleteo en la boca de su estómago lo confirmaba. Nunca pensó que le gustaría el tipo cavernícola, pero sorprendentemente le gustaba. Mucho.

Él dominaba pero no asfixiaba. Ella era tenida en cuenta en cada una de sus acciones. Era su máxima prioridad. Por un lado, estaba aterrorizada; por otro, se sentía...preciada. Él la llevaba a un territorio inexplorado. En toda su vida adulta, nunca había experimentado nada como él.

Claro que no lo habría experimentado, ¿verdad? Él no era humano. Había hecho falta su secuestro para encontrar un amor que creía solo accesible en las novelas románticas.

¡Amor! Dios mío. ¡Estaba enamorada de él!

Se quedó quieta, apenas sintiendo la brisa alborotándole el pelo. ¿Era esa la descripción de esa sensación ligera que revoloteaba dentro de ella? La que hacía que se gustara a sí misma. Que la hacía sentir como si caminara en el aire. Que la hacía mirar hacia el futuro con ilusión.

Se le cayó el alma a los pies y la cruda realidad ahogó todas esas emociones especiales. No había futuro. Solo existían las próximas horas. Respiró profunda y largamente, luchando por contener las lágrimas.

Jo'Aquin bajó la cabeza, presionando los labios contra su oído. — Lauren. ¿Qué te pasa?

Ella negó con la cabeza. —Nada. Solo algo en el ojo. —Eso le dio la oportunidad de secarse la lágrima que había logrado escapar. Pero él se daba cuenta de todo.

—Lauren —gruñó, y su piel se erizó en respuesta. Solo ese sexy gruñido era suficiente para hacerla querer quitarse la ropa y deslizar su cuerpo sobre su piel desnuda.

En lugar de eso, apretó el dedo índice contra su boca y luego señaló hacia la ciudad, forzándose a prestar atención a la escena

que tenía delante. Apretó los dientes. Tenía que mantener su mente en lo que había venido a hacer, que era en última instancia salvar a la gente, no pensar en todas las cosas que iba a perder ahora que había entregado su corazón.

Ya había sucedido. Era doloroso, pero el dolor era algo que podía soportar. Lo había hecho durante la mayor parte de su vida.

Parpadeó, enfocándose en las calles que tenía delante. La ciudad era impresionante pero no parecía en absoluto una ciudad. Lauren no debería sorprenderse de que los árboles hubieran sido utilizados y remodelados como "edificios" naturales. Se parecía a la aldea de iglús de hojas, pero a una escala mucho mayor. Explosiones de color salpicaban desde el suelo y subían por los troncos de árboles enormes, similares en tamaño al árbol principal que se usaba para la aldea. Sin embargo, cada árbol de la ciudad era de ese tamaño o más grande, y se extendían hasta donde alcanzaba la vista, tanto a lo ancho como a lo alto.

El suelo entre los árboles había sido apisonado en un sistema de caminos de tierra dura y compacta que serpenteaban orgánicamente alrededor de las bases de los árboles masivos. Habría sido asombroso explorar cómo esta gente vivía tan armoniosamente con la naturaleza. Habían construido una ciudad completa sin talar un solo árbol. Podría parecer primitivo, despertarse para vivir así, pero por lo que veía ahora, estaba tan tecnológicamente avanzado que todo tenía la oportunidad de florecer en Florn. Todos y todo vivían en armonía.

Sin embargo, la ciudad ahora estaba completamente en silencio. Aunque la gente deambulaba por las calles aquí y allá, no hablaban. No interactuaban. Ni siquiera se miraban. Zombis vivientes. Cáscaras vacías.

Lauren ahogó un grito cuando una niña, de no más de cuatro o cinco años, caminaba por la calle con una carga de comida en los brazos. Caminaba mecánicamente, un pequeño pie delante del otro. La suciedad cubría su cara, sus brazos y piernas. Sus pies estaban negros de mugre. Su pelo estaba grasiento y lacio. Su ropa hacía poco para ocultar sus delgados miembros.

Un grupo de Reptiles salió caminando alrededor de un tronco y se detuvo justo en el camino de la niña. Ella se detuvo, como un robot, sin mirar hacia arriba, simplemente esperando. Los Reptiles se hablaron entre ellos con sus extraños clics y sonidos silbantes. Lauren se estremeció, los sonidos desagradables la llevaron a un oscuro lugar mental.

Uno de los Reptiles pinchó a la niña con el extremo de un palo corto que sacó de una funda alrededor de su cintura. La pequeña niña retrocedió un par de pasos. Lauren se tensó. La mano de Jo'Aquin se envolvió alrededor de su muñeca. Su cuerpo se tensó, el instinto de proteger a la niña era abrumador. Su brazo se apretó, deteniéndola.

Su mirada era oscura, y sacudió la cabeza. No ayudar a la pequeña niña iba en contra de sus instintos naturales, también los de él, pero tenían que permanecer ocultos. Sin importar lo que pasara. Sus manos se curvaron en puños, y sus uñas dejaron marcas en sus palmas.

El Reptil que pinchó a la niña hizo un ruido que sonaba como un sonido húmedo y burbujeante que fue unido por otros haciendo el mismo sonido. Esa debía ser su risa. Era tan repugnante como ellos. La niña permaneció inmóvil e indefensa mientras un Reptil sostenía un palo de descarga eléctrica frente a ella.

Otro Reptil bajó por la calle. El grupo se puso firme; el que sostenía el palo trató de devolverlo a su funda, pero cayó ruidosamente al suelo. El Reptil solitario debía ser algún tipo de líder. Dirigió una andanada de clics y silbidos al grupo, señalando a la niña y al palo, sin dejar duda en la mente de Lauren de que estaban haciendo algo ilegal.

El Reptil se agachó para recoger el palo y lo metió de nuevo en su funda. Ante un ladrido furioso, el grupo pasó trotando junto a la niña y descendió por la carretera. El Reptil al mando no le dio a la niña otra mirada y continuó su camino. La niña siguió caminando como si nada hubiera pasado. ¿Cuántas veces habría sido maltratado un niño en este planeta sin que nadie lo viera, sin que nadie lo supiera? Una víctima silenciosa. ¿Cuántas madres y padres habrían perdido a sus

hijos? Los habrían olvidado por culpa de los Reptiles. El pensamiento era nauseabundo.

Lauren agachó la cabeza, su cuerpo temblaba. Jo'Aquin envolvió su brazo alrededor de sus hombros y la apretó contra el calor de su cuerpo. Su aroma masculino la envolvió, reconfortándola. Su camisa estaba mojada. Se secó las mejillas, sin darse cuenta de que estaba llorando.

Lo miró. Vio la expresión tensa en su rostro. El músculo trabajaba en su sien, algo que hacía cuando estaba tenso. Ahora sabía lo que era. Sabía que quería bajar corriendo y matar a cada Reptil que viera en el acto. Quería ir y llevarse a esa niña pequeña y ponerla a salvo. Quería salvar a cada persona en este planeta, y en cada otro planeta que los Reptiles habían invadido. Quería hacer lo imposible y rescatar a su hermana pequeña salvando a todos y cada uno.

Apretó los dientes mientras un sollozo ardiente brotaba de su garganta, empujándolo de nuevo despiadadamente hacia el profundo pozo emocional del que provenía, y supo con innegable certeza que esta invasión tenía que detenerse. Considerando a esta niña y a todos los otros niños en este planeta, su muerte no era un asunto tan importante.

Hubo un golpecito en su hombro y se volvió para ver la fila de hombres desaparecer a través de los árboles hacia la ciudad. Después de una última mirada a Jo'Aquin, los siguió, agachándose a través del follaje. Como la ciudad estaba tan silenciosa, se aseguró de no hacer ningún sonido que pudiera alertar a los Reptiles de su presencia.

Se movieron en fila, deteniéndose, escondiéndose, esperando la señal de los exploradores enviados por delante. Se detuvo, su espalda pegada al enorme tronco que tenía detrás, con Jo'Aquin a su lado. Él posicionó su gran cuerpo tan cerca que ella sintió su calor corporal a través de su ropa. Estaba cerca, siempre atento, protegiéndola. Todos lo estaban. Su sangre era invaluable, después de todo.

La gente pasaba a la deriva como si no estuvieran allí. Sus ojos muertos le ponían los pelos de punta. Todos estaban mal cuidados, su ropa eran jirones de tela, apestaban y probablemente estaban

hambrientos. Al ver lo demacrados que estaban, ahora que estaba cerca y podía verlos personalmente, no sabía cómo podían mantenerse en pie con tan poco músculo en los huesos. Obviamente, los esclavos mentales no tenían derecho a bañarse o comer.

Tropezó y miró lo que la hizo caer. Algo blando y retorcido asomaba bajo un arbusto. Frunciendo el ceño, observó más de cerca. No podía entender lo que veía. Una cosa deforme, con el aspecto y la textura de un queso moteado.

Entonces, en una avalancha horripilante, lo comprendió. Se detuvo bruscamente, su respiración se entrecortó involuntariamente. Salió precipitadamente. Un sonido agudo salió de su boca, haciendo eco en la silenciosa calle.

¡Un pie! Era un pequeño pie. Las hojas del arbusto no ocultaban completamente el montón inmóvil de piel moteada y ropa desgarrada. Otro niño. Muerto. Desechado como basura.

Jo'Aquin puso su mano sobre su boca, pero era demasiado tarde. Ya había gritado. A su lado, los hombres se tensaron.

Quería decirles que lo sentía, que no había querido hacer ruido, pero era demasiado tarde. Se oyó un borboteo y varios Reptiles rodearon un árbol cercano. Un grito de uno de ellos trajo a otros. Estaban rodeados y siendo cercados por todos lados rápidamente.

—Jo'Aquin. Tú y yo llevaremos a Lauren al Centro. Todos los demás despejad nuestro camino y luchad. Solo tenemos una oportunidad, así que haced lo peor que podáis —gritó MalCom.

Una garra de acero se cerró alrededor de su muñeca y tropezó detrás de Jo'Aquin. Un Reptil emitió un repugnante sonido burbujeante y traqueteante y cargó directamente contra ellos. Jo'Aquin levantó una gruesa rama que había convertido en un garrote y la estampó contra el costado de la cabeza del Reptil sin romper el paso.

La criatura retrocedió tambaleante, sacudiendo su cabeza, aturdida. Jo'Aquin giró sobre la punta de su pie y golpeó el talón de su bota en el otro lado de su cabeza. Se desplomó en el suelo, un líquido verde escapando de sus fosas nasales. Si ella hubiera podido

hacer algo así, con gusto llevaría botas con punta de acero por el resto de su vida.

Un tirón de su brazo y salió disparada tras Jo'Aquin. Su agarre era como un torno, pero era lo único que le permitía mantener un ritmo rápido. MalCom los guiaba a través de un entramado de calles, marcando el brutal ritmo.

Por muy rápido que corrieran, los Reptiles seguían apareciendo desde todos los ángulos. Esquivaron a zombis sucios, arbustos y troncos, serpenteando a través del laberinto de árboles hasta que Lauren estuvo completamente perdida.

Siguieron a MalCom. Se detuvo en un árbol al azar. Había una abertura en el tronco liso. Se agachó en su interior. Lauren y Jo'Aquin lo siguieron rápidamente. MalCom cerró una cortina sobre la entrada. Jo'Aquin la empujó contra la pared, presionada entre su gran cuerpo por un lado y MalCom por el otro. Ella se hundió con gratitud contra la corteza lisa dentro del hueco del árbol, respirando profundamente, con el corazón palpitante.

Todos permanecieron en silencio. Ella se tensó mientras chasquidos y pisadas fuertes pasaban por su escondite.

—Han pasado —dijo MalCom.

—Gracias a Dios —susurró Lauren, cerrando los ojos e inclinando la cabeza hacia atrás sobre la madera detrás de ella. Tragó con dificultad—. Lo siento mucho. No quería hacer ese ruido. Simplemente vi... vi...

—Yo también lo vi, Lauren —dijo Jo'Aquin, con voz baja y triste—. Todos lo vimos.

—Trabajan nuestros cuerpos hasta que ya no podemos trabajar más. Los niños sufren. No pueden mantener el ritmo brutal. Mueren y son desechados como basura —dijo MalCom.

Si alguna vez Lauren necesitó otra razón para terminar con esto, ahora la tenía. Apretó el brazo de MalCom en señal de compasión. Nadie en ningún planeta debería ser tratado así. Especialmente no los niños inocentes.

—Venid, hay un túnel que lleva al Centro desde esta casa. Lo tomaremos —dijo MalCom.

¿Estaban en una casa? Lauren miró alrededor, sorprendida de ver que estaba en una sala de estar. Había sillas, una mesa baja, armarios y una alta estantería llena de filas ordenadas de libros.

Todo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo y parecía abandonado desde hacía tiempo. Otra capa de tristeza la invadió. No creía que la limpieza del hogar estuviera arriba en la lista de importancia para un esclavo mental.

MalCom enganchó sus dedos en la parte posterior de la estantería y tiró. La estantería se abrió, revelando la oscura abertura de un túnel.

—¿Cómo sabías que eso estaba ahí? —preguntó ella.

MalCom no respondió, solo echó una larga mirada a su alrededor como si lo estuviera absorbiendo todo. Una profunda tristeza se dibujaba en su rostro. Sus ojos recorrían cada centímetro del espacio como si lo conociera íntimamente. Entonces se dio cuenta. Él conocía este espacio íntimamente.

Colocó su mano en su hombro. —Esta era tu casa, ¿verdad?

MalCom apretó los labios formando una línea tensa. —Ha pasado mucho tiempo desde que estuve aquí. No pensé que volver aquí sería tan... doloroso.

Ella lo abrazó de una manera que esperaba que él encontrara reconfortante. Sabía que lo era en la Tierra. Pero no estaban en la Tierra, y él no era humano, pero era lo único que podía hacer. —Lo siento mucho, MalCom.

Él asintió y respiró profundamente antes de volver hacia el túnel. —Hoy devolvemos a todos sus vidas. Y sus hogares.

—Y a sus hijos —dijo Lauren.

—Y a sus hijos. Especialmente a sus hijos. —MalCom le dirigió una expresión llena de dolor antes de desaparecer de nuevo en el túnel.

Ella sostuvo la mano de Jo'Aquin cuando MalCom había desaparecido en el túnel. Sus largos dedos se envolvieron y entrelazaron con los suyos, apretando suavemente. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había sido reconfortada por una acción tan simple? Respiró profundamente y miró hacia su rostro claramente alienígena, pero familiar. —Y hermanos y hermanas. También los recuperamos a ellos.



Capítulo Veintiuno

Lauren solo soltó su mano cuando el túnel se volvió demasiado estrecho para que él pudiera mantener el agarre cómodamente. Su pequeña mano envolvía la suya de manera casi dolorosa, pero él jamás se lo diría. Pequeños temblores recorrían periódicamente su cuerpo. Estaba asustada. Aterrorizada. Una ira candente atravesó su alma, sabiendo que ella nunca debería sentirse así. Si no fuera por sus acciones, ella no conocería este miedo. La repugnancia hacia sí mismo le revolvió las entrañas. Si era lo último que hacía, compensaría su error.

Saber que acababa de encontrar a su verdadera compañera de vida lo desgarraba por dentro. Reconocer que ella era la única que podía ver más allá de sus errores ofensivos y aun así aceptarlo era más de lo que su cordura podía soportar. Solo el saber que se sacrificaría en su lugar mantenía esa tenue sujeción a la realidad. Cómo, no lo sabía exactamente, pero la autodeterminación siempre había guiado su camino, y ahora estaba decidido a que ella sobreviviría.

Aunque sus ojos funcionaban bien en la oscuridad, Lauren tropezaba a menudo. Si no fuera por algún tipo de fuente de luz que MalCom sostenía, estarían en completa oscuridad. La última vez que

ella había caído contra la pared del túnel, trozos de tierra se habían esparcido por el suelo. Parecía recuperarse lentamente, tomándose su tiempo para recuperar el equilibrio. Bajo el suave resplandor de la luz de MalCom, su ligera figura temblaba como si estuviera congelándose desde dentro hacia fuera. El implante la estaba dominando.

Él colocó una mano en su hombro, deteniéndola por un momento. —¿Lauren? Mírame —susurró.

Ella movió suavemente para que lo mirara por encima del hombro, frunciendo el ceño. Estaba cubierta por una fina capa de sudor; sus ojos estaban vidriosos y ligeramente desenfocados. Él contuvo la respiración bruscamente.

Ella parpadeó, y sus ojos se aclararon un poco. —¿Estás bien?

Le había oído decir eso a menudo y ahora sabía que le preguntaba si estaba sano y en control. Su corazón dio un vuelco. Ella estaba cayendo cada vez más bajo el control mental de los Reptiles, y sus pensamientos ni siquiera eran para sí misma. Ella. Estaba preocupada por. Él.

—Estás cansada. Te llevaré —dijo él.

Sus labios carnosos se curvaron en una media sonrisa. —Apenas hay espacio para caminar, y menos para llevarme. Estaré bien.

Se dio la vuelta y alcanzó a MalCom, que había esperado. La mirada de MalCom se dirigió hacia Jo'Aquin, y él no pasó por alto la comprensión en el intercambio de miradas entre ambos. Solo les quedaba un tiempo limitado antes de que la mente de Lauren se perdiera, y con ello, la esperanza de su planeta.

—Ya casi estamos allí. Tendremos que estar en silencio ahora. El final está justo a la vuelta de la esquina —dijo MalCom.

Lauren enderezó los hombros, se irguió y levantó la cabeza, luego asintió. Tenía verdadera determinación. Debía reconocérselo. No sabía de dónde venía, pero ella había vivido muchas penas en su vida. Ese tipo de cosas hace a la gente fuerte.

Él había luchado en la guerra contra los Reptiles toda su vida.

Era Comandante de su propia Nave Estelar. Había dirigido equipos en la batalla. Tenía experiencia en combate, conocía el sacrificio final que debía hacerse y lo había aceptado hace años.

Pero ¿Lauren? No solo era una humana que no tenía idea sobre Reptiles y otros planetas llenos de vida hasta hace una semana, sino que era inocente. Igual que Emile.

Había vivido su vida para servir a su marido moribundo. De hecho, había renunciado a todo por la enfermedad que finalmente acabó con su vida. Apenas comenzaba a vivir de nuevo y había tenido que hacer otro sacrificio de vida o muerte.

Sin embargo, él haría el sacrificio final por ella. Se aseguraría de que sobreviviera aunque fuera lo último que hiciera. Al menos así, no tendría que vivir con más culpa. Una voz silenciosa le pinchó a un nivel más profundo. No tendría que vivir sin otra persona a la que amaba.

A la que. Amaba.

¿Sería posible? ¿Que se había enamorado de Lauren?

Clasificó sus emociones alborotadas. El conocimiento de que pondría fin a su propia vida para salvar la de ella. Que quería que ella viviera, por supuesto, pero un deseo imperioso que deseaba que no estuvieran aquí, que ella no hubiera sido infectada y que se hubieran conocido en circunstancias normales. Que ambos vivieran. Que pudiera compartirse con ella.

Que tuvieran tiempo. Tiempo para conocerse. El anhelo de una vida para amar. No había podido nombrar la emoción que había crecido lentamente y florecido dentro de él, pero, de nuevo, nunca había estado enamorado.

Claro, amaba a su familia. A Emile. Pero Lauren era diferente. Esto era carnal, esto era emocional, esto era plenitud, esto era todo.

Ese pensamiento. Ese conocimiento. Saber que estaban en marcha hacia la muerte planeada de Lauren era simplemente algo que no iba a suceder. La resolución se solidificó hasta que no había manera de que aceptara el fracaso. Habría una forma de salvar a Lauren, e iba a luchar por encontrarla hasta su último aliento. Simplemente no sabía cómo lo iba a hacer.

* * *

MalCom les indicó que se detuvieran justo antes de un gran rectángulo plano que señalaba el final del túnel. La luz filtrada se

deslizaba por los bordes. ¡Una puerta! La respiración de Lauren se entrecortó y tartamudeó.

Su muerte esperaba detrás de esa puerta.

—Según mis informes, la mente maestra está cerca ahora. — MalCom miró entre Lauren y Jo'Aquin detrás de ella. Ella no quería mirar hacia atrás. No quería ver la mirada en el rostro de Jo'Aquin. Porque eso podría ser lo único que podría hacerla detenerse y regresar, y tenía que mantenerse fuerte. Una vida por muchas. Ese era el dicho. ¿Verdad?

Pero una cosa era conocer el refrán y otra estar en la oscuridad total antes de salir a lo indefinido, sabiendo que probablemente le quedaba menos de una hora de vida. Cada nervio hormigueaba, en alerta, mientras se obligaba a superar el poderoso instinto de vivir. MalCom tomó un respiro profundo y pesado. —Esta puerta conduce al sótano del árbol más alto y antiguo de nuestro bosque. El Árbol Eterno. Ha gobernado las vidas de muchas generaciones a lo largo de los siglos y es el centro de nuestras reglas y nuestra ley. Es sagrado. También es el centro de la ciudad.

—Y es lógico tener un dispositivo de control mental justo en el centro de la ciudad —convino Lauren.

—No sé a qué nos enfrentaremos al otro lado de esta puerta, pero de lo que sí estoy seguro es de que la mente maestra estará bien protegida —dijo MalCom.

—Haremos cualquier cosa para mantener a Lauren a salvo hasta que la encontremos —dijo Jo'Aquin.

A salvo hasta la muerte, al menos. Aguanta, Lauren. Lo estás haciendo por los niños de este planeta y por incontables otros planetas. Dios sabe que es lo mejor que harás nunca con tu vida. No es como si hubiera algo... alguien... en la Tierra esperándote.

Ese fue un pensamiento reconfortante.

Tocó la puerta, y su cuerpo y mente hormiguearon. Cuanto más se acercaban a esta mente maestra, más se sentía... simplemente no bien. Si hubiera un término que significara mitad dentro y mitad fuera de tu cuerpo, eso sería lo que ella era. Estaba mareada, como si hubiera bebido demasiado alcohol, pero al borde de quedarse dormida. Si lo hacía, sin embargo, no estaba segura de volver a

despertar. Sacudió la cabeza, tratando de concentrarse más y detener la sensación de deslizarse hacia la nada.

Jo'Aquin presionó sus manos sobre sus hombros. El calor se deslizó en su cuerpo al recordar cómo podía tocarla. Una lástima que no fuera a hacer el amor con él nunca más. Una vez definitivamente no era suficiente.

Una vida haciendo el amor con Jo'Aquin. Eso sí que sería algo para esperar compartir cada día. La pérdida se deslizó como un fragmento de hielo atravesando su pecho.

—Pasaré primero y me aseguraré de que esté despejado. Llamaré cuando sea seguro salir —dijo Jo'Aquin.

Su gran cuerpo se deslizó junto al de ella. Ella extendió la mano, tirando de su brazo. —Ten cuidado.

Él colocó un nudillo bajo su barbilla y se inclinó para rozar sus labios con los suyos. Ella entrecerró los ojos mientras su boca atrapaba la suya. —He entrenado para esto toda mi vida, Lauren.

Abrió la puerta una rendija. La luz iluminó su rostro antes de que se deslizara rápidamente a través de ella. Se movía tan silenciosamente a pesar de ser una montaña de hombre tan masiva. Cómo deseaba que las cosas fueran tan diferentes.

MalCom se enfrentó a ella, y sintió algo duro y frío presionado en su mano. Miró hacia abajo para ver una daga corta, pero muy afilada en su palma. —Te la doy para que la uses para... —la voz de MalCom se desvaneció—. No creo que Jo'Aquin pueda ayudarte una vez que estemos allí.

Se le atoró la garganta. Ella sabía lo que él quería decir y asintió una vez en reconocimiento. —Comprendo.

—Lauren, yo...

Levantó la mirada para ver la cara torcida de MalCom. Ella tomó su mano entre las suyas, aferrando la daga entre sus palmas. —No tienes que explicar.

—Por favor, comprende que lamento mucho que esto tenga que hacerse. Si hubiera alguna otra manera... —Había verdadero dolor en su voz—. Te ayudaré a hacer esto. Incluso si significa que me vea obligado a... disuadir... a Jo'Aquin.

—Ah. —Sí. Ella tenía el mismo presentimiento sobre Jo'Aquin. Honorable era su segundo nombre. Debía estar tramando algún tipo de plan descabellado. Estaba en su naturaleza, pero eso solo significaría fracaso. MalCom la miraba como si estuviera esperando una respuesta y ella reunió sus pensamientos. Una afirmación así realmente necesitaba un reconocimiento—. Me alegra que me ayudes... de esa manera.

—Gracias, Lauren de la Tierra.

Ella respiró profundamente. —Prométeme una cosa. Si esto funciona... por favor, ¿harás lo mismo por la gente de mi planeta? ¿Destruir la mente maestra, o como sea que esclavicen mentalmente a la gente en la Tierra, si son invadidos?

Su boca se tensó mientras la miraba directamente a los ojos. —Haré todo lo que sea necesario para que tu planeta no sufra como ha sufrido el mío.

Eso era todo lo que podía pedir. Que su sacrificio fuera más allá y ayudara a salvar a su propia especie. Dicho esto, aún saltó cuando la puerta se abrió deslizándose, y Jo'Aquin se asomó. —He despejado el corredor. Vamos, pero tenemos que darnos prisa. —Le tendió la mano a Lauren.

Lauren deslizó la daga en la cintura de sus pantalones de hojas. Tomando un respiro para calmarse, agarró la mano de Jo'Aquin y le dejó guiarla a través de la puerta abierta hacia la luz del corredor y, más allá, a su muerte inminente.



Capítulo Veintidós

Lauren miró más allá del enorme hombro de Jo'Aquin hacia el corredor que se extendía tras él. —¿Seguimos bajo tierra?

MalCom pasó a su lado. —Por supuesto. Desarrollamos una red de conexiones bajo el bosque.

Tenía sentido. Se había preguntado cómo conseguían tener una ciudad alrededor de los árboles, pero ahora lo sabía. Qué gran compromiso. De esa manera tanto las personas como el bosque prosperaban. Observó las paredes de tierra, pero a diferencia del túnel secreto del que habían salido, estas paredes eran lisas y carecían de las puntas de raíces que habían intentado alcanzarla en el túnel.

El corredor estaba bien iluminado con algún tipo de sistema de iluminación que recorría el centro del techo en una franja continua, las paredes lisas y secas, como ladrillos de barro fundidos entre sí. El aire era limpio y fresco, a diferencia del olor a humedad y desuso del túnel.

—Normalmente, estos pasadizos están llenos de mi gente. Bulliciosos. Ocupados. Personas atendiendo sus asuntos. Pero ahora... —MalCom dejó la frase sin terminar.

Ahora los esclavizados mentalmente no tenían uso para ellos. MalCom cerró la puerta. El otro lado de la puerta se cerró casi a la perfección en la pared, los bordes se mezclaron perfectamente con la textura de las paredes. Si no la estuvieras buscando, la pasarías por alto. —Eso es ingenioso.

Antes de que pudieran dar otro paso, un grito detrás de ellos sobresaltó a Lauren. El horror paralizó sus extremidades cuando varios Reptiles aparecieron por la curva del corredor. Jo'Aquin se lanzó contra ellos, silencioso y letal.

Agarró el arma del que estaba más cerca y se la estampó en la cara. Un líquido verdoso salpicó las paredes. Antes de que ese Reptil se desplomara en el suelo, Jo'Aquin retorció el cuello de otro y golpeó con la cabeza al tercero.

MalCom acuchilló, su cuchillo plateado brillando en la luz. Sangre verde salpicó la cara de Lauren. Un calor abrasador le quemó la piel donde la sangre había caído. Una gran parte le cayó sobre la boca. Se pasó la manga por encima, tratando de no vomitar. Una y otra vez, se limpió, obligando a su revuelto estómago a quedarse donde estaba. Su visión se oscureció, su cuerpo se entumecía.

Se hundió contra la pared, sus piernas se adormecieron y perdieron la capacidad de mantenerla erguida. Luchando contra la debilidad incapacitante, extendió las manos contra la pared, usando solo la fuerza de voluntad para mantenerse en pie. Lo que le estaba pasando se hacía cada vez más fuerte, más difícil de rechazar. Madre le había dicho que ocurriría. Se les estaba acabando el tiempo, pero por favor, por favor, solo necesitaba un poco más.

Observó cómo Jo'Aquin destrozaba a otro Reptil. Había sangre roja en su brazo a través de un desgarró en su manga. La sangre goteaba por debajo del material, manchándolo alrededor de los bordes. Su sangre. Los cuerpos estaban esparcidos a sus pies, pero él había resultado herido. Justo cuando pensó que la lucha había terminado, otro grupo de Reptiles apareció por la curva. Esta vez, demasiados para que luchara solo. Junto a Jo'Aquin, MalCom luchaba lo mejor que podía, pero era más pequeño, más delgado y carecía de la fuerza de Jo'Aquin.

Necesitaba ayuda, pero no había manera de que ella tuviera la fuerza para enfrentarse a ninguno de ellos como Jo'Aquin. Necesitaba un arma. Mirando la forma inerte de uno de los alienígenas, vio su arma sostenida en manos verdes y flácidas. Exactamente lo que necesitaba.

Lauren ignoró sus extremidades temblorosas y obligó a sus rodillas a doblarse. Se hundió en el suelo, algo por lo que sus músculos estaban más que agradecidos. Sacudió la cabeza, alejando el entumecimiento de su cuerpo, fuera de su cabeza, y lentamente se puso a cuatro patas.

Un gruñido y otro cuerpo escamoso golpeó el suelo junto a ella. Su cabeza giró, los ojos negros y brillantes la miraron fijamente. MalCom hundió su cuchillo en su garganta y luego saltó de nuevo a la pelea.

Chilló y se estrelló contra la pared, jadeando con fuerza. Reprimió un escalofrío y torpemente alcanzó el cuerpo, enganchando su pistola entre el pulgar y el índice. Tiró de ella, pero se mantuvo casi donde estaba, agarrada en una jaula de dedos con garras. Dedos que actualmente estaban entrelazados alrededor del gatillo.

Tiró de nuevo, pero el arma estaba firmemente sujeta en sus garras. Un gruñido de Jo'Aquin hizo que levantara la vista hacia él. Lanzó un puñetazo directo a las mandíbulas de un Reptil. Este respondió, y Jo'Aquin se tambaleó. Había más sangre en su camisa, y claramente se estaba cansando.

Estaba luchando como un dios, y todo lo que ella tenía que hacer era conseguir un arma de un lagarto sin vida. Podía hacerlo. Podía. Tenía que hacerlo.

Solo necesitaba agarrarlo mejor, pero para eso tenía que acercarse más al Reptil. Tomando aire, se arrastró sobre rodillas inestables. Cada vez era más difícil luchar contra la niebla que lentamente se arrastraba por su cuerpo. Apoyó una mano en su pierna, la ropa resbalando sobre las escamas debajo, luchando contra las ganas de vomitar. Agarró el extremo de la pistola. Una garra estaba curvada justo alrededor del gatillo. Apretó los dientes y, estremeciéndose, deslizó un dedo por debajo de la garra y la desenganchó.

Agarró la pistola y se echó hacia atrás sobre su trasero, chocando contra la pared, con el arma sujeta en sus manos temblorosas. La sostuvo contra su pecho, jadeando, luchando contra los escalofríos internos helados. Siseos, chasquidos y gruñidos llenos de dolor llenaron sus oídos, y su atención volvió a la feroz batalla a su alrededor. Tenía el arma, ahora tenía que usarla. Giró el arma en sus manos. ¿Cómo demonios la usaba?

No tenía ni idea. Una figura se alzó sobre ella. Un Reptil había logrado pasar a Jo'Aquin y MalCom. Su uniforme rasgado estaba manchado con una mezcla de sangre roja y verde. Jadeando, apuntó el extremo de la pistola hacia él.

Se quedó quieto, mirándola con cautela. Presionó el gatillo, pero no pasó nada. Ni siquiera un clic. El Reptil parpadeó lentamente, los párpados blancos opacos cerrándose desde los extremos de sus ojos, encontrándose en el medio.

Se estremeció cuando otra ola de repugnancia la invadió. Sus labios se apartaron de los largos y afilados colmillos, y si pudiera tener una expresión en esa cara exoesquelética, estaba segura de que se estaba burlando de ella.

Extendió la mano hacia ella. Le pinchó con el extremo de la pistola. Se echó hacia atrás y luego se dio cuenta de que el sonido que hacía era similar a una risa. ¡Se estaba riendo de ella!

—¿Te ríes de mí? ¡Cabron! —gritó. Presionó el gatillo de nuevo. Nada. El Reptil se rio más fuerte. Presionó todos los pequeños botones de la pistola que pudo ver. Una ráfaga azul salió del extremo de la pistola, directo al pecho de la criatura.

Salió volando y se estrelló contra la pared. Su cara aún mantenía su expresión burlona, excepto que ahora le faltaba la mitad del torso. Aturdida, casi perdió la pistola en dedos insensibles, pero logró mantenerla antes de que cayera al suelo.

Agitó la pistola hacia más Reptiles pero no pudo conseguir un tiro claro desde este ángulo en el suelo por miedo a golpear a Jo'Aquin o MalCom. Apretando los dientes, lentamente apoyó la espalda contra la pared. Luchando contra sus débiles extremidades, se esforzó por ponerse en una posición semi-erguida.

Sus piernas temblaban bajo ella, y alejó la seductora atracción de un sueño que prometía el escape que anhelaba. Pero eso no iba a suceder. Todavía no. Luchando por mantener el arma, el equilibrio y la conciencia, apuntó a los lagartos cada vez más borrosos.

Inclinó el arma, tan pesada en sus manos, presionando todos los botones de nuevo. Una ráfaga láser azul salió de la punta. La pared explotó, trozos volaron en todas direcciones, golpeando la pared, los lagartos, a ella.

Gritos. Siseos. Se inclinó hacia un lado, apoyada contra la pared, luchando por mantener los ojos abiertos. —Joe, MalCom —solo pudo croar.

Unas manos se envolvieron alrededor de sus brazos. Gritó, echándose hacia atrás. Las manos la sacudieron, su cabeza agitándose. Alguien intentó quitarle la pistola de las manos, pero ella se aferró a ella.

—¡Lauren! ¡Soy yo! —Se desplomó contra su enorme pecho cuando reconoció la voz de Jo'Aquin.

—¡Tenemos que salir de aquí!

Su voz era distante, como si viniera del otro extremo de un túnel. Quería responder, pero su lengua era demasiado grande para su boca. Logró emitir un sonido entrecortado. El sueño tiraba de ella, y interiormente se dirigió hacia esa seductora atracción. Tan fácil deslizarse en su hermoso calor.

Su cabeza se sacudió, haciendo chocar sus dientes. Una arruga le arrugó la frente. La ira alejó parte del letargo. Solo quería dormir. ¿Por qué no podían dejarla en paz? ¿Quién la mantenía despierta? Entreabrió los ojos. Un furioso azul neón brillaba sobre ella.

Se le cortó la respiración. ¡Jo'Aquin! Pero no estaba enfadado. No, no enfadado. Preocupado. Por ella. Si sus situaciones estuvieran invertidas, ella estaría preocupada por él. Estaba enamorada de él.

Usando su fuerza restante, levantó el brazo y trazó su mandíbula con la punta de su dedo. Quería decirle cuánto lo amaba, pero eso requeriría demasiado esfuerzo, y estaba demasiado cansada.

Dios, se sentiría tan bien dejar que el flujo de cálida oscuridad se la llevara. Pero había algo que tenía que hacer. Algo importante.

Su cerebro lento se puso en marcha y con ello llegó la comprensión de que no podía caer en esas deliciosas profundidades de la nada todavía. Apretando los dientes, alejó el atractivo del sueño, aunque el cansancio tiraba de cada célula de su cuerpo. — No. Voy. A ninguna. Parte —logró decir.

Los labios de Jo'Aquin se tensaron. Cómo deseaba sentir esa boca sobre sus labios. Por todo su cuerpo. Gimió mientras el deseo corría a través de ella. Por muerta de cansancio que estuviera, le sorprendió que tal necesidad siguiera muy viva.

—Lauren —su voz era un gemido de dolor emocional que dejó su corazón en carne viva. Jo'Aquin la aplastó contra él. Poco podía hacer para detenerlo, pero no había un solo hueso en su cuerpo que quisiera algo más. Le dio un suave beso en la sien antes de levantarla en sus brazos.

El corredor pasó borroso mientras Jo'Aquin corría con ella en brazos. Aunque le gustaba estar donde estaba, la fuerza empezaba a volver lentamente a sus extremidades. —Para. Bájame —dijo.

Sus brazos se tensaron a su alrededor. —No puedes correr.

Parpadeó, su mente aclarándose con cada latido del corazón. Rodeó su cuello con los brazos, aferrándose a él. Miró sus fuertes facciones, absorbiendo el ángulo marcado de sus mejillas, la mandíbula afilada, el gesto severo de su sexy boca. Si esta era su última visión de su vida, estaba feliz. —Estoy mejor ahora. Más fuerte. Seremos más rápidos si no tienes que cargarme.

Él la miró hacia abajo, con aire perplejo. —No pesas para mí, Lauren.

—Son los Reptiles. Hacen algo a mi cuerpo. Ahora que no hay ninguno alrededor, me siento mucho mejor. Puedo caminar —su rostro se arrugó con la comprensión. Se sentía mejor con cada paso que daban alejándose de esas terribles criaturas.

Jo'Aquin se detuvo el tiempo suficiente para ponerla de pie. — ¿Estás segura?

Asintió rápidamente. Prefería ir a su muerte sobre sus propios pies, en sus propios términos. —Si esquivamos a esos bastardos viscosos, estaré bien.

Un amago de sonrisa tocó su boca por un momento. —Bastardos viscosos. Es un buen nombre para ellos.

—Bueno, no son tan viscosos, más bien escamosos que otra cosa, pero son bastardos —el tipo de bastardos que quería erradicar del universo conocido. Quizás su sacrificio podría hacer precisamente eso. Le agarró la mano, contenta de haber visto aunque fuera una pequeña sonrisa en su rostro. Ese era un buen recuerdo para tener.

—Mejor encontramos pronto a esta mente maestra. Supongo que vendrán más Reptiles y no estoy segura de cuánto aguantaré si se acercan demasiado otra vez. Eso fue... difícil. El sueño. El letargo. Es irresistible, Joe. Casi... no lo consigo —un profundo escalofrío recorrió su cuerpo.

Su rostro se transformó en líneas duras cuando tomó su mano y presionó sus nudillos contra su boca. No dijo nada. No tenía que hacerlo. Ese gesto era mucho más fuerte de lo que las palabras podrían ser jamás. Ella tampoco tenía palabras para expresar lo que sentía. Se quedaron así, con sus nudillos presionados contra sus labios, ella presionada contra su cuerpo, extrayendo fuerza y consuelo.

Hubo un repiqueteo de pisadas, siseos y chasquidos. Lauren se tensó, con el corazón acelerado. ¡Venían más Reptiles! Una figura apareció por una esquina. No un Reptil, sin embargo. Una persona con ojos muertos. Los Reptiles estaban usando a la gente de MalCom como garantía. Despreciable. Gruñendo, Jo'Aquin disparó el bláster que ella había robado. Un trozo explotó de la pared. El hombre cayó al suelo, aturdido pero no muerto.

—Vamos. Debemos darnos prisa —gritó MalCom.

Jo'Aquin agarró su mano, sus pies volaban sobre el suelo tratando de mantener el ritmo de su velocidad mucho mayor. Ignoró el indescriptible impulso de acurrucarse en una bola. Sus pulmones a punto de estallar. Sus músculos tensos. El terror absoluto de que más Reptiles y atrapados mentales intentaran detenerlos. Esperando la quemadura penetrante de un bláster en medio de su espalda.

Se concentró en poner un pie delante del otro, luchando contra la sensación de aturdimiento que seductoramente llamaba a cada célula de su cuerpo. Oh, deseaba esa oscuridad con tanta fuerza.

Era la mente maestra. De eso no tenía ninguna duda. Necesitaba lo que le ofrecía. Más. Lo anhelaba. Pero si cedía a su llamada seductora, sabía que nunca volvería.



Capítulo Veintitrés

Salieron disparados por el pasillo, arrastrando a una Lauren de pies pesados. MalCom lanzó una mirada furtiva por encima de su hombro, maldijo y disparó su phaser mientras corría. Se produjo una explosión cuando el disparo impactó en la pared y trozos de roca dura llovieron sobre ellos.

—Más —jadeó MalCom.

Empuñó el phaser Reptiliano que Lauren había intentado usar. Era increíble que no se hubiera volado la mano. Por mucho que estuviera enfadado con ella por disparar semejante arma, les había permitido escapar.

—Debemos encontrar refugio —gritó Jo'Aquin.

Lauren no aguantaría mucho más corriendo así. Tenía la cara blanca y el sudor le corría libremente por los lados. Estaba librando una batalla interna además de enfrentarse al ejército Reptiliano que los perseguía. Los pasillos se extendían como una madriguera, uno desembocaba en otro.

Se lanzaron por otro recodo, con pesadas pisadas detrás de ellos. Un disparo chamuscó la pared cerca de su cabeza, y palideció sin perder el ritmo. No podían permitírselo.

—Por aquí —MalCom se deslizó hasta una puerta de madera pulida que ocupaba la pared de suelo a techo. MalCom golpeó con la palma un panel junto a la puerta. Se abrió una rendija y Jo'Aquin empujó a Lauren a través de ella. Un bláster disparó detrás de él, destrozando la pared junto a su cabeza. Astillas de roca le cortaron las mejillas mientras se giraba para disparar hacia atrás. MalCom se deslizó tras ellos, golpeó un panel interior y la puerta, bendita sea, se cerró.

Presionó a Lauren contra la pared. A salvo. Estaba a salvo.

Cubrió el cuerpo de ella con el suyo, levantó el arma y disparó al panel convirtiéndolo en un agujero carbonizado. Del otro lado de la puerta se oyeron siseos y golpes, que se volvieron más frenéticos cuando los Reptilianos descubrieron que la puerta no solo estaba cerrada, sino que no podía abrirse con el panel de mando dañado.

Un dolor ardiente le quemó el brazo. Dio media vuelta, empuñando el arma como si fuera una extensión de sí mismo y disparó, actuando por instinto más rápido que su cerebro. Un Reptiliano retrocedió tambaleándose y cayó al suelo, con una herida abierta y vercosa donde antes estaba su pecho. Mierda. No había considerado que hubiera alguien dentro de esta habitación.

MalCom lanzó una daga a otro Reptiliano. El cuchillo se clavó en su cerebro. La criatura estaba muerta antes de tocar el suelo.

Jo'Aquin examinó el entorno. La habitación estaba sumida en sombras. Un resplandor verde malévolo provenía de un gran cilindro en el centro de la sala. Varios cables se enredaban en la parte superior del cilindro, conectados a un gran disco plateado de luces parpadeantes colocado encima.

Había movimiento dentro, pero primero tenía que asegurar la habitación antes de poder estudiar lo que le ponía la piel de gallina desde el cilindro. Indicó con un gesto a MalCom que rodeara el cilindro por un lado, mientras él iría por el otro. MalCom asintió y avanzó lentamente sin hacer ruido.

La habitación estaba inquietantemente silenciosa, a excepción de un suave zumbido proveniente del disco metálico y los golpes tras la puerta cerrada. Jo'Aquin no podía quitarse la sensación de unos ojos observando cada movimiento que hacía, como si las propias paredes tuvieran conciencia.

Giró lentamente, posando su mirada en cada rincón de la habitación antes de que MalCom lo saludara al encontrarse al otro lado del cilindro. La atención de Jo'Aquin se desvió hacia una pantalla plana. ¡Un comunicador! Podría contactar con su Nave Estelar. ¡Striker vendría! ¡Lauren sería salvada!

—¿Nada?

MalCom negó con la cabeza y se relajó, bajando su arma. — Estamos solos aquí.

La sensación de ser observado seguía erizándole la piel, pero no parecía haber una amenaza inmediata. Dejó a un lado la inquietante sensación. La mirada de MalCom recorrió el cilindro, su boca se abrió con asombro. —No puedo creerlo. ¡Esta es la mente maestra!

Jo'Aquin desvió su atención del panel de comunicación. El líquido verde dentro del cilindro estaba tranquilo e inmóvil. Justo como un claro día de primavera en Hexion, el verde brillante de las nuevas hojas desplegándose de las ramas marrones para capturar la luz del sol después de un invierno gélido. El verde se iluminó, creciendo hasta envolver su visión. Tan cálido. Tan acogedor. Podría simplemente acurrucarse y dormir bajo el cálido sol, como cuando era niño.

Un fuerte golpe resonó por toda la cámara. Jo'Aquin sacudió la cabeza, como si se quitara de encima el comienzo de un sueño profundo. Respiró hondo, y la niebla en su mente se disipó.

A su lado, MalCom miraba fijamente el cilindro, con expresión ausente, hombros caídos y el cuchillo en el suelo a sus pies.

Lo sacudió por el hombro. La vida volvió a su cuerpo con una larga y profunda respiración. ¿Cuánto tiempo había estado así? ¿Habían estado así?

—No mires al verde. Te atrae —dijo Jo'Aquin.

El horror iluminó el rostro de MalCom al darse cuenta de que había estado en el mismo estado hipnótico. No era de extrañar que no necesitaran más de dos guardias. No necesitaban ninguno. La mente maestra era fuerte.

—Lauren. —Un peso de plomo golpeó el fondo de su estómago y ardió, revolviéndose. Corrió por el exterior del cilindro para ver a

Lauren agachada en el suelo, con la cabeza cayendo sobre sus rodillas dobladas.

Se deslizó sobre sus rodillas junto a ella, rodeando sus hombros con los brazos e inclinando cuidadosamente su cabeza hacia atrás. Sus ojos estaban muy abiertos y salvajes, su boca entreabierta, la piel pálida. Jadeaba como si hubiera corrido una maratón. —¡Lauren! —Su voz no fue más que un simple graznido.

Le dio palmaditas en la mejilla. ¿Cuánto tiempo había estado así mientras él estaba atrapado en ese sueño? Sus ojos encontraron los suyos, su visión se aclaró, y él casi se derrumbó de alivio. Su boca se curvó en una débil sonrisa, y suspiró, como si solo hubiera esperado hasta que él llegara.

MalCom puso una mano en su hombro. —Tenemos que darnos prisa. Ha luchado todo lo que ha podido. Ya no queda tiempo.

Jo'Aquin la rodeó con sus brazos. No podía hacerlo. No iba a dejar que descartara su vida así. ¡Tenía que haber una manera! ¡Siempre hay otra manera! Era una mujer. Las mujeres debían ser protegidas a toda costa. Igual que su hermana, solo que él no la había protegido. Había fallado. No iba a fallar otra vez. —Hay un comunicador. Llamaré a mi Nave Estelar. Encontraremos otra forma de salvar a Lauren.

Los golpes en la puerta se hicieron más fuertes, más persistentes. Hubo un chirrido de metal y la puerta se combó.

—¡No hay tiempo! —MalCom sonaba tan desesperado como él se sentía—. Necesitamos que ella haga esto. Este planeta la necesita para hacer esto. Por favor.

Lauren se estremeció. Parpadeó lentamente, como si sus párpados pesaran. Agarró sus brazos, usándolos como palanca para apartarse de la pared. —Ayúdame, Joe. Necesito... hacer... esto.

Negó con la cabeza. No podía hacerlo. No iba a dejar que sacrificara su vida. Ella era demasiado preciosa. Sagrada.

Suya.

Lauren luchó por ponerse de pie, sus movimientos pesados. —Van a... entrar. Ayúdame, Joe, o será demasiado tarde —susurró.

La agarró por los hombros. —Aguanta hasta que llegue Striker. Eso es todo lo que tienes que hacer, Lauren. Aguanta una respiración

tras otra.

—No funcionará. Madre dijo... necesita mi sangre. Única manera —dijo Lauren.

—No puede ser. Siempre hay otra manera. Acabo de encontrarte. No voy a dejar que eso se vaya. Que tú te vayas. —Un frío entumecimiento se extendió desde el centro de su estómago, y un zumbido agudo comenzó dentro de sus oídos. No podía perderla. A Lauren no. Ahora no.

Era un Comandante. Era responsable de cientos de vidas. Había visto la muerte. Había enviado a otros a sus muertes, pero todo eso se deshacía con Lauren en sus brazos. No podía hacerlo. Que los dioses ampararan su alma, simplemente no podía enviar a Lauren a su muerte.

Una leve sonrisa le elevó la comisura de los labios. —Yo también te quiero... la próxima vida. Encuéntrame en... la próxima vida.

—No. —La atrajo hacia sí, aplastando sus labios contra los de ella, deslizando su lengua entre ellos, adentrándose en su boca, saboreándola, respirándola. No era suficiente. Nunca sería suficiente.

Otro golpe. La puerta se abolló más hacia adentro. A regañadientes rompió el beso. Sus labios carnosos brillaban, los ojos ligeramente aturdidos. —Moriré... feliz ahora.

Sus dedos se apretaron ligeramente. —No morirás. No si yo puedo evitarlo.

Con cuidado, apoyó a Lauren contra la pared. Sus brazos cayeron a los costados, su pecho se elevó mientras luchaba incluso por respirar. Jo'Aquin corrió al comunicador. Solo esperaba poder contactar con Striker. Que cualquier conexión que pudiera encontrar llegara hasta la nave. Striker vendría rápidamente, lo sabía. Solo esperaba que Lauren pudiera mantenerse consciente hasta entonces.

El panel de comunicación le resultaba algo familiar, y pronto había enviado un código de emergencia a través de una frecuencia segura. Una cosa había estado de su lado. Otro golpe y la puerta junto a Lauren se sacudió. Hubo un destello de luz exterior desde una grieta en la junta.

Lauren había conseguido ponerse de pie de alguna manera. Era fuerte. Demasiado fuerte para su propio bien. Pasaría el resto de su vida mostrándole que no tenía que ser así. Que sería querida. Mimada. Merecedora de todo lo que él pudiera darle. Sus extremidades temblaban, con las manos extendidas a su lado mientras usaba la pared para mantenerse en pie.

—Lauren. Para. La ayuda vendrá pronto. —Se acercó a ella, con los brazos extendidos hacia ella para sostenerla. Sus ojos se agrandaron, el shock y luego algo más —angustia— se registró en su rostro.

—Lo siento mucho, Joe.

Un peso pesado le golpeó la parte posterior de la cabeza. La oscuridad bordeó su visión. Sus rodillas cedieron, y el suelo se precipitó hacia él. El horror lo invadió cuando se dio cuenta de que Lauren y MalCom habían trabajado juntos. Esto no era lo que debía suceder. Lauren debía estar a salvo. ¡Él debería dar su vida por ella! Él debería morir. No ella.

Alcanzó su mano. —Lauren. No. —Ni siquiera sabía si había pronunciado su nombre. Luchó contra la oscuridad, vio lágrimas trazando caminos por las mejillas de Lauren mientras ella se estiraba hacia él antes de que una densa niebla descendiera y él se perdiera.



Capítulo Veinticuatro

— Ayúdame a llegar hasta él, MalCom.

MalCom colocó un hombro bajo su brazo y la ayudó a acercarse al cuerpo inerte de Jo'Aquin tendido en el suelo. Ella se desplomó en el suelo junto a él y apartó los sedosos mechones de pelo negro de su frente.

Tenía los ojos cerrados. Sombras en forma de media luna caían sobre sus mejillas sin afeitar. Sus rasgos estaban relajados, como si solo estuviera durmiendo. Cómo deseaba que así fuera. —¿No le has hecho demasiado daño?

MalCom negó con la cabeza. —Solo lo suficiente para mantenerlo inconsciente unos minutos.

Unos minutos. Era todo lo que necesitaba. Unos minutos y él despertaría para encontrarla muerta. Asintió e inclinó la cabeza para darle un beso en la frente, en la mejilla y otro en los labios. Él no respondió, y su corazón se desgarró.

Inhaló su aroma. Pino, canela y pura masculinidad. Cerró los ojos, saboreando la esencia que era únicamente suya. Apoyó su frente contra la de él por un momento antes de apartarse.

Los constantes golpes en la puerta retumbaban por toda la habitación. —Vale, Mal. Hagámoslo.

La mano de MalCom se cerró alrededor de la suya. Con un hombro bajo su brazo, la ayudó a ponerse de pie. Intentó caminar, pero sus rodillas cedieron. Una ola de seductora oscuridad la envolvió. Era tan tentador rendirse.

Algo se movió en el lodo verde del cilindro, agitándose como un pez en el líquido. Un trozo de carne gris se deslizó contra el cristal antes de desaparecer de nuevo en el verdor. La bilis subió por su garganta. —¿Has visto eso? —preguntó.

MalCom gruñó. —La mente maestra.

—Está... viva —jadeó.

—Viva y muerta. Los Reptiles han sido capaces de combinar material biológico con inteligencia artificial, desarrollada específicamente para mantener a la gente de Florn esclavizada mentalmente —dijo MalCom.

—¿Como un gran... cerebro cibernético?

—No sé qué es eso de "cibernético", pero es una mezcla de materiales orgánicos y manufacturados —dijo MalCom.

Lauren tropezó, apoyándose pesadamente en MalCom. Sus extremidades se estaban quedando rápidamente entumecidas mientras el letargo tiraba de su mente y cuerpo. —Si no lo hago pronto, será demasiado tarde.

Habló en un suspiro, con voz débil. Echó la cabeza hacia atrás, con la mirada vagando hacia el caos de luces parpadeantes y cables sobre la parte superior del tanque. La parte superior del cilindro se alzaba muy por encima de su cabeza, demasiado alto para que pudiera hacer lo que necesitaba. —¿Cómo vamos a subir ahí arriba?

—Hay escalones en la parte trasera. Por aquí —dijo MalCom.

Prácticamente la llevó en brazos alrededor del cilindro hasta donde, fiel a su palabra, unos escalones salían del lateral del cilindro y subían hacia arriba. Su respiración era trabajosa mientras se concentraba intensamente para mantener la oscuridad a raya. Esta acechaba en los bordes de su visión, esperando un momento de debilidad, si su voluntad flaqueaba.

Entre los dos, de alguna manera lograron llegar a la parte superior del tanque. El lodo verde se agitó. La carne gris apareció bajo el líquido, asomando por la superficie por un momento, con cables

negros incrustados en la masa laberíntica. Las luces sobre los cables se encendieron en un resplandor de chispas, como si supiera exactamente lo que estaba a punto de hacer.

Una ola de oscuridad cayó sobre ella. Se dobló, con los dedos agarrando el borde del tanque. Estaba a punto de sucumbir a su dulce atracción. —Dios. MalCom. Tienes que ayudarme. —Su lengua estaba espesa en la boca, su respiración trabajosa, su visión manchada.

—Lo siento, Lauren. No puedo hacerlo por ti. Tiene que venir de una mente nacida del libre albedrío.

Su voz sonaba al final de un túnel. Apenas era consciente de algo presionado en su mano. Su mente luchó por un momento antes de darse cuenta de que era la empuñadura de la daga.

Él movió sus brazos para que la hoja estuviera suspendida sobre su muñeca. Este era el momento. El punto crítico. Sollozó mientras usaba lo último de su energía, cortando profundamente su muñeca, su último deseo era salvar a la gente de Florn y, con ello, salvar a la gente de la Tierra. Apenas registró el dolor. Pasó la hoja por su vena, cortando una y otra vez. Cambió de mano, serrando a través de su otra muñeca.

La sangre, rojo intenso, manaba de sus heridas abiertas y caía en el hipnótico verde. Cuando la gota de sangre alimentó el líquido, el negro explotó como la descomposición, extendiéndose más y más, más profundamente en el líquido. Hipnotizada, Lauren observó cómo los colores se mezclaban. Rojo. Verde. Negro.

¿Cuánto tiempo tardaría el corazón en bombear toda la sangre del cuerpo? ¿Un minuto? ¿Dos? Su corazón latía como un pistón. La adrenalina alimentaba un desesperado intento de supervivencia.

El cerebro de carne gris golpeó el lateral del tanque con un ruido sordo. La estructura se estremecía con cada golpe mientras el cerebro corría de un lado a otro en un desesperado y fútil intento de escape. Su cabeza daba vueltas, mareada. Se hundió contra el borde, inestable sobre sus pies. MalCom la apoyó contra el lateral, ayudándola a mantener sus muñecas sobre el líquido. Él susurraba palabras demasiado bajas para que ella las oyera, pero calmaron parte de su miedo.

Los golpes del cilindro se combinaban con los portazos detrás de la puerta. El metal chirrió. El líquido salpicaba sus manos, derramándose al suelo en oleadas. El tanque se estremecía. Un chillido electrónico y agudo comenzó a sonar, zumbando a lo largo de los cables. La estructura sobre el tanque tembló. Los cables se desprendieron. Lo último del verde se transformó en un negro intenso. El cerebro se ralentizó, el movimiento se volvió lento hasta que dejó de moverse por completo. Su sangre manaba de las muñecas cortadas. Necesitaba toda su sangre.

Se preguntó si Mike se habría sentido así la noche que murió. ¿Habría sabido que la muerte estaba sentada a sus pies, observando y esperando el momento adecuado para llevarse su alma? ¿Habría tenido miedo? ¿Habría sido consciente de lo que estaba sucediendo? ¿Habría sido suficiente su amor para hacer más fácil el tránsito?

Se obligó a mantener los párpados abiertos mientras se concentraba en la forma inmóvil de Jo'Aquin.

Decían que en los últimos momentos tu vida pasaba ante tus ojos. Pero eso no era cierto. No le preocupaba su trabajo, ni las cosas que había comprado, ni los servicios religiosos a los que había asistido, ni siquiera las buenas acciones que había realizado.

Nada de eso importaba. Sabía cuál era la cosa más importante. Lo último en su mente. Lo que siempre estaría en su mente.

Era el amor.

Cuánto había dado de él en su vida. Cuánto había recibido. Amor de sus padres, sus amigos, novios, su marido. Pero fue el amor más fuerte que jamás había experimentado lo que alejó el miedo a la muerte. El amor más fuerte que había sentido. Dado. Recibido.

Su mirada permaneció clavada en Jo'Aquin. El objeto del amor más precioso, valorado y fuerte de su vida. De su vida.

Se alegraba de haber experimentado un amor así, aunque solo hubiera sido por unos días. Solo podía esperar que su sacrificio permitiera a otros encontrar el mismo amor. Solo podía esperar haber hecho lo suficiente. No lo sabía. Y el tiempo se había agotado.

Él se movió y miró alrededor, aturdido. Se recuperó rápidamente, su mirada fija en ella. Se puso a cuatro patas mientras la puerta cedía y se abría de golpe. Figuras entraron corriendo en la

habitación. Él se abrió paso entre ellos. Trepó hasta la base de los escalones. Comenzó a subir. Fue arrastrado hacia atrás por los esclavizados mentalmente. Horror en su rostro.

El flujo de sangre se había reducido a gotas. Estaba vacía.

Todo estaría bien, quería decir. Ahora serían libres. No luchar. Nadie tenía que luchar más.

La oscuridad descendió hasta que solo quedó un pequeño punto de consciencia. Manos en sus hombros lo sujetaban contra el suelo mientras él la miraba. Su rugido sacudió la habitación. Ella intentó sonreír, decirle que estaba bien, que no sentía dolor, que estaba lista para morir, pero no podía formar palabras. Ni pensamientos. Ni nada.

Su corazón revoloteó. Se detuvo. Los pulmones se congelaron. La visión se nubló. La oscuridad descendió en una ola contra la que ya no podía luchar.



Capítulo Veinticinco

Las manos se desprendieron de sus brazos. Los ojos confusos miraron a su alrededor, la luz de la vida regresó a sus profundidades mientras los hombres retrocedían. Jo'Aquin se puso de pie tambaleándose, quitándose de encima a quienes lo habían sujetado.

Apenas se dio cuenta de que el sacrificio de Lauren había funcionado. El único pensamiento que atravesaba su mente era que ella estaba muerta.

Lauren estaba muerta.

—¿Líder supremo? —dijo el hombre que estaba a su lado, con evidente confusión en su tono.

Ignoró las voces a su alrededor cuando MalCom llegó al suelo, llevando en sus brazos el cuerpo sin vida de Lauren. Sin decir palabra, la tomó de los brazos de MalCom y le dio la espalda antes de golpearlo y hundirle la nariz hasta la parte posterior del cráneo.

La cabeza de Lauren se balanceó sobre su brazo. Su piel estaba blanca como el pergamino, los labios azules. Fría. Estaba tan fría. Ajustó su brazo para que la cabeza de ella descansara sobre su pecho. Caminó sin rumbo hacia un rincón de la habitación,

ignorando las miradas confusas, y la depositó suavemente en el suelo lejos de todos ellos.

Había muerto por ellos, pero no merecían mirarla. No así.

Casi podía creer que solo estaba dormida. Parecía tan tranquila hasta que miró más de cerca y vio sus mejillas manchadas de lágrimas, sus pestañas aún húmedas y su piel blanca como el pergamino. Ella no había querido morir, pero había sido fuerte y se había sacrificado por otros. Completos desconocidos.

Terribles cortes profundos con vetas rojas desfiguraban la hermosa y delicada piel de sus muñecas. Temblando, la estrechó en sus brazos, presionó sus labios contra su boca inerte y sin vida. Apoyó su mejilla contra la de ella, enterró su rostro donde el cuello se encontraba con el hombro y se balanceó hacia adelante y hacia atrás.

Iba a darle su sangre. Había hablado de esto con MalCom, pero no le habían dado la oportunidad. Habría sacrificado todo por ella.

—Te quiero, Lauren. Mi error fue no habértelo dicho nunca —su voz era apenas un susurro, temblando en la ráfaga de un aliento.

Un dolor abrumador lo atravesó mientras apretaba el cuerpo sin vida de ella contra el suyo. Su respiración entraba y salía entrecortada de sus pulmones. Una mujer tan valiente no debería haber tenido semejante final, y ese bastardo de MalCom la había conducido felizmente hacia su muerte.

Una mano se posó en su hombro, y él la apartó de un manotazo. Nadie iba a tocarlo, ni a Lauren. Ella merecía una despedida de héroe. Nadie más que él prepararía su cuerpo. Una voz que repetía su nombre atravesó la espesa niebla de su mente. Giró la cabeza para ver una mano nudosa sobre su hombro.

—Madre —escupió su nombre como si fuera una palabra horrible—. Aléjate.

—No todo es lo que parece —susurró la voz seca en su oído.

—No me digas mentiras, vieja. Tú eres la culpable de esto. Está muerta.

La mano apretó su hombro. Él se la quitó de encima.

—¡Ya ha hecho bastante por ti y los tuyos!

—Un hombre tan grande con una mente tan pequeña. ¿Crees que habría enviado a alguien como ella a una muerte así? Fue un medio para un fin. Eso es todo. Mira a tu alrededor. Ha cumplido su parte del trato —cacareó Madre.

—¡No me hables con acertijos, vieja! ¡No estoy de humor!

—El control de la mente maestra se ha roto. Estamos libres. Ha derrotado a los Reptiles. Mira.

Jo'Aquin miró los rostros sombríos que lo rodeaban. Notó las miradas hundidas, los cuerpos delgados y desnutridos, la ropa rasgada que colgaba de esqueletos vivientes. Un pueblo gobernado y maltratado.

Un líquido verde se extendía por el suelo donde los cuerpos de los Reptiles estaban esparcidos, múltiples espadas clavadas en sus pechos. Cabezas cortadas inclinadas en ángulos extraños, cuerpos decapitados como resultado de una batalla que no había notado que había sucedido a su alrededor. Todos miraban el cuerpo de Lauren, silenciosos, agradecidos, tan afligidos como él.

—Tráela —habló Madre.

—No habrá más abusos —la llevaría y la envolvería en las mortajas de los héroes guerreros de Hexion. La colocaría en la cápsula que encerraría su cuerpo para siempre y la enviaría a las profundidades infinitas del universo.

—¿Quieres a esta mujer?

Como necesitaba respirar. Pero no dijo nada, solo la miró con todo el alcance de su odio. La habría tenido si hubiera estado consciente para luchar por ella. Que le recordaran su fracaso le quemaba un agujero enorme en el estómago.

—Hijo mío. La muerte de un cuerpo no es el final. Si la quieres, tráela. Pero date prisa. No hay tiempo para tus rabietas. Su espíritu no esperará para siempre.

—¿Qué quieres decir? —Jo'Aquin observó cómo Madre se dirigía hacia el tanque, desmintiendo su edad, algo que todavía no había logrado adivinar. La confusión lo invadió mientras la seguía.

—Su espíritu todavía está conectado a su cuerpo. Pero por poco. Volverá al cuerpo si lo desea lo suficiente. Pero debemos trabajar

rápido. La atracción del más allá es grande. Esperemos que te quiera lo suficiente como para volver —dijo Madre.

¿Si lo quería lo suficiente? Las manos de Jo'Aquin temblaban, demonios, todo su cuerpo temblaba. La amaba más que a su propia vida, pero no se lo había dicho. ¿Lo amaba ella como él la amaba a ella? ¿Más que a la vida?

Madre señaló el suelo junto al tanque, cubriendo los cortes en las muñecas de Lauren con sus manos mientras Jo'Aquin depositaba el cuerpo de Lauren en el suelo.

MalCom subió los escalones, regresando con un puñado de cables goteando un lodo negro. Madre se sentó con las piernas cruzadas al lado de Lauren mientras MalCom ajustaba los cables en una vena colapsada en el codo de Lauren. El otro extremo del cable se introducía en la parte superior del tanque. Todo su cuerpo se tensó. Si iban a profanar su cuerpo, los despedazaría. Solo la delgada promesa de Madre le permitió controlarse. Apenas.

Madre agachó la cabeza, su pelo desgredado cubriendo su rostro antiguo. Entonó un cántico, las palabras bajas y vibrantes, inidentificables e hipnotizantes. El líquido negro se filtraba por el tubo, descendiendo hasta la vena de Lauren, apareciendo el negro bajo el alabastro de su piel.

—¡Sujetadlo! —espetó Madre.

Jo'Aquin rugió, pero muchas manos lo detuvieron. Luchó, pero los hombres que lo sujetaban eran demasiados para que pudiera liberarse. Apenas podía mover un músculo. Sus labios se retrajeron y rugió su frustración.

Una luz centelleó bajo las palmas de Madre, naranjas, magentas, plata brillante giraban como luces de bengala infantiles en un cielo de tinta. La voz de Madre se hizo más fuerte, las palabras hacían que el aire a su alrededor fuera extrañamente pesado.

La luz multicolor se extendió dentro del brazo de Lauren, ardiendo con luminiscencia y dejando a su paso una piel rosada y saludable. La luz viajó sobre sus hombros, por su cuerpo y por su rostro. El líquido negro dentro del tubo intravenoso se transformó en una tormenta de fuego de oro líquido que saltó por los tubos a una velocidad tremenda.

La luz parpadeó sobre el borde del cilindro. Una supernova de luz explotó dentro del lodo negro, tan brillante que obligó a Jo'Aquin a cerrar los ojos. Cuando los abrió de nuevo, el tanque estaba completamente vacío y cristalino.

Una brusca inhalación captó toda su atención hacia Lauren. Ella lo miraba fijamente, sus ojos ardiendo con una luz solar brillante desde dentro. Él cayó de rodillas, con las manos golpeando el suelo cuando lo soltaron.

—¿Joe?

Su voz era el sonido más dulce que jamás había escuchado. Un sonido estrangulado escapó de su boca. Lauren se movió, apoyándose sobre sus manos para sentarse, mirando a su alrededor, la confusión inundando su rostro mientras su mirada saltaba entre todos los que la rodeaban.

—Creía que yo... ¿no funcionó?

El quiebre en su voz hizo que la envolviera entre sus brazos. Enterró su rostro en su pelo y respiró su aroma fresco y limpio. Los brazos de ella se entrelazaron alrededor de su cuello. Él contuvo un sollozo. No le importaba ser un Comandante de la Flota Estelar. En ese momento, era Jo'Aquin, el hombre que acababa de recibir el regalo de su vida.

Aplastó su boca contra la de ella. Ella respondió inmediatamente, su lengua se introdujo en su boca. Él deslizó su lengua contra la de ella, masajeando sus labios con los suyos, deleitándose con su sabor, empapándose de todo lo que era ella.

—Lauren. Mi amor. Mi vida.

Gimió, una parte de él todavía incrédulo de que estuviera viva. ¿Cómo? ¿Por qué? No lo sabía. No le importaba. Ella era suave y cálida y estaba viva y era suya. Eso era todo lo que importaba. De eso se trataba la vida.

Sus pequeñas manos recorrieron sus hombros, sus brazos, su rostro.

—Pensé que yo... morí.

—Moriste, Lauren. Moriste. Dioses, moriste justo frente a mis ojos —presionó la mejilla de ella contra su pecho, la envolvió en sus brazos. Nunca iba a dejarla ir. La protegería el resto de su vida. La

amaría. La apreciaría. Esa era su nueva misión en la vida. Ella nunca más conocería el dolor del sacrificio.

Ella presionó la palma de su mano contra su pecho, sentándose un poco más erguida para mirar a su alrededor nuevamente, aunque todavía aferrándose a él, notó con satisfacción.

—¿Es esto el más allá? ¿Todos hemos muerto? Aunque pensé que se vería un poco... diferente a esto.

Una risa entrecortada se formó en su pecho.

—Madre... de alguna manera... te trajo de vuelta desde el borde de la vida.

Jo'Aquin dejó a Lauren salir de sus brazos a regañadientes para que pudiera girarse y ver a Madre. Su mirada vagó por la habitación.

—¿Tú lo hiciste? Pero... ¿cómo? ¿Y por qué me trajiste de vuelta?

El pecho de Jo'Aquin se tensó. Gracias a los dioses que Madre había traído a Lauren de vuelta. Por esa única cosa, no encarcelaría a una anciana mucho más allá de su mejor momento en los barracones profundos de su nave.

Madre asintió.

—Responderé a esas preguntas.

Jo'Aquin gruñó por lo bajo. Tenía más que solo esas preguntas para responder según él. Lo haría más tarde. No quería estresar a Lauren más de lo necesario en este momento. Los ojos azules y secos de Madre examinaron su rostro.

—Responderé a todas ellas, Comandante, aunque puede que no te gusten las respuestas.

—¿Acaso me han gustado alguna vez tus respuestas? —dijo, mirando a la anciana. Ella inclinó la cabeza, y su cabello se apartó de su rostro; sus mejillas parecían más suaves de lo que había notado antes. De hecho, su rostro no parecía tan nudoso como había pensado al principio. Sus ojos menos lechosos, su pelo menos naranja descolorido. Más brillante.

Madre cacareó y dirigió su atención a Lauren.

—Desafortunadamente, tenías que morir.

Jo'Aquin volvió a gruñir, esta vez más fuerte. Madre le lanzó una mirada significativa.

—Un mal necesario. Por favor, querida, si hubiera habido otra manera, no te habría pedido que hicieras algo así. Pero al hacerlo, has salvado un planeta.

La mirada confusa de Lauren se deslizó entre Jo'Aquin y Madre.

—Entonces... ¿funcionó?

Madre sonrió, revelando dientes amarillentos y torcidos.

—Mira a tu alrededor. Has roto el control mental de los Reptiles. Cada mente en este planeta ha sido liberada.

A su alrededor, hombres que una vez fueron esclavizados se arrodillaron. Llevaron sus puños a sus corazones y agacharon la cabeza en señal de respeto. Lauren se recostó en sus brazos.

—¿Los niños?

—Se están reuniendo con sus padres mientras hablamos —dijo MalCom.

Lauren se estremeció, sin duda recordando a los niños que habían visto durante su loca carrera por las calles de la ciudad. Él se estremeció junto a ella.

—Gracias a Dios. ¿Y qué pasa con esa... cosa en el tanque? De hecho, ¿dónde está esa cosa del tanque y por qué el líquido está transparente?

Esas eran las preguntas que él también quería que respondieran. Por la mirada reservada en el rostro de Madre, realmente no sabía si quería escuchar su respuesta. Aunque Lauren estaba milagrosamente viva y aparentemente bien, sus instintos estaban en alerta máxima. Tanto Madre como MalCom no habían sido sinceros con sus acciones pasadas.

—Sí, Madre. Por favor, dinos. ¿Qué demonios le hiciste a Lauren? ¿Cuál fue el precio de traerla de vuelta?



Capítulo Veintiséis

Madre suspiró. —Ningún plan es perfecto.

Las manos de Jo'Aquin se tensaron sobre sus brazos. La tensión irradiaba de él mientras su mirada atravesaba a la anciana. Esa misma tensión le oprimía el pecho a ella mientras una sensación desagradable y corrosiva le recorría el estómago.

—¿Qué quieres decir con que no es perfecto?

La anciana al menos tuvo la decencia de parecer arrepentida.

—Debes entender que lo hice por mi gente. Estoy segura de que si estuvieras en mi posición y la oportunidad de tu vida cayera en tus manos con un atisbo de esperanza para ayudar a salvar a tu pueblo, habrías hecho lo mismo.

—¿Qué le has hecho, vieja? —la voz de Jo'Aquin retumbó en su pecho.

Lauren se aferraba a él como a un salvavidas. Él era su fuerza, su calma en un mar de confusión, consuelo donde no debería haber encontrado ninguno. Podría acurrucarse a su lado el resto de su vida y estaría en completa dicha. Lauren lo miró. La amaba. Incluso con esos pensamientos destrozados, mientras se elevaba a través de las brumas grises de la confusión, sabía que él se lo había dicho.

Su pecho se contrajo, aunque no por miedo; con una emoción mucho más fuerte que el mero temor. Euforia. Alegría. Un éxtasis embriagador. Sentir lo que sentía por él cristalizaba quién era ella, daba sentido a su vida, le proporcionaba un futuro que deseaba.

Lo anhelaba. Dios, cómo lo amaba en correspondencia.

Pero por mucho que deseara un futuro con él, nunca lo tendría. La vida era demasiado complicada para esa simplicidad. Él era un Comandante de Nave Estelar. Un Alienígena. Ella nunca podría formar parte de su vida. Nunca esperaría que un oficial de tan alto rango renunciara a su carrera, a su vida. Incluso si hiciera lo imposible y lo dejara todo, ¿dónde vivirían? Él no parecía humano, así que no podrían vivir en la Tierra. La idea de viles experimentos si lo descubrían llenaba su mente de horror multicolor. No, él nunca podría hacer eso.

Ella no podía pedir vivir en una Nave Estelar. No era hexoniana, ni creía que un civil de cualquier raza pudiera vivir en una nave militar, sin importar de qué mundo procediera.

Estaban, literalmente, a mundos de distancia. Sin ningún punto intermedio.

Tendría que contentarse con una vida en la Tierra. Así era como debía ser. Se frotó el pecho, haciendo todo lo posible por ignorar esa abrumadora sensación de vacío donde debería estar su corazón.

El suspiro largo y profundo de Madre la devolvió al momento presente. Nada de lo que dijera la anciana podría hacerla sentir peor.

—Lauren nunca podrá abandonar este mundo.

Esto no lo había previsto. Lauren se irguió de golpe.

—¿Qué demonios?

—Formas parte de este planeta, igual que los árboles y todo lo que crece en él ahora. Tu cuerpo está unido a la fuerza vital eterna. Unidos, como el aire y el agua, el fuego y el hielo. La tierra, las rocas, la flora y la fauna. Cada hombre, mujer y niño. Si te marchas, te marchitarás y morirás. Estás vinculada a este mundo. La fuerza vital del planeta mantiene tu espíritu unido a tu cuerpo. Sin ella, tu espíritu no podrá ignorar la tentación de la próxima vida y abandonará tu cuerpo. El velo se ha adelgazado. No pude devolverte al estado original. Había un precio que pagar. Lo siento, querida,

pero era la única forma en que podía traerte de vuelta a esta vida — dijo Madre.

—Yo... ¿no puedo marcharme... nunca? —La mente de Lauren luchaba por asimilar este nuevo conocimiento. Su vida había sido realmente una mierda, pero en sus más descabelladas reflexiones, nunca pensó que algo así pudiera suceder. Nunca volvería a ver ese centro desértico y seco de Australia, ni recorrería el centro de Melbourne en el tranvía turístico, ni vería el hermoso espectáculo ardiente de las hojas otoñales de los árboles que bordeaban la miríada de ríos que atravesaban la región montañosa.

Se aferró a Jo'Aquin, mirándolo sin palabras mientras la enormidad de las palabras de Madre la golpeaba. Nunca podría marcharse. Sus amigos. La familia que le quedaba. Todos pensarían que estaba muerta.

Este mundo era nuevo para ella. No lo había elegido. Se lo habían impuesto por una serie de eventos fortuitos. No lo conocía. No tenía lugar en él. Realmente había sido secuestrada y completamente jodida por los Reptiles, aunque no de la manera habitual.

Nunca se había sentido más sola en el universo como lo estaba ahora.

Jo'Aquin era lo único estable que tenía. Su salvavidas. Su roca. Parecía que lo conocía de toda la vida en lugar de la realidad de unos pocos días. Presionó su frente contra su pecho, respirando su aroma, saboreándolo. Tendría que durarle toda una vida en este lugar extraño.

—Deberías haberle contado todo a Lauren. Antes de que se sacrificara —la voz de Jo'Aquin temblaba de rabia. La tensión emanaba de él en oleadas.

—¿Habrías seguido adelante con lo que tantos necesitaban de ti si hubieras conocido la realidad final de tu situación, Lauren? —preguntó Madre.

Lauren se quedó inmóvil mientras la pregunta de Madre resonaba en su mente. ¿Lo habría hecho? En realidad no necesitó pensar mucho para responder.

—Sí. Lo habría hecho.

—Pero, ¿te alegras de tener ahora una segunda oportunidad con las cosas que creías perdidas en tu vida? —preguntó Madre.

Los brazos de Jo'Aquin se estrecharon a su alrededor. Todo lo que ella pudo hacer fue acurrucarse más cerca de él, si eso era posible. De nuevo, la respuesta fue terriblemente fácil.

—Sí. Me alegro.

—Eres una amiga para este mundo, Lauren. Eres nuestro tesoro. Nos has salvado y estamos eternamente agradecidos. Ahora perteneces a Florn, y Florn te pertenece a ti —dijo MalCom.

—No olvides el mayor premio de todos. Has dado esperanza a otros. Ahora tenemos una forma de derrotar a los Reptiles y salvar a otros planetas esclavizados —dijo Madre.

—¿Podemos... hacerlo?

El rostro de Jo'Aquin cambió de la amarga ira a... esperanza. Lauren presionó la palma de su mano contra su pecho.

—Joe... ¿tu hermana?

Él asintió lentamente, sus ojos recorriendo su rostro, brillando con luz.

—Es una posibilidad, Lauren. Nunca antes había tenido esa realidad. Estoy agradecido —miró fulminante a Madre—. No por lo que pasaste sin conocer las consecuencias, sino porque estás aquí, viva, cálida y segura en mis brazos.

Por primera vez en mucho tiempo, sintió que una sonrisa genuina le estiraba los labios.

—La salvaremos, Joe.

Su mano amasó su carne, sobre sus hombros, brazos, espalda. Un brazo de acero rodeaba su cintura, el otro se hundió en su cabello, tirando de ella hacia él. Ella no se resistió. Su boca atrapó la de ella, tierna al principio, luego rápidamente se volvió más urgente. Más intensa. Ella enroscó sus brazos alrededor de sus hombros, moldeando su cuerpo contra el suyo.

Aceptaría su beso y cualquier otro beso que le diera antes de que tuviera que irse. Si tenía que quedarse en este planeta, entonces tomaría todo lo que pudiera durante el tiempo que Jo'Aquin estuviera aquí. Solo tendrían unos días para crear años de recuerdos.

Se oyeron pasos ligeros en la habitación. Le importaba un bledo quién los viera. Que miraran. Giró la cabeza para poder profundizar su beso. La lengua de Jo'Aquin se sumergió en su boca, succionando su lengua y luego su labio inferior. Ella gimió cuando el calor se arremolinó a través de ella, destellando a través de su cuerpo con un deseo creciente.

El silencio tampoco le impidió besarlo. La mano de Jo'Aquin se deslizó desde su cintura hasta su muslo, su pulgar trazando círculos tan cerca de su núcleo ardiente. Tan cerca de donde quería su mano.

No fue el roce de pies en el suelo lo que le impidió presionar sus pechos contra los planos duros como la roca de su torso, o deslizarse su mano bajo su camisa para extenderla sobre la piel caliente de sus pectorales. Encontró su pezón, rodeándolo con el pulgar.

Lo que los separó fue una voz profundamente masculina y el sarcasmo de su tono cuando alguien dijo:

—Comandante. Pensé que cuando viniéramos a rescatarle, sería para luchar contra los Reptiles, no contra una mujer tan encantadora como la que tiene en sus brazos.



Capítulo Veintisiete

Gimiendo, Jo'Aquin dejó de besar a Lauren. Le encantaba esa mirada vidriosa y distante en sus ojos y cómo sus labios carnosos brillaban después de ser besados. En ese momento, supo que ella había estado en un reino de sensaciones y pasión creciente, actuando completamente por necesidad física y emocional.

Su orgullo masculino se agitó al saber que él había provocado esa expresión en su rostro. Si de él dependiera, ella tendría esa mirada todo el día. Se convertiría en su misión personal mantenerla con ese aspecto de sentirse amada. Su placer para toda la vida.

Ella parpadeó, y su rostro volvió al momento presente, sus ojos enfocándose y su cuerpo tensándose mientras miraba por encima de su hombro.

—¿Joe? ¿Qué está pasando?

Striker arqueó levemente las cejas mientras su mirada se deslizaba entre Lauren, él mismo y los locales recién liberados, que parecían no saber muy bien qué pensar de un grupo de intervención del Consejo Interespecies.

Jo'Aquin suspiró. Ahora tenía que dejar de besarla, lo último que quería hacer. Jo'Aquin tomó la mano de Lauren y la ayudó a ponerse de pie. Ella se aferró a su brazo mientras miraba con vacilación a

Striker. Nunca había estado tan agradecido, o tan frustrado, de ver a su Segundo en su vida. —Lauren, este es nuestro equipo de rescate.

Ella frunció el ceño mirándolo antes de quedarse boquiabierta ante Striker. —¿No podrían haber llegado diez minutos antes?

Jo'Aquin hizo una mueca. —¿Rastreaste mi señal?

Striker asintió. —Habíamos estado intentando reabrir el agujero de gusano por el que desapareciste sin éxito. Casi habíamos perdido la esperanza de que hubieras sobrevivido. Solo captamos tu señal hace unos minutos.

Striker dejó su comentario sin terminar. De hecho, habían buscado durante mucho más tiempo del que establecía el protocolo estándar del Consejo Interespecies. Jo'Aquin asintió. —Gracias.

—Habría seguido buscando. Encontrando un camino, al igual que toda la tripulación del Starlight, aunque fuera lo último que hiciéramos —dijo Striker.

El pecho de Jo'Aquin se tensó. Él haría exactamente lo mismo por cualquier miembro de su tripulación. —¿Y el agujero de gusano?

—Lo reabrimos usando la polaridad de tu señal. Tengo que decir que es una sorpresa estar en este planeta —dijo Striker.

—¿Y dónde está exactamente Florn? —preguntó Jo'Aquin. Tenía una idea aproximada por la lectura de las constelaciones, aunque nada concreto.

—Bien adentrado en la región Nexus —dijo Striker.

La conmoción recorrió el sistema de Jo'Aquin. Este era un planeta en pleno espacio controlado por los Reptiles. El conjunto de planetas solo en esta galaxia estaba fuertemente ocupado. —¿La región Nexus? Eso no puede ser posible.

Striker asintió bruscamente. —El Starlight está en órbita, camuflado. Todos a bordo están a salvo. Aunque, estar en esta región, bueno, pensamos lo peor. Estábamos preparados para una batalla para salvar tu maldito trasero. Imagina nuestra sorpresa cuando lo más difícil que tuvimos que hacer fue defendernos de personas que querían abrazarnos y besarnos —dijo Striker.

Jo'Aquin observó la munición y el equipo adicional que llevaba su tripulación. No había otro lugar en sus cuerpos donde pudieran haber colocado otra arma. —Casi pareces decepcionado.

Striker sonrió con suficiencia. —Simplemente estaba de humor para patear algunos traseros de Reptiles. —Su expresión normalmente relajada se volvió seria—. Este fue uno de los primeros planetas en ser ocupados. ¿Cómo demonios es posible que este planeta no esté lleno de esclavos mentales?

Jo'Aquin atrajo a Lauren más cerca de él. —Agradéceselo a Lauren. Ella liberó todas las almas de este planeta.

Striker lo evaluó cuidadosamente, esperando una broma, pero cuando no llegó, pareció más confundido. —¿Liberó a todos? ¿Lauren? ¿Esta es la mujer que sacaron de la Tierra?

Lauren miró a Striker. —Sí, sí y sí.

La fatiga impregnaba su voz, quitando la emoción de tener por fin a sus hombres aquí. Parecía completamente agotada, manteniéndose en pie solo por fuerza de voluntad. Acababa de volver de la muerte. Literalmente. —Teniente, responderé a todas tus preguntas, pero primero necesito atención médica para Lauren. Ha pasado por... mucho. —Más de lo que cualquier mujer debería pasar jamás. Todavía estaba pasando por ello.

—Dejad que la llevemos a mi alojamiento. Allí, responderemos a todas vuestras preguntas —MalCom se adelantó y puso una mano en el antebrazo de Lauren.

Jo'Aquin se interpuso delante de MalCom. —Ella no necesita más de tu ayuda. —Su mente lógica sabía que estaba siendo irracional, pero no le importaba. Todo lo que quería era llevar a Lauren de vuelta a su nave y a la mejor atención médica, pero no podía. La frustración tiñó su enfado.

—Puede que esto no salga tan mal después de todo. —Madre puso sus dedos nudosos en su codo.

Él enfrentó a la anciana con una mirada que normalmente hacía que su tripulación saliera corriendo. Ella simplemente se rió de una manera que le resultó extremadamente molesta. —Lo peor ya está hecho. Deja que nuestra salvadora descanse. No necesitas tu nave, ni tus médicos. Yo soy la mejor 'atención médica' que puede recibir. Llévala a la casa de MalCom. Después de tratarla, yo también descansaré allí. Habrá mucho que hacer, y una vieja como yo necesita descansar todo lo posible.

Striker dio un paso a un lado, luego al otro, sin saber muy bien cómo tratar con la anciana nudosa. Demonios, él tampoco lo sabía. Antes de que pudiera protestar, Lauren se desplomó contra su hombro. Él pasó su brazo por debajo de sus rodillas y la levantó contra su pecho.

—¡Puedo caminar! —protestó ella. Cuántas veces le había dicho eso.

—Lo sé. Pero quiero llevarte en brazos —dijo él. ¿Por qué creía ella que la levantaba tan a menudo?

Ella se relajó en sus brazos y le sonrió. —Estás a salvo, Joe. Ahora puedes volver a casa. —Su voz se quebró al final. Se veía tan triste, tan perdida, tan sola que su corazón se contrajo y se tensó. La inquietud lo recorrió, como si el universo estuviera inclinándose ligeramente fuera de su eje.

—Todo irá bien. —Rozó sus labios contra su frente. Todo iría bien aunque fuera lo último que hiciera. Siguió a MalCom a través del laberinto de corredores y hizo todo lo posible por ignorar la mirada cargada de Striker.

Pasó por encima de los Reptiles muertos que llenaban los pasillos. Obviamente, había habido una revolución en el momento en que las personas habían sido liberadas de sus mentes. Las cicatrices de la batalla quemaban las paredes, la sangre oscurecía el suelo, la mayoría era sangre de Reptiles, observó con satisfacción.

La gente que pasaban llevaba sonrisas felices, pero cansadas en sus rostros demacrados. Algunos se acercaban a ellos, tocando el brazo de Lauren, con expresiones de asombro. Lauren parecía abrumada con la atención. —¿Cómo me conocen?

—Las noticias corren rápido en Florn. Especialmente una maravilla como esta. Están agradecidos —dijo Madre, dando palmaditas en el brazo de Lauren.

Finalmente, MalCom abrió una puerta de madera hacia la brillante luz del sol. Lauren cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás. —No pensé que volvería a ver esto.

Jo'Aquin se detuvo en seco y observó a Lauren disfrutando de la luz del sol. Después de un rato, ella abrió esos hermosos ojos para mirar a la gente en la calle, riendo y llorando a su alrededor. Él

también lo asimiló todo. Era surrealista. Era demasiado real. Era algo que nunca había experimentado antes. La liberación de un planeta.

Le recordaba a las viejas fotos en blanco y negro de la Tierra cuando terminó su segunda guerra mundial. La gente en las calles. Celebrando. Felices de que hubiera terminado. Felices de haber sobrevivido al horror. Felices simplemente de estar vivos.

—Es una vista impresionante, ¿verdad? —dijo Madre en voz baja en su oído.

La gente gritaba, corriendo por la calle de tierra a los brazos de los demás. Familias reunidas con sus hijos, amigos y amantes encontrándose de nuevo. Los cuerpos de los Reptiles estaban esparcidos por la carretera. Eran pateados, pisoteados y tratados como la basura que eran. A algunos les faltaban miembros, otros tenían grandes cortes en sus gargantas, en sus estómagos y por todo el cuerpo. Jo'Aquin no sintió ninguna compasión.

—Por todo lo sagrado, nunca he visto nada como esto —dijo Striker, colocándose junto a Jo'Aquin. Sus hombres se habían agrupado a su alrededor y también observaban.

—Ayudaremos a esta gente —dijo Reed.

—Llevará algún tiempo, pero sí, necesitarán ayuda —dijo Jo'Aquin.

—Parecen tan felices. —La atención de Jo'Aquin se deslizó hacia la suave sonrisa que jugaba en los labios de Lauren. Deberían estar felices. Habían sido salvados por un ángel.

—Por aquí —la voz de MalCom estaba cargada de emoción.

Rodearon una esquina y encontraron a un niño acurrucado bajo un arbusto y llorando. Lauren emitió un sonido y se bajó de los brazos de Jo'Aquin. Se arrodilló frente al pequeño, tomando sus manos entre las suyas. Su rostro manchado de lágrimas se elevó. Era un niño pequeño, delgado y desnutrido. —¿Puedes encontrar a tu madre?

El niño pequeño negó con la cabeza, conteniendo las lágrimas. Jo'Aquin frunció el ceño mientras miraba al niño. Su cuerpo delgado había sido tan maltratado que estaba enfermo y débil.

—¿Tienes hambre? —Lauren puso su palma en su mejilla.

Las puntas de los árboles a su alrededor se agitaron. Las hojas rozaron los hombros de Lauren, como si estuviera soplando una

brisa. Pero el aire estaba quieto. Brillantes hojas de color magenta se curvaron sobre el dorso de su mano. Una luz cálida, como si las hojas estuvieran iluminadas por detrás con la luz del sol, iluminó la rama y las hojas y fluyó hacia la piel de Lauren.

Su mano brilló, los colores del árbol arremolinándose bajo su piel antes de que la luz se transfiriera al niño pequeño. Ella retiró su mano. Las mejillas del niño se habían rellenado, su cuerpo seguía siendo delgado, pero no huesudo. Resplandecía de salud.

Lauren jadeó. —¿Cómo... qué?

—Te lo dije. Ahora eres una con el planeta. Tienes su fuerza vital corriendo por tus venas —dijo Madre.

Un grito detrás de ellos hizo que Jo'Aquin se moviera para dejar pasar a una mujer frenética. Ella cayó de rodillas y recogió al niño en sus brazos. —¡Zandia!

—Mamá.

La mujer lloró, meciéndose hacia adelante y hacia atrás mientras envolvía sus brazos alrededor de su hijo. —No pensé que volvería a verte.

—La señora me ha hecho sentir mejor —dijo Zandia, señalando a Lauren.

La madre de Zandia sonrió a Lauren. —¡Muchas gracias! Nunca pensé que lo vería tan bien. Pensé que esos Reptiles... no cuidaban a los niños. Pensé que Zandia quizá no... —Las lágrimas corrían por sus mejillas, su frase sin terminar.

Lauren retrocedió, abriendo las palmas y mirándolas. —Dios mío. Lo hice yo, ¿verdad? Sentí calor, y los árboles me hablaron. Me dijeron que lo tocara, y ellos le darían los nutrientes que su cuerpo necesitaba. Así que lo hice. Y... y...

—Eres simbiótica con Florn. Donde el planeta puede crecer y sanar el suelo y las plantas, tú harás lo mismo con los que viven en ella —dijo Madre.

Lauren tembló, cubriéndose la cara con las manos, sollozando. La experiencia lo había conmovido, no podía imaginar cómo le había afectado a ella. Ella se metió en sus brazos, y él la aceptó sin dudar. Enterró su rostro en su cabello, respirando su aroma como si lo necesitara para vivir.

Había salvado a ese niño pequeño con nada más que un toque. Esto iba más allá de los desvaríos de una anciana con una estabilidad mental cuestionable. Lo había visto con sus propios ojos. Ella se había transformado más allá de lo que podría haber anticipado. Madre tenía razón.

La enormidad de la situación lo golpeó como un sol en explosión. Lauren no podía abandonar el planeta. Ella era parte del planeta, como ninguna otra.

¿Dónde lo dejaba eso a él?



Capítulo Veintiocho

La conmoción recorrió todo su sistema. No podía explicar lo que había hecho ni cómo lo había hecho. Había sido instintivo, como respirar o bostezar. Madre había dicho que se trataba de una relación simbiótica con el... ¡planeta! Parecía tan... fuera de este mundo. Pero, después de todo, estaba en un planeta extranjero, y las leyes de la Tierra claramente no se aplicaban aquí. Esta nueva... fuera lo que fuese... la había sacudido desde lo más profundo.

Habían recorrido las calles concurridas y ahora alegres de la ciudad y, incluso entre la destrucción de los Reptiles, podía ver la antigua ciudad bajo las ruinas. Era una integración perfecta de personas viviendo en armonía con los árboles, plantas y animales. Incluso se estaba acostumbrando a los colores brillantes de las hojas y flores, que le parecían tan naturales como la gama de verdes de los árboles de la Tierra. La noticia se había extendido. La gente la miraba con una mezcla de asombro y felicidad. Algunos incluso se habían acercado para darle las gracias, otros la tocaban, y otros se mantenían a distancia, demasiado tímidos para acercarse a ellos.

—Creo que harás muchas cosas buenas aquí —le había dicho Madre cuando llegaron a la casa de MalCom. Nunca había estado tan agradecida de ver una casa en un árbol.

No había prestado mucha atención cuando huían por sus vidas, pero el interior era espacioso y muy cómodo. El espacio interior era un hueco natural, con paredes de madera irregulares pero lisas. Había recovecos que se habían aprovechado como armarios. Unos escalones conducían a través de una entrada en un lado de la habitación.

Había tenido que agacharse para subir por las escaleras, pero estas desembocaban en una habitación casi tan grande como el salón de abajo. Se detuvo allí un momento y suspiró ante el acogedor dormitorio. Un pequeño agujero cubierto dejaba filtrar la luz del sol en el espacio, iluminando un dormitorio similar a cualquiera de la Tierra. Casi gimió cuando vio la cama. ¿Cuándo fue la última vez que había dormido en una cama de verdad, cómoda, con un colchón blando y mantas calientes? Parecía una eternidad.

Los hombros de Jo'Aquin rozaban los laterales del túnel, pero al menos podía estar de pie dentro de la habitación. Se acercó por detrás, colocando sus manos sobre sus hombros. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Un calor instantáneo se agitó en lo bajo de su vientre.

Quería dormir. Pero también quería consuelo. Quería ser amada. Quería a Jo'Aquin. No iba a aceptar un no por respuesta. Se había prometido tomar lo que él le diera antes de que se marchara y tenía la intención de empezar ahora mismo.

Antes de que pudiera pronunciar palabra, ella se giró, se puso de puntillas, presionó su cuerpo completamente contra el suyo y lo besó profundamente. Para su deleite, él no dudó, arrastrándola con un dominio impulsivo de su lengua. Incluyó la cabeza, ladeando sus labios sobre los de ella, adentrándose profundamente en su boca, provocándole una excitación ardiente justo entre sus piernas. Justo donde quería que él estuviera.

No iba a hacer el amor con él lentamente. Iba a ser duro y rápido, y exactamente lo que necesitaba. Rodeó su cuello con los brazos, aplastando sus pechos contra su torso. Sus caderas se aplastaron contra sus muslos y suspiró al sentir su larga y dura erección que empujaba contra su vientre.

Las manos de él encontraron su trasero. Sus dedos se extendieron sobre ambas nalgas, moldeándolas, afirmándolas, masajeándolas. La atrajo hacia él con un tirón. Su miembro palpitaba, atrapado en sus ajustados pantalones.

Había demasiada ropa entre ellos. Ella sacó su camisa de los pantalones, deslizándola bajo el dobladillo, apoyándola sobre sus pectorales. Trazó sus pezones, suaves y duros bajo sus dedos. No era suficiente.

Le levantó la camisa, dejando al descubierto su pecho.

—Fuera. Ahora —apenas reconoció su propia voz ronca, llena de necesidad, baja por el deseo.

Él se la quitó por la cabeza. Ella no perdió tiempo, llevando su boca a su pecho grande y bien definido. Besó un pectoral, con la boca abierta, arrastrando su lengua sobre el disco plano de su pezón.

Él gimió y la reverberación atravesó su pecho. Ella se movió hacia su otro pezón, dejando que la punta de su lengua recorriera las depresiones y protuberancias de su pecho, dejando un rastro húmedo, antes de capturar su otro pectoral en su ávida boca. Sabía a sal y a algo profundamente masculino que hacía que su clítoris doliera y palpitara.

Como si sintiera su necesidad, él se echó hacia atrás, tomando el borde delantero de su camisa con sus poderosas manos.

—Basta de juegos.

Él no sabía lo bien que sonaba eso. Ella se mordió el labio inferior, mirándolo.

—Dioses, Lauren. Me deshaces cuando me miras así —un deseo puro y descarnado pulsaba en sus ojos, haciendo que el azul brillara tan caliente como una nebulosa.

—Entonces desármame tú a mí.

Él rompió su camisa como si no fuera más que papel, liberando sus pechos. Acarició su suavidad como si fueran lo más precioso que hubiera visto jamás, con un hambre descarnada grabada en las rudas líneas de su rostro.

—Dioses. Eres preciosa.

Y ella se sintió como la persona más hermosa de todo el universo. Aspiró audiblemente cuando él se abalanzó sobre sus pechos como un hombre hambriento, devorando una cima, enroscando su lengua alrededor del sensible capullo.

Ella se aferró a sus hombros, con la cabeza echada hacia atrás mientras él pasaba de un pecho a otro, murmurando lo hermosa que era, lo dulce que sabía. La sensación que se estaba construyendo se transformó en algo más. Más urgente. Más potente. Simplemente... más.

—No es suficiente.

Él apartó la boca de sus pechos, el aire fresco donde su boca caliente había estado. La miró, reflejando la misma necesidad que recorría su cuerpo.

—Fóllame, Joe. Fóllame duro y fóllame rápido —no sabía de dónde salían las palabras, pero estaba indefensa mientras salían de su boca.

Su rostro se transformó de mera necesidad a algo crudo y animal. Ella deslizó su mano entre sus muslos, necesitando liberar algo de presión. Él apartó su mano de un manotazo, sujetando su muñeca con una mano mientras con la otra cubría su centro. Una sensación recorrió su cuerpo y ella jadeó.

—Te daré lo que necesitas, Lauren —comenzó a frotarla a través de sus pantalones, su dedo presionando sobre su clítoris, luego trazando la costura entre sus labios. Ella gimió, siguiendo sus movimientos con las caderas. Se sentía tan bien. Tan bien. Sus ojos se cerraron mientras se entregaba a la deliciosa sensación.

—Te tocaré. Te daré lo que quieres. Lo que necesitas. Soy tu esclavo, Lauren. Te adoraré hasta el día que muera.

Aplastó sus labios mientras cubría su sexo y frotaba su clítoris a través de sus pantalones. No había nada suave en este beso. Era un beso de pura posesión masculina. Un beso de propiedad. Ella era suya y él era de ella, y ¡Dios, qué correcto era eso!

Ella sollozó en el beso, aferrándose a él. El salvavidas que necesitaba. Él se retiró rápidamente y, lo siguiente que supo, fue que la levantaba y la tendía en la cama. No perdió tiempo en quitarle los pantalones, el aire fresco contra su piel acalorada. La

agarró por debajo de las rodillas, deslizándola por la cama para que sus caderas quedaran justo al borde. Sin preámbulos, se arrodilló entre sus muslos, sus anchos hombros separando sus piernas. El contacto piel con piel en sus sensibles muslos era absolutamente delicioso.

Su rostro se cernía sobre su lugar más privado, el lugar que clamaba por ser tocado. Sus fosas nasales se dilataron e inspiró profunda y lentamente.

—Dioses, Lauren. Hueles deliciosamente. Como una flor madura lista para ser tocada.

Sus piernas temblaron, la anticipación bombeando adrenalina y necesidad, una droga que no podía ser negada, a través de su sistema.

—Tócame, Joe. Por favor... te necesito...

Él la miró a lo largo de su cuerpo, con los ojos ardiendo, los ángulos de su cara afilados y crudos. Mientras ella observaba, él abrió la boca.

Su lengua apareció entre sus labios y bajó la cabeza. Sus miradas permanecieron conectadas mientras recorría su hendidura en una larga y lánguida caricia. Ella gimoteó. Casi se deshace.

La felicidad de esa primera, larga y lenta caricia casi la hizo estallar. Echó la cabeza hacia atrás, arqueando la espalda y cerrando los ojos mientras el cielo la elevaba más y más. Él gruñó con satisfacción masculina y luego su rostro se presionó contra su hendidura. Su lengua surgió sobre sus labios, yendo desde su entrada hasta su clítoris. Ella palpitó mientras el éxtasis aumentaba.

Su palma se centró sobre su abdomen, deteniendo sus caderas que se agitaban. No se había dado cuenta de que se había estado moviendo. Su lengua se zambulló en su entrada mientras el pulgar de su mano libre jugaba con su clítoris. Esta vez un grito ahogado salió de su boca. Sus manos estrujaron las mantas y su espalda se arqueó.

—Eso es, Lauren. Déjate llevar. Déjalo ir todo —su voz reverberó desde su centro y subió por su cuerpo, sumándose a la tensión creciente.

Besó su clítoris como lo haría con su boca. Succionó el delicado botón y usó sus labios y su hábil lengua. Un dedo grueso se introdujo en su centro, frotando contra el nudo de nervios justo donde lo necesitaba.

Su medio grito se convirtió en un sollozo. Presión. Tensión. Su abdomen se tensó, la respiración se entrecortó y explotó, su cuerpo cabalgando una cúspide dorada de sensaciones que separó su mente de su cuerpo.

Descendió y solo tuvo la mitad del ingenio para abrir los ojos. Jo'Aquin estaba al pie de la cama. Desnudo. Su erección alta y orgullosa, balanceándose contra su abdomen mientras permanecía de pie, observando su forma extendida. Ella le tendió las manos. Lo quería.

—Dentro de mí. Ahora.

No perdió tiempo. La deslizó hacia arriba en la cama, depositándose entre sus muslos separados. La punta de su miembro empujó su entrada húmeda.

Fijó los codos a ambos lados de ella, se inclinó para besarla y empujó su largo miembro dentro de ella. Ella gritó en su boca.

Él se retiró. Entró. Largo. Lento.

Ella abrió las piernas tanto como pudo, envolviendo sus talones detrás de su trasero. Le dio una pequeña patada.

—No seas cuidadoso.

La sorpresa se registró durante no más de un segundo antes de que una chispa primaria encendiera sus ojos. Se balanceó dentro de ella, sus testículos golpeando su trasero, moviendo las caderas hasta el fondo. Una bocanada de aire salió de sus pulmones con el empujón.

Se retiró, volvió a entrar como un pistón. Su miembro alcanzó la punta de su vientre, golpeando un conjunto de nervios que nunca supo que existían. Su abdomen se frotaba contra ella, causando el mejor tipo de fricción. Embistió de nuevo. Y otra vez. Las caderas inclinadas para frotar contra su clítoris.

La presión aumentó. Mayor que la anterior. Otra embestida y ella se despeñó por el borde de la pura felicidad. Gritó y le mordió el

hombro mientras cada músculo de su cuerpo se bloqueaba de placer.

Él se puso de rodillas, arrastrando su trasero hacia arriba con sus manos, sosteniéndola en su lugar mientras se sumergía en ella. La sensación aumentó de nuevo. Y de nuevo, otro orgasmo se encendió, recorrió su cuerpo y envió su alma a volar.

Su ritmo aumentó. Su cuerpo se tensó. Echó la cabeza hacia atrás. Sus dedos se clavaron en su carne y rugió. Su eje palpitó, y un chorro caliente surgió en su vientre. Quedó inmóvil, el eje enterrado profundamente en ella, el cuerpo arqueado hacia atrás, los músculos cincelados de su pecho y abdomen duros como rocas, el rostro tenso en éxtasis.

Era magnífico. Era suyo. En cuerpo y alma. No había forma de negarlo. Y él iba a marcharse.



Capítulo Veintinueve

Jo'Aquin se despertó por un suave crujido. Abrió los ojos lentamente ante la visión más maravillosa que jamás había contemplado. Parpadeó un par de veces para asegurarse de que estaba despierto y no seguía soñando.

Lauren levantó el brazo, con la mirada fija en una delicada flor púrpura en el extremo de una enredadera naranja brillante que se enroscaba alrededor de su brazo. Mientras acercaba la flor a su rostro, esta se inclinó hacia ella, como si quisiera besarla. Recorrió con la punta del dedo los bordes de los pétalos. La flor se estremeció y se abrió más para exponer un frágil estambre. El ligero perfume le hizo cosquillas en la nariz, un aroma como nunca antes había oído. Corrección: nunca antes se había tomado el tiempo para olerlo.

Asombrado, su mirada recorrió toda la habitación. Enredaderas frescas y flores colgaban sobre cada superficie imaginable en el pequeño dormitorio. Brotes aparecían en el marco de la cama. Una explosión de flores coloridas decoraba las paredes. Una masa de hojas enmarcaba la pequeña ventana como un marco viviente y se deslizaba hacia el interior para entrecruzarse en la cama. Delgadas enredaderas acariciaban a Lauren, trazando amorosamente el perfil

de su cuerpo desnudo. Se relajó contra la almohada, contento de observarla. La mirada de ella recorrió el dormitorio, como había hecho la suya, pero la expresión de asombro en su rostro le cautivó tanto que la habitación simplemente se desvaneció.

Entonces ella se volvió hacia él, notando que estaba despierto, y una sonrisa radiante como el sol iluminó su rostro. —¡Joe! Mira todo esto. ¿No es increíble? —Acarició las hojas y flores que adornaban su cuerpo—. Supongo que Madre no mentía, ¿verdad?

Él colocó una flor detrás de su oreja y le dio un beso en la sien. — Parece que no. Ahora eres verdaderamente la Reina de este planeta.

La felicidad irradiaba de su rostro. De hecho, su cuerpo resplandecía de salud y vitalidad, su piel fresca y luminosa. —No pensé que me sentiría así. Creía que sería como una condena de prisión, que estaría atrapada aquí hasta ser vieja y canosa, pero... puedo sentirlo, Joe. El planeta. Está tan vivo. Lleno de vida. Casi puedo oírlo respirar. El latido pulsa con energía. Incluso puedo verlo en las hojas. Las flores. Soy parte de él, Joe. ¡Soy parte de este planeta!

Sonrió, sus exuberantes labios rosa oscuro curvándose hacia arriba. Su rostro se iluminó de alegría. En ese momento que cortaba la respiración, estaba absolutamente exquisita. Siempre debería estar así de feliz. Él trazó su labio inferior con la yema del pulgar. — Nunca he conocido a nadie más digna de recibir un regalo como este.

Su mirada vagó soñadoramente por su rostro, y luego, lentamente, la alegría se desvaneció. Su sonrisa desapareció. — Supongo que tú podrás experimentarlo durante un tiempo.

Su corazón dio un fuerte latido, como si fuera un puño golpeándole desde el interior. Se frotó el pecho, pero el dolor persistió. —Pareces tan triste.

Ella sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. —No tengo nada por lo que estar triste, ¿verdad? Soy la Reina aquí. Puedo salvar a las personas. Salvar sus plantas y animales. Nunca habría podido vivir esta vida si siguiera en la Tierra. Ni siquiera sabría sobre esto. Seguiría siendo la triste viudita. Ahora no tengo nada por lo que estar triste.

Su pecho se oprimió cuando la voz de ella se quebró. Puso la palma de su mano en su mejilla, impidiéndole apartar la mirada. — ¿Y si no tuviera que ser así?

Una arruga apareció en su frente. —Tengo que quedarme. No puedo irme.

—Me refiero a que me gustaría quedarme. Aquí. Contigo. —Por favor, di que sí. Era lo más difícil que había tenido que decir jamás. Si Striker pudiera verlo ahora, el gran y temible Comandante Interespecies de Naves Estelares, reducido a un manojo de vacilaciones. Fugazmente se preguntó por qué, pero realmente lo sabía.

Era porque lo que decía era importante. Ella era importante.

—Pero... ¿por qué? —Puso su mano sobre la de él, mirándolo con aquellos hermosos ojos grandes y luminosos de los que no se cansaba.

—¿Por qué? ¿No lo sabes?

Parecía tan confundida. Realmente no lo sabía. Él capturó sus labios con los suyos, dándole un beso suave y lento. —Porque en todos los años de mi larga vida, en todas las estaciones a través de las galaxias, en todo lo que he hecho entre Hexion y la Tierra, he estado solo. Y tú, Lauren, tú llenas ese lugar en mi interior que he estado buscando llenar. Solo tú. —La besó de nuevo, más profundamente, deslizando su lengua entre la comisura de sus labios —. Tú me completas, me haces querer despertar por la mañana y disfrutar del día. Todo lo demás se desvanece en la insignificancia si no puedo compartir mi vida contigo. Te amo, Lauren. Esa es la razón por la que quiero quedarme aquí contigo. Me he enamorado de ti, y no quiero estar en ningún otro lugar más que a tu lado. Eso es... si me aceptas.

Sus labios se movieron sin palabras. Sus ojos se llenaron de agua. —¿De verdad quieres decir eso? —Sus palabras fueron apenas un susurro.

La tomó en sus brazos y se movió para que ella quedara debajo de él. Puso sus brazos a ambos lados de ella. Para no aplastarla, pero quería que lo viera, que lo escuchara. Más importante aún, quería

que le creyera. —Estoy enamorado de ti, Lauren. Quiero vivir aquí contigo.

—Pero... pero eres un Comandante. Tienes una nave espacial intergaláctica. Puedes viajar por el universo. No puedes renunciar a todo eso —dijo ella.

Él negó con la cabeza. Ella pensaba tan poco de sí misma. No se daba cuenta de que significaba más que el universo entero. —Es un intercambio injusto, lo reconozco.

Ella abrió la boca para responder, pero él la interrumpió con otro beso. —Vales diez Comandos de Naves Estelares y cincuenta Naves Estelares. Lauren, no me importaría si fuera el Dios de la Galaxia. Renunciaría a todo con gusto. Por ti. Tú significas más para mí que cualquier cosa como esa. Tú me haces feliz. Me llenas de alegría. Concedido, a veces me frustras un poco...

Ella sonrió y le dio un golpecito en el brazo. Él le devolvió la sonrisa. Bien, estaba empezando a entender. Haría que la misión de su vida fuera lograr que comprendiera plenamente la profundidad de su amor. —Te quiero a ti, Lauren. No solo ahora, o mañana, o cuando el Consejo Interespecies me diga que tengo que irme. Si no te tengo, no tengo nada. Te quiero siempre. Te amo. Nunca quiero dejarte.

Ella lo miró fijamente, inmóvil. En silencio. Apenas respiraba, esperando a que ella respondiera. Hubo un crujido, y enredaderas se deslizaron sobre su espalda y bajaron por sus piernas, entrelazando sus cuerpos. Una hoja le acarició la mejilla como si fuera la mano de ella. Una enredadera se deslizó hasta la parte posterior de su cabeza y lo presionó hacia abajo hasta que sus labios se tocaron ligeramente.

—¿Sabes lo que acabas de hacer? —susurró.

—No tengo ni idea.

—Acabas de convertirme en la mujer más feliz del universo conocido. Yo también te amo, Joe. Tanto que apenas puedo pensar con claridad. Incluso creo que empecé a enamorarme de ti en esa horrible cápsula de Reptiles. Te amo. Quiero que te quedes conmigo. Por favor. Quédate para siempre.

Un suspiro de alivio escapó de él mientras su cuerpo se relajaba. Pasó los brazos por debajo de ella, estrechándola contra su pecho, mientras la besaba. —Tendremos para siempre. Aquí. Haremos de este planeta nuestro hogar. Juntos.

Sus piernas se separaron mientras él se posicionaba entre sus muslos ardientes. Su calor interior ardía por él. —Sí. Juntos.

Se colocó en su entrada y se deslizó dentro, deleitándose en la humedad resbaladiza. Ella echó la cabeza hacia atrás y gimió, su glorioso cabello castaño rojizo derramándose sobre la almohada. Se aferró a sus hombros y enlazó sus talones detrás de sus nalgas.

—Para siempre, mi amor.

—Nada me haría más feliz. —Sonrió mientras él entraba y salía de ella con movimientos largos, lentos y deliciosos.

Se deslizó dentro, empujando sus caderas en su canal y se quedó allí. Su miembro palpitaba mientras maniobró sus caderas para frotar contra el pequeño botón en la parte superior de su hendidura. Ella jadeó, su mirada encontrándose con la suya. Observó con completa satisfacción cómo ella se deshacía al borde del abismo. La besó, absorbiendo su gemido en su boca y la sostuvo allí mientras ella regresaba flotando.

—Pareces demasiado satisfecho contigo mismo —dijo ella, bastante sin aliento.

—Solo te estoy dando una muestra de lo que está por venir.

Ella envolvió sus brazos alrededor de sus hombros, ondulando sus caderas para que él empujara dentro y fuera. Él gimió. Sus músculos se tensaron, anticipando su propio clímax. —Déjame amarte, Joe. Toma tu placer. Por favor. Déjame mostrarte cuánto te amo.

Ella lo empujó hacia dentro con sus talones y lo dejó deslizarse hacia fuera. Mordisqueó sus labios. El fuego creció desde la punta de su miembro, encendiendo rápidamente todo su cuerpo. Se retiró hasta la punta y volvió a sumergirse en su acogedor cuerpo. No era suficiente. Nunca sería suficiente.

Aumentó su ritmo. Su piel se tensó, se echó hacia atrás mientras una exquisita sensación fluía a través de él. Su esencia salió de él una y otra vez. A su alrededor, nuevas flores florecieron, las hojas crujieron y brillaron.

Cuando volvió a su cuerpo, cayó de lado y recogió a Lauren junto a él en un montón saciado. Sí, había sido un Comandante de Nave Estelar, pero nunca podría compararse con la increíble mujer en sus brazos.

Su vida acababa de comenzar.

•
* * *

Gracias por acompañarme en esta aventura inolvidable. Realmente espero que hayas disfrutado de cada momento palpitante y cada giro fascinante. Tu presencia en este mundo lo significa todo.

No temas, porque el universo de acción ardiente y romance fuera de esta galaxia te llama una vez más. En Striker, las apuestas son más altas, las pasiones arden con más intensidad y los misterios se vuelven más profundos. Prepárate para dejarte llevar por nuevos encuentros cautivadores y alianzas inesperadas mientras nuestro nuevo héroe y heroína desafían al destino y descubren secretos que podrían cambiar sus mundos para siempre.

¿Listo para embarcarte en otro viaje emocionante? Entonces pasa la página y sumérgete una vez más en el apasionante cosmos donde el amor y el peligro colisionan como nunca antes. La aventura de tu vida continúa en Striker, esperándote solo a ti.

•
* * *

No creo en los extraterrestres. Haber pasado toda una vida en el ejército tiende a eliminar tales nociones fantasiosas. Ser secuestrada por aterradores alienígenas Reptiles y estrellarse en un gélido planeta alienígena me ha abierto los ojos.

Normalmente me rescato yo misma de las misiones que salen mal, así que no esperaba ningún tipo de ayuda para salir de este lío, y ciertamente no de la clase de hombre sobre la que mi mamá solía

advertirme. Solo que ella nunca mencionó a dioses del sexo con piel dorada brillante albergando una actitud que se extinguió hace cien años.

Si cree que está rescatando a una mujer lloriqueante y acobardada que tirará sus bragas junto con su mejor juicio, ha encontrado a la mujer equivocada. Lo que no esperaba es mi incapacidad para mantener las manos quietas cuando me besa. Él tiene el poder de sanar mi corazón, pero no merezco eso. Este no es un planeta seguro.

Los habitantes están esclavizados mentalmente y estoy luchando contra un enemigo mayor del que jamás pensé que podría existir. Esta misión en particular podría ser mi última. Debo luchar junto a Striker antes de que nuestros destinos y el futuro del universo se pierdan.

Striker es una novela completa independiente de romance de ciencia ficción que presenta a un caliente guerrero alienígena alfa con piel dorada brillante y una alta brújula moral cuando se trata de proteger a sus vulnerables mujeres.

Si te gustan los alienígenas atractivos, las aventuras emocionantes y el romance ardiente, te encantará esta serie. ¡Sin final abierto, una batalla continua entre el bien y el mal, y un final feliz garantizado!

* * *

Striker

Capítulo Uno

Esperaba que demonios estuviera haciendo lo correcto.

Lo más probable era que no fuera así.

Lo más probable era que lo capturaran los Reptiles y hubiera un espacio de tiempo, digamos, dos coma cuatro segundos en los que

retendría el control de su mente, y luego...

En realidad no sabía qué pasaría después. Nadie había regresado jamás de ser un esclavo mental.

Hasta recientemente.

Era esa definición de "recientemente" lo que le había dado esperanza, y esa esperanza lo que le había llevado hasta aquí.

Extraño, lo que la *esperanza* le hacía a una persona. Una *esperanza* delgada que podría, solo posiblemente, salvar al universo del peor tipo de plaga conocida por las criaturas. Una *esperanza* que podría haberle enviado a lo que aún podría ser una misión suicida. Una posibilidad tan pequeña de éxito, pero era la *esperanza* a la que se aferraba con nada más que sus uñas mientras se sumergía a través de la nociva capa externa de la atmósfera de Callisto.

Era la *esperanza* la que le impulsaba a tomar medidas tan desesperadas como infiltrarse en un planeta ocupado y encontrar al humano contenido en la cápsula que los Reptiles habían disparado a través del agujero de gusano por una razón desconocida. El humano que podría tener la respuesta para salvar al universo conocido de la ocupación Reptiliana y la esclavitud mental. Un humano que podría salvar docenas de planetas, así como miles de millones de vidas.

Eran esas razones las que daban verdadero significado a la palabra *esperanza*.

La fina capa de gases golpeaba y arañaba el exterior del pequeño Starjet monoplaça, Striker maniobraba expertamente a través de las capas externas de la atmósfera de Callisto. Nunca dejaba de asombrarle cómo partículas tan pequeñas y escasamente distribuidas podían potencialmente causar tanto daño. Aunque, algo extraño empujando a través de la piel de cualquier cosa era motivo para que las defensas del planeta se pusieran en marcha, sin importar lo pequeño que fuera esa partícula extraña.

Tan pequeño debía ser él. Lo suficientemente pequeño para entrar sin ser detectado. No era solo la "piel" del planeta lo que lo freiría a la menor oportunidad. No mucho podría atravesar la red cibernética con la que los Reptiles rodeaban sus planetas ocupados. Excepto algo tan pequeño como un Starjet monoplaça. Aun así, tenía que hacerlo lo suficientemente rápido para que solo pareciera un

meteorito o basura espacial. De ahí el viaje que le estaba destrozando los huesos y que no estaba disfrutando para nada.

Chispas y llamas destellaban por todo el exterior de la carcasa metálica como las luces de Navidad parpadeantes de los humanos, una tradición que le gustaba disfrutar en su planeta natal. Como segundo al mando de la nave estelar *Starlight*, formaba parte de una tripulación ultraconfidencial que tenía la responsabilidad de mantener la Tierra protegida de la amenaza de invasión Reptil, enviada en la misión hace cinco años por el Consejo Interespecies que muchos planetas habían formado contra la amenaza Reptiliana.

Afortunadamente, los hexonianos eran lo suficientemente parecidos a los seres humanos como para pasar por uno de ellos a simple vista, por lo que él y la tripulación habían disfrutado de permisos en la superficie del planeta para liberar tensiones de vez en cuando, y Striker había aprendido que le gustaba la compañía de las mujeres humanas. Varias de ellas. A diferencia de su comandante —ahora ex-comandante Jo'Aquin, quien parecía haber encontrado al amor de su vida en circunstancias casi inusuales e imposibles.

Después de atravesar un agujero de gusano, él y Lauren habían salvado solos a Florn de la ocupación Reptil. Había navegado con la *Starlight* a través de un diminuto agujero de gusano después de recibir una comunicación de emergencia oscura de Jo'Aquin. Aterrizaron esperando —bueno, lo peor— solo para encontrar a los nativos, aunque en gran parte confundidos, liberados del hechizo con el que los Reptiles de alguna manera lograban infectarlos y controlarlos, y luchando.

El descubrimiento fue revolucionario. Nunca antes en la historia de la ocupación Reptil se había liberado a un solo esclavo mental, y mucho menos a un planeta entero. Todo gracias a la pequeña humana de Jo'Aquin. Todavía estaba asombrado. Era la primera esperanza que alguien había tenido en todos los años de ocupación Reptil. Los planetas invadidos por los Reptilianos *nunca* fueron liberados. Simplemente morían.

Hasta Florn.

Después de enamorarse de su mujer humana, Lauren, Jo'Aquin había ascendido a Striker para comandar el *Starlight*, ya que Lauren

no podía abandonar el planeta. Se había sacrificado pudiendo marcharse por el bien de todos en Florn. Era una heroína absoluta, y también una Reina. Había sido cambiada irrevocablemente y ahora estaba de alguna manera en simbiosis con el planeta.

Aunque a Striker le encantaban las mujeres —mucho, si su historial era prueba de ello— renunciar a todo por una sola era demasiado serio para su gusto.

No podía imaginarse pasar más tiempo que una noche con ese tipo de intimidad. Un poco de diversión entre dos adultos que consentían era todo lo que buscaba. La guerra entre los Reptiles y el resto de las galaxias conocidas había acortado demasiadas vidas para que él buscara algo más.

Había visto eso de primera mano. Muchos camaradas habían perdido sus vidas prematuramente. La lección era llenar de toda la diversión posible el tiempo que tuvieras porque nunca sabías cuándo te tocaría a ti. Vida vivida. Diversión tenida. Y eso era todo.

Se alegraba de haber tenido su diversión. La primera acción de Striker en su nuevo papel como comandante fue embarcarse en esta misión de rescate con solo una pequeña posibilidad de éxito. No era la perspectiva más positiva que le habría gustado, pero era vitalmente necesaria para la esperanza de todo el universo conocido. Sabiendo eso, se alegraba de que cuidar de la Tierra también hubiera tenido sus momentos agradables.

Uno de sus períodos sabáticos en la superficie del planeta había sido a la capital de Nueva York, donde había presenciado la temporada que los terrestres llamaban "Navidad", y también había disfrutado de una bonita pelirroja que también estaba celebrando en ese momento. Le habían encantado las decoraciones, la nieve y el enorme árbol en la plaza central de la ciudad que había sido decorado como una especie de exhibición, lo suficientemente brillante como para iluminar una pista de aterrizaje para que el *Starlight* pudiera aterrizar.

Tan parecido a las chispas centelleantes que iluminaban el exterior de su Starjet. Solo que no tan mortales.

El Starjet dio un salto, y él apretó el control con más fuerza, devolviendo sus pensamientos al momento. Vibraba lo suficiente

para enviar ondas de choque a través de su cuerpo. No importaba lo fuerte que agarrara la manija de control, el Starjet tenía que mantenerse en la misma trayectoria empujada que la de cualquier meteorito quemándose al entrar para que pareciera realista; de lo contrario, corría el riesgo de ser eliminado de los cielos.

Se limpió un hilo de sudor de la sien y comprobó nuevamente las lecturas en el panel frente a él. La altitud era alta, la trayectoria pronunciada, y estaba a punto de despejar el nivel superior de nubes.

Se deslizó a través de la bruma, las chispas y el calor hasta la corriente rarificada de partículas más densas que dejaron atrás su estómago cuando el Starjet se inclinó hacia abajo, atrapado por una violenta brisa.

El aparato rodó y él luchó por corregir su rumbo. Un descenso de la nariz lo envió en picado hacia la superficie. Para hacer que el efecto fuera realista, giró en una espiral cerrada, luchando contra las ganas de vomitar el desayuno. La consola parpadeaba con luces rojas, y un pitido molesto sonaba en algún lugar detrás de su cabeza.

Árboles gruesos azul-verdosos se elevaron rápidamente en la línea del horizonte. Luchó contra la atracción de la gravedad todo el tiempo posible antes de sacar el jet del giro con todas sus fuerzas. La nariz se elevó, y el cuerpo del jet se deslizó en una trayectoria horizontal estable, con el vientre raspando las puntas de los árboles más altos.

Striker rápidamente pulsó varios botones. Las luces parpadearon en verde, señalando el bloqueo del rastreo en la cápsula. Ahora todo lo que tenía que hacer era mantenerse lo suficientemente bajo para permanecer sin ser detectado e intentar encontrar la cápsula, dondequiera que estuviera.

Una vez había visto un vídeo del Callisto histórico. Había sido una metrópolis próspera. Una vez. Antes de la invasión. Vastas ciudades, pueblos, tecnología. La gente aquí era de la más alta inteligencia. Avanzada.

Pero ya no.

Ahora, los árboles habían crecido sobre lo que había debajo y recuperado el planeta. La civilización estaba perdida. Eso era lo que los Reptiles le hacían a un planeta. Violaban, saqueaban y destruían hasta que no quedaba nada de las personas que una vez prosperaron en su superficie.

Striker sacó sus pensamientos de esa espiral interminable y se concentró en la vista frente a él. Preguntarse por la insensatez de la ocupación Reptiliana nunca lo llevaba a ninguna parte. Se dirigió hacia una línea irregular. A medida que se acercaba, podía ver claramente dónde se había estrellado la cápsula.

Las ramas estaban cortadas, las copas de los árboles en ángulos antinaturales, la madera rosa desnuda astillándose a través de la corteza rugosa, ráfagas de fuego salpicaban aquí y allá. A través de la cicatriz irregular, Striker podía ver la tierra azul profundo muy por debajo. No había sido un aterrizaje suave, y solo podía esperar que quien estuviera dentro hubiera sobrevivido.

Striker redujo la velocidad del jet y orientó la dirección para seguir el camino que se estrechaba y se hundía más profundamente en la superficie. Ráfagas de fuego trazaban los bordes del camino. Humo negro se elevaba en espiral desde las llamas ardientes.

Allí, medio enterrada bajo la tierra húmeda, la superficie de la cápsula en forma de proyectil plateado bailaba y resplandecía con el fuego circundante. Los costados estaban severamente raspados y abollados. Un gran desgarró rasgaba un lado, el metal retorcido y desigual.

Esto podría ser una misión fallida después de todo. Aunque había una alta probabilidad de que quien estuviera allí no hubiera sobrevivido, necesitaba bajar allí y comprobar. Y rápido.

Una destrucción como esta no habría pasado desapercibida por los Reptiles. Seguramente estarían en camino, especialmente porque contenía a un humano que estaban tan ansiosos por obtener. Un humano que podría permitirles usarlo como una herramienta para esclavizar mentalmente la Tierra.

Striker giró el jet a su alrededor. No había ningún lugar para aterrizar excepto en el camino de destrucción que la cápsula había tomado a través de los árboles. El follaje era demasiado espeso.

Trabajó delicadamente los controles, rozando las alas solo unas pocas veces con ramas desviadas en el camino hacia abajo.

Rápidamente apagó los motores antes de que fuera seguro levantar la puerta de la cabina de plasti-vidrio. Aire lleno de hollín, impregnado con el sabor acre de árboles húmedos y quemados asaltó sus fosas nasales.

Tosiendo mientras el humo golpeaba la parte posterior de su garganta, se desabrochó el arnés y se deslizó por el costado del Starjet, usando las pequeñas hendiduras moldeadas en el caparazón precisamente por esta razón.

El suelo crepitó bajo sus pies. Tropezó sobre la tierra revuelta, ajustándose a la gravedad del planeta, sin recuperarse aún del viaje que derretía los músculos hasta la superficie. Sin embargo, no importaba. La pobre alma que estaba capturada en la cápsula seguramente estaba en mucho peor estado.

Que los Reptiles hubieran enviado la cápsula al planeta y arriesgado la vida que contenía en tales circunstancias también era muy revelador. No había duda de que el individuo era muy importante para ellos, y por lo tanto muy importante para Striker.

Era muy probable que el humano fuera una mujer. Los Reptiles preferían secuestrar especies más débiles que ellos, pero conociendo a las mujeres humanas, también sabía que no eran tan débiles como los Reptiles podrían pensar. Eran fuertes. Fuertes y hermosas, si su tiempo en la superficie del planeta era prueba de ello.

Solo pensar que una de esas hermosas criaturas estaba atrapada dentro de ese maldito ataúd era suficiente para hacerle querer arrancar la cabeza a cada Reptil que pudiera encontrar. Eso solo sería contraproducente para la misión.

Manteniendo un ojo vigilante en las profundas sombras del bosque, corrió hacia la cápsula, pero cuando llegó a la cima de la tierra aún caliente, se detuvo en seco. La tapa estaba tirada, revelando el interior opaco. Ataduras vacías colgaban sobre el borde. El óxido rodeaba el exterior. Espera, eso no era óxido. Una huella ensangrentada estaba manchada en el costado.

¡Quien estaba allí dentro estaba herido! Gravemente, si la cantidad de sangre era indicativa.

Pero ¿dónde?

Striker giró, su mirada recorriendo el lugar. Hoyos y tierra levantada indicaban dónde alguien había luchado por subir el costado del cráter. Hubo un suave ruido detrás de él. Se dio la vuelta. Un golpe que le partió el cráneo en la parte posterior de su cabeza. Un dolor blanco ardiente desgarró el techo de su cráneo.

Luego nada.

Descargue y lea hoy...